

NUNCA *serás*

un ERROR

TRICIA ROSS

NUNCA SERÁS UN ERROR

TRICIA ROSS

©Nunca serás un error
© Tricia Ross, 2023
Diseño de cubierta: Tricia Ross
ISBN: 9798865312147
Sello: Independently published
Todos los derechos reservados
www.triciaross.com

1

Su padre se había perdido un par de veces en las serpenteantes calles de Madrid, pero finalmente habían conseguido encontrar la dirección de la residencia, gracias al GPS. Aparcaron en doble fila, en aquella estrecha vía del céntrico barrio de Cuatro Caminos, el tiempo justo para que su madre le ayudase a llevar las maletas hasta la acera.

—No olvides llamarnos en cuanto te hayas instalado —dijo, arreglándole innecesariamente la chaqueta.

—Cuídate, hija —pidió su padre, desde el interior del vehículo—. Nos vemos en Navidad.

En cuestión de un minuto, Naia se quedó sola con su equipaje en aquella calle desconocida. Pero era mejor así, ella odiaba las despedidas. Además, solo serían un par de meses hasta que volviera a casa para pasar las vacaciones.

Naia suspiró y se dio la vuelta para analizar el edificio frente al que se encontraba antes de entrar. Era bastante corriente, de fachada gris y cinco alturas, con un portal amplio y una arcada en relieve en cuyo punto más alto podía verse un letrero moderno. “Residencia Concepción Arenal”. Aquel iba a ser su hogar durante los siguientes nueve o diez meses.

Naia se puso en marcha. Agarró las asas de sus dos maletas trolley y accedió al vestíbulo.

Era como uno de esos viejos portales de los años cincuenta, con una portería y escaleras curvadas con pasamanos de hierro forjado.

A través del ventanal de la oficina de la portería Naia vio a una mujer de unos cuarenta y tantos años que tenía entre sus manos una novela romántica de esas con una pareja semidesnuda abrazándose en la portada. La chica carraspeó para llamar la atención de la mujer, que se sobresaltó.

—Ay, hija, perdona —dijo con una sonrisa culpable—. Estoy enganchadísima.

—Ya...

—¿Primer día? —Naia asintió—. Bienvenida entonces. ¿Cómo te llamas, cariño?

—Naia Latorre.

—Muy bien, cielo. Aquí estás —confirmó con la lista de reservas que tenía en la mesa—. Yo soy Maribel. Me ocupo de la portería, pero vamos, también os echo una mano con remiendos y cosas de esas, que yo valgo lo mismo para un roto que para un descosido.

Se rio, escandalosa, lo que hizo que Naia esbozara una sonrisa. Maribel le cayó bien de inmediato.

—Ven, que te enseñe tu habitación.

La siguió hasta un pequeño pero moderno ascensor situado en un lateral del portal. La mujer no dejó de hablar en todo el trayecto hasta el tercer piso. Era una de esas personas que llenaba los silencios con cualquier cosa, al contrario que Naia, que era más bien callada.

En cuanto las puertas metálicas del ascensor se abrieron, ambas se encontraron en medio de un largo pasillo.

Maribel giró a la derecha y Naia la siguió hasta detenerse frente a una puerta blanca con el número 6 pintado sobre la madera. Abrió y ambas accedieron.

—Aquí es, cariño. Las habitaciones de este piso son individuales y tienen aseo privado, pero las duchas son compartidas. Hay un cuarto de baño en cada planta, allí —dijo, señalando una puerta al final del pasillo—. Supongo que ya te lo explicaron, y hay servicio de lavandería una vez por semana.

—Vale, gracias.

—El comedor y la cocina común están en la primera planta, siempre hay un menú semanal colgado en el tablón de anuncios, pero si algún día quieres comprar y prepararte tu propia comida, no hay problema. La comida es de una a tres y la cena de ocho a diez.

—De acuerdo.

—Entonces, ¿alguna pregunta?

Naia lo pensó un instante.

—¿Se puede salir y entrar? Quiero decir... sin horario.

—Bueno, como te digo, la portería se cierra a las cuatro, pero todas tenéis vuestro propio código de acceso. El tuyo es el 0622. Se lleva un registro, pero es por seguridad. Ya sois mayores, así que no tenéis toque de queda ni nada por el estilo.

—Vale.

—Ah, pero una advertencia. No se permiten fiestas en las habitaciones. Eso sí está prohibidísimo —dijo Maribel, repentinamente seria.

—No hay problema —musitó Naia.

—Perfecto, cielo. Entonces te dejo para que te pongas cómoda. Estás en tu casa.

—Gracias.

Maribel se marchó de vuelta a la portería y Naia paseó la vista por la habitación antes de empezar a deshacer el equipaje. Era una estancia de mediano tamaño, de paredes blancas y suelo entarimado. Al fondo había una cama pequeña cubierta por un edredón de flores en tonos verde y rosa. En la esquina opuesta descansaba un escritorio sencillo con dos estantes vacíos encima y, junto a él, la única ventana de la estancia. Era grande y dejaba entrar suficiente luz a través de sus translúcidas cortinas blancas. Completaba el mobiliario un armario pequeño de madera clara y puertas correderas, al lado del cual Naia descubrió la puerta de acceso al aseo. Un inodoro, un lavabo y un espejo de buen tamaño llenaban el habitáculo. Más que suficiente.

Naia se había criado en una ciudad pequeña, a unas tres horas de la capital. Su casa familiar no era grande y desde niña hasta hacía poco tiempo había compartido dormitorio, de modo que todavía sentía extraño tener un espacio para sí misma. Sin embargo, las cosas habían cambiado. Ahora estaba sola. Debía aprender a llenar el vacío físico tanto como el emocional.

Suspiró y se puso manos a la obra. En poco más de una hora lo tuvo todo ordenado. La ropa en las perchas dentro del armario, los libros en las estanterías, los zapatos junto a la puerta y sus objetos de aseo personal en el mueble del lavabo. Pero lo más importante estaba sobre la cama: un peluche con forma de cebra de nombre *Stripes*. Así lo había bautizado de niña, cuando comenzó a preguntarse cosas. Cosas como si las cebras eran blancas con rayas negras o negras con rayas blancas, o por qué a veces llovía y otras veces brillaba el sol, o por qué les pasaban cosas malas a las personas buenas. Algún día lo descubriría.

En ese momento, justo cuando estaba a punto de coger su móvil para mandarle un mensaje a su madre, alguien llamó a la puerta. Se acercó y abrió. Se encontró entonces de frente con una chica extraña, llevaba una sudadera de *Stranger Things*, abundante eyeliner negro, un septum en la nariz y el pelo ondulado lleno de mechones teñidos de rojo fantasía.

—Hola, bienvenida novata —saludó la extraña desconocida—. Maribel me ha dicho que ya habías llegado. Soy Inés, tu vecina de la habitación cinco.

—Ah, hola.

—¿Qué tal el viaje? ¿Puedo pasar?

Inés no esperó confirmación, entró en el cuarto y cerró detrás de sí.

—Eh... el viaje bien, gracias.

—Has dejado todo muy mono —comentó—. Si necesitas cualquier cosa me la puedes pedir. Yo cuando llegué el año pasado me había dejado en casa el cargador del iPhone. ¡Qué cagada!

—Muchas gracias, pero no me hace falta nada.

Inés asintió, tomando asiento sobre la cama.

—¿Tu primer año también en la uni? —Naia asintió con la cabeza—. ¿Qué vas a estudiar?

—Medicina.

—¡Flipo! —se sorprendió—. ¿Eres una empollona?

—No sé...

¿Qué se suponía que iba a contestar a eso? Inés parecía tener una personalidad algo abrumadora, del tipo que a Naia le costaba manejar pero, al mismo tiempo, le cayó bien.

—No te ralles, que en esta resi hay ambiente de estudio, ya verás. Yo tengo que estudiar porque si no mis padres me cortan el grifo —se rio.

—Yo tengo una beca, así que no puedo perderla —comentó Naia, aunque en seguida se arrepintió. ¿Había sonado demasiado pagada de sí misma?

—¿Ah, sí? ¿Ves? ¡Eres una cerebrita! —bromeó Inés, disipando rápido su inseguridad—. Me quedaré cerca, para que se me pegue algo.

Naia sonrió.

—¿Y tú, qué estudias?

—Estoy en segundo de física.

—¿De verdad? No te pega. Pensé que estudiarías bellas artes o algo así.

—No te fíes de las apariencias —señaló Inés, guiñándole un ojo.

—Lo siento —Naia se sonrojó un poco. Había hablado sin pensar, y eso era algo que no solía hacer. Qué raro.

—No pasa nada, todos prejuzgamos —dijo, quitándole hierro al asunto—. Ven, te enseño el resto de la resi y luego nos vamos a dar un paseo por la zona.

Naia pasó el resto de la tarde en compañía de aquella chica tan impetuosa, tan distinta de la gente con la que siempre se había relacionado, y lo cierto fue que le gustó. Inés era divertida, sus temas de conversación variaban en un espectro amplísimo y, además, tenía un extraño pero estimulante sentido del humor.

Naia nunca había apreciado el hecho de salirse de lo habitual, de la zona de confort, pero se había prometido hacerlo, experimentar, arriesgar, vivir... y eso haría. Porque eso era lo que Nora le había pedido.

2

Se había equivocado de dirección. Era la primera vez que Naia cogía un metro, en su ciudad no había, así que tomó el convoy que iba hacia el lado contrario. Para cuando se dio cuenta, llegaba con retraso a su primera clase.

Ya en la facultad de medicina, un amplio edificio marrón y blanco en forma de U, tardó todavía cinco minutos más en encontrar el aula a la que debía ir, según el horario que había recibido por internet: Bioquímica básica. Aula 2.3. En el segundo piso.

Inspiró profundamente antes de entrar por la puerta, que se encontraba al fondo de la estancia y, tratando de hacer el menor ruido posible, se deslizó hasta el último banco vacío. A su lado había un chico que tenía los brazos cruzados y los ojos cerrados. Parecía estar dormitando, pero se volvió hacia ella en cuanto Naia tomó asiento. Ella lo miró con un gesto de disculpa, él no le dijo nada y, por suerte, el profesor no pareció darse cuenta de su tardía aparición.

La clase discurrió con normalidad mientras el profesor, un hombre de mediana edad con gafas y pelo entrecano, les explicaba los conceptos básicos de la bioquímica, las estructuras y composiciones de sustancias como las proteínas y las enzimas. A Naia nada de eso le resultó complicado.

Había pasado prácticamente toda su vida rodeada de ese tipo de vocabulario, primero, porque su padre era profesor de biología en un instituto de su ciudad, y después porque las circunstancias familiares le habían empujado a interesarse por el tema. Biología, genética, fisiología... ¿Cómo funcionamos por dentro? ¿Por qué a veces ese mecanismo perfecto que es el cuerpo humano falla estrepitosamente, casi sin explicación? Y lo que más la obsesionaba últimamente: ese fallo, ¿podía evitarse o arreglarse?

—Oye —la llamó entonces, en un susurro, una voz desconocida—. ¿Has tomado apuntes?

Naia parpadeó, confusa, mirando al silencioso chico que había pasado toda la clase cabeceando a su lado. Ahora la miraba con interés.

—¿Cómo?

—¿Me los dejas? Será solo un momento.

Naia le tendió el cuaderno donde había estado anotando toda la información que el profesor había compartido en aquella hora. El chico, ni corto ni perezoso, sacó entonces el móvil y fotografió la hoja escrita un par de veces.

—Gracias.

—No hay de qué —respondió Naia, aunque pensándolo mejor, le molestó un poco. Si en lugar de haber estado durmiendo hubiera estado cogiendo sus propios apuntes...

—Por cierto, me llamo Eric —dijo él con una sonrisa—. ¿Tú?

—Soy... Naia.

—Gracias, Naia. No me olvidaré de tu nombre.

Y sin más se levantó y salió del salón al mismo tiempo que el resto de alumnos. La clase había terminado, así que Naia los imitó. La siguiente asignatura era Física médica, y después tendría un par de horas libres antes de Anatomía humana.

Llegó al aula antes de tiempo, así que cogió el móvil y escribió algunos mensajes. Uno a su madre y otro a Carla, su mejor amiga.

Naia no era el tipo de chica a la que le gustaba salir de fiesta y que tenía muchos amigos. No, era más bien lo contrario. Su idea de diversión pasaba por ver una buena película con escasa

compañía o leer un libro en solitario. Tomar una copa era mejor en pequeños grupos y si bailaba, prefería hacerlo en privado, de modo que las discotecas o clubes no eran sus lugares favoritos. Por eso no había sido demasiado popular en sus años de instituto, pero se sentía satisfecha con las pocas pero buenas amigas que conservaba, y con las que sabía que podía contar.

Dado su carácter, más bien introvertido, le había costado mucho tomar la decisión de irse a estudiar fuera, pero también sabía que el lugar donde hacerlo era importante, y quería luchar con todas sus fuerzas por cumplir sus sueños. Los suyos y los de Nora. Se lo debía.

Con estos pensamientos en la cabeza, apenas se dio cuenta de que alguien se había sentado a su lado.

—Parece que el profe viene tarde —comentó la recién llegada. Era una chica morena, menuda y con una nariz salpicada de pecas bajo unos grandes ojos verdosos.

—Ah, no me había dado cuenta —contestó Naia. La clase se había ido llenando mientras ella charlaba con Carla por Whatsapp y ni siquiera se había enterado. Además, efectivamente, pasaban diez minutos de la hora.

—Me llamo Bego, Begoña. Encantada —se presentó la chica, extendiendo su mano. A Naia le pareció agradable.

—Yo soy Naia, un placer.

En ese momento una mujer entró taconeando en el aula, se disculpó por el retraso y, sin más, dio comienzo a la clase.

Después de las dos soporíferas horas que duró la lección, Naia y Bego se dirigieron juntas a la cafetería de la facultad, dispuestas a comer algo. En más de una ocasión habían podido distinguir los ruidos de sus estómagos por encima del tono monocorde con que la profesora de anatomía, la doctora Asensio, impartía la clase.

Hablaron de varios temas mientras tomaban un café, pero sobre todo intercambiaron impresiones acerca de la carrera que acababan de emprender.

—Mi madre siempre ha querido que yo estudiase medicina, ¿sabes? Los dos son oftalmólogos, mis padres. Quieren que les suceda en la clínica que tienen —le contó Bego.

—Eso es genial, no tendrás que preocuparte cuando te gradúes —respondió Naia, aunque el triste suspiro de su nueva amiga le dijo que aquella no era la respuesta que esperaba—. ¿Es que no quieres?

—No es eso, siempre he tenido claro que estudiaría medicina, pero creo que me gustan más otras cosas... Si te digo la verdad, los ojos me dan un poco de asco.

Bego rio, avergonzada, y Naia la siguió.

—¿Y tú, qué especialidad te interesa más?

—No me lo he planteado todavía, no en realidad —respondió Naia, sincera—. No me gusta mirar demasiado lejos en el futuro, me hace sentir perdida.

—Te entiendo, es un agobio. Pero no sé cómo lo haces, yo no sé dejar de darle vueltas a la cabeza.

Naia quiso contárselo, hablarle de las cosas que para ella tenían sentido y las que no, y por qué su forma de ver la vida resultaba tan extraña en alguien de dieciocho años, pero apenas conocía a Bego y, aunque le caía bien, Naia no era de las que hablaba fácilmente de su mundo interior.

—Supongo que siempre he sido así, no sé cómo lo hago —rio.

Se despidieron poco después para ir cada una a su clase optativa. Naia había escogido Medicina paliativa.

Diario

Hoy ha sido un día agotador, Nora. Sabes que socializar nunca ha sido mi punto fuerte, y estos dos días me he visto rodeada de tanta gente... He deseado muchas veces volver a casa, a nuestro lugar seguro, a donde todo es tranquilo, previsible e invariable, pero no puedo. Tengo que estar aquí. Quiero estar aquí. Por ti, porque te hice una promesa.

Las ciudades grandes son caóticas y, de hecho, esta mañana me he perdido en el camino a la universidad. Pensándolo bien, soy un poco tonta. Tampoco es tan difícil seguir el plano del metro. Supongo que llevo un tiempo algo más despistada de lo habitual.

Últimamente estoy sintiendo un vacío distinto del que sentí cuando te fuiste. Aquello, ya lo sabes, fue desgarrador. Me sentía como si me hubieran quitado un brazo de repente, o no sé, la mitad de mi corazón. Dolía y era muy angustiante. Pero ahora me he acostumbrado a vivir sin esa parte de mí. Sin ti. Al menos en ese sentido. No, no es eso...

Lo que siento ahora me da más miedo, porque es como si empezara a olvidarte. El vacío se expande por mi cerebro, absorbe recuerdos, pensamientos...

Este tiempo, desde que no estás, he leído muchos libros. Te hubieran gustado. En uno de ellos leí que los recuerdos nunca son los mismos, que cambian con el tiempo porque nuestro cerebro reescribe sobre ellos. Como uno de esos *casetes* de música de mamá, en los que grababa y regrababa canciones en la vieja radio del salón. Y eso me da que pensar.

¿Acaso mis recuerdos de ti van a reescribirse tantas veces que terminarán siendo irreconocibles?

Tú y yo podíamos leernos la mente, era nuestro poder secreto. Pero yo he seguido escribiendo cosas mientras que tú te has quedado como estabas. Es como si yo fuese una página web y tú uno de los libros de mi estantería. ¡Qué comparación más estúpida!

Pero ahora en serio... el tiempo pasa y no puedo detenerlo, no quiero que se detenga, pero a veces eso es lo que más deseo en el mundo. Es una contradicción, sí. Me da miedo vivir porque a cada minuto que pase formando recuerdos nuevos estaré perdiendo un poco, un pedacito más de ti. Me da miedo porque ya he perdido la mitad de mi corazón, un brazo, una pierna... y si después le sigue todo lo demás, ¿qué quedará? ¿Qué quedará de quien era yo cuando tú aún estabas viva?

No quiero ser otra persona. No quiero avanzar, pero te prometí que lo haría.

3

Esa noche cuando Naia entró en el comedor para cenar, escuchó bastante alboroto. Había risas, sonido de tintineo de vasos y cubiertos... una algarabía muy distinta de la que había visto durante el fin de semana. Sabía que en la residencia se alojaban catorce chicas, pero hasta el momento solo había conocido a Inés. Se sintió abrumada, no le apetecía entrar, llamar la atención, pero entonces alguien le tocó el hombro.

—¿Qué haces ahí parada? —le preguntó Inés, aparecida como de la nada.

—Eh...

—Vamos, ¿tienes hambre?

Siguió a su amiga al interior de la estancia. Era un salón amplio con dos grandes ventanales en la pared opuesta a la entrada. Había cuatro mesas distribuidas en el espacio, tres de ellas estaban llenas de chicas dando buena cuenta de la cena. Al fondo del lugar se encontraba la mesa caliente de donde las residentes podían servirse lo que se había preparado, según el menú. Esa noche había ensalada de patata y merluza rebozada. Naia odiaba el pescado, así que se sirvió doble ración de ensalada y se dispuso a tomar asiento en un espacio libre, junto a Inés.

—Eh, ¿eres la nueva? —la llamó una chica de la mesa más cercana a la entrada. Tenía un acento suave y musical, latino. Era morena, de grandes ojos negros rodeados de unas pestañas increíblemente espesas y largas.

—Sí...

—¡Qué bien! Ven, siéntate con nosotras —ofreció.

—Gracias, pero me siento ahí, con Inés.

La chica morena arrugó la nariz. Parecía un gesto gracioso, pero la mueca de desprecio que lo acompañó dejaba claro que no se trataba de algo amigable.

—Te aconsejo que no te juntes mucho con ella, es una tóxica y mala amiga.

Inés, desde su asiento, soltó un bufido pero no dijo nada. Siguió centrada en su comida. Naia no supo qué responder. Por suerte o por desgracia, tras unos instantes de silencio, la morena volvió a hablar.

—Bueno, haz lo que quieras. De todos modos ya nos íbamos.

Hubo un murmullo de asentimiento y las tres chicas que habían estado sentadas con ella se levantaron y la siguieron fuera del comedor, como perritos falderos. Las otras dos mesas permanecieron ajenas a lo sucedido, o fingieron estarlo.

Aliviada, Naia tomó asiento frente a Inés.

—¿Me vas a contar de qué iba eso?

—Bah, ya sabes que en todas partes tiene que haber una pija creída que intenta mangonear a las demás, ¿no ves pelis americanas de instituto? Pues Evelyn se cree la reina del baile.

Así que Evelyn era su nombre.

—Bueno, puede creer lo que quiera, pero, ¿por qué se mete contigo?

—Nos hicimos amigas en el primer año aquí, estábamos en habitaciones contiguas, como tú y yo —explicó Inés—. Pero a mitad de curso pasó algo: hicieron una fiesta y se lio demasiado.

—¿Se lio?

—Hubo una chica que terminó en el hospital y la directora se cabreó, con razón. Evelyn y otra residente eran las encargadas de traer bebida, pero la otra chica trajo drogas, pastillas, y no pude

callarme. La expulsaron y a Evelyn la sancionaron, así que me la tiene jurada desde entonces.

Naia suspiró. Apenas conocía a Inés, pero sentía que una incipiente conexión se había formado entre ellas desde el inicio. No quería descubrir que su nueva amiga era alguien de quien era mejor alejarse.

—Solo hiciste lo correcto.

—Lo sé, y volvería a hacerlo. Pero la presión social es una putada, hace que dudes de ti misma, y más si viene de alguien con lengua de serpiente como Evelyn. Créeme, tiene como una especie de don, un canto de sirena...

Naia rio y enseguida sintió cómo el ambiente se distendía. Continuaron hablando de Evelyn y su grupo, pero también de las clases, del inicio del curso y de otros temas.

Esa noche Naia se acostó, tan agotada como satisfecha. Había hecho amigos, había dado sus primeros pasos en aquel nuevo mundo, tan distinto de su casa, y había salido airosa.

Así transcurrió su primera semana.

—¿Seguro que no quieres venir a tomarte algo? Te prometo que mis amigos son legales, aunque no lo parezcan —le dijo Inés el viernes por la tarde, antes de salir.

—No, gracias, de verdad —repuso Naia—. Quizá a la próxima.

—Está bien. Pero si cambias de idea, dame un toque.

—Por cierto, ¿crees que podría salir a correr por los alrededores?

Naia no era una gran fan del deporte, pero en los últimos años, cuando la ansiedad empezaba a pesarle demasiado, solía ponerle límites con el ejercicio físico. Correr, en especial, le ayudaba a vaciar su mente y calmar sus ánimos. Además, era fácil, barato y no requería suscripción. Mejor que el gimnasio.

—¡Vaya! No sabía que también eras runner —le tomó el pelo Inés—. Eres una caja de sorpresas.

—No, es que me ayuda a relajarme.

—Ya... pues a dos calles hacia la derecha hay un parque. No es muy grande pero quizá te sirva. Además, no hay muchos *yonkis*, es seguro.

Naia hizo una mueca, ignorando las risas de su compañera.

—Vale, gracias.

Las chicas se despidieron, Inés puso rumbo a su cita nocturna con amigos y Naia y dedicó los siguientes minutos a rebuscar en su armario su ropa deportiva y las zapatillas. Se vistió y agarró el móvil y los cascos inalámbricos. Abrió la app de *streaming* y seleccionó la lista de canciones que siempre acompañaban sus carreras. No era la música que cualquiera pensaría, la que alguien de su edad escucha mientras hace ejercicio. No. En su lista predominaban las bandas sonoras, temas instrumentales a piano o instrumentos de cuerda. Música inspiradora, melancólica... relajante.

Salió a la calle cuando las últimas luces del día daban paso a la iluminación anaranjada de las farolas, y caminó en la dirección que le había indicado Inés hasta encontrar el parque. Era apenas una plaza salpicada de árboles, con un puñado de bancos de madera y algunos juegos infantiles, pero le serviría. Era lo bastante grande como para dar unas vueltas alrededor y no sentirse metida en un tiovivo, así que eso hizo.

Los primeros acordes de piano, pertenecientes a la melodía de una película de animación que no había visto, acompañaron sus primeras zancadas y, enseguida, Naia de sumió en la mecánica tarea que le servía de terapia. Un paso, un par de notas; otro paso, una armonía. Poco a poco sentía que la tensión emocional se disipaba, dando paso a esa más propia de músculos y articulaciones. El dolor físico ayudaba a eclipsar el dolor del corazón, mientras la música

aliviaba el escozor de las heridas del alma.

No supo cuánto tiempo pasó corriendo. Una pareja de ancianos la observaron desde uno de los bancos durante un rato. Varios transeúntes se cruzaron con ella y también vecinos paseando a sus perros. Al final, con las plantas de los pies palpitantes y una fina capa de sudor recubriéndole el cuerpo, decidió parar. Se sentó unos minutos en uno de los bancos y revisó Instagram. Carla había subido una publicación, al parecer había ido al cine con alguien. Naia le envió un mensaje. ¿Acaso se había armado de valor por fin para pedirle una cita a ese chico de su instituto del que siempre había estado pillada? No respondió, de modo que Naia volvió a mirar la lista de publicaciones. Una de ellas era de Inés. La foto estaba hecha en un bar oscuro. Ella posaba, guiñando un ojo a la cámara, junto a dos chicas y un chico. Le dio al icono del corazón bajo la instantánea y este se coloreó de rojo al instante.

Se estaba quedando fría, así que se levantó y puso rumbo de vuelta a la residencia. Eran más de las diez, así que pensó en darse una ducha y acostarse, quizá leer un poco. Tenía a medias una novela de esas ligeras, románticas, en las que los problemas de la protagonista nunca eran muy graves y siempre se solucionaban. Le gustaban ese tipo de historias, le hacían sentir bien.

Sin embargo, nada más llegar a la residencia fue consciente de que iba a ser difícil disfrutar de una noche tranquila.

Ya desde la calle distinguió luces parpadeantes y el eco de la música procedente del primer piso de la residencia. Las ventanas estaban abiertas y se escuchaban voces y ritmos machacones. Además, frente a la puerta, había un par de desconocidos fumando, como si se encontrasen en la entrada de un bar.

Naia pasó frente a ellos deprisa, tratando de ignorarlos, y entró en el portal. La portería, por supuesto, estaba vacía. Pensó en Maribel y en la clara advertencia que le había dado en su primer día en la residencia: las fiestas estaban prohibidas. Al parecer aquella era una de esas normas que muchas tomaban apenas como una sugerencia.

Naia cruzó entonces el vestíbulo y comenzó a subir las escaleras. Ni siquiera había llegado al descansillo del primer piso cuando escuchó voces, así que se quedó quieta y agudizó el oído.

—Esperaba que pudiésemos hablar, será solo un momento —dijo una voz femenina con tono suave, acaramelado. Su acento era, sin duda, reconocible: Evelyn.

—Habla —respondió otra voz, masculina esta vez.

—Quiero pedirte otra oportunidad.

—¿Para qué? Lo que no funciona, no funciona. Asúmelo.

La respuesta fue tan dura, tan tajante, que incluso a Naia le molestó.

—Nunca llegué a entender por qué dices que no funcionó. Para mí lo hacía —replicó Evelyn. A Naia casi le dio pena—. Dime qué puedo hacer y lo haré.

—Evelyn, no hay nada que puedas hacer. Simplemente, no eres lo que busco, y yo no soy lo que tú buscas, por mucho que te intentes convencer de que sí.

Lo cierto era que ese chico parecía tenerlo muy claro.

—Sí lo eres —contradijo ella. El tono calmado, conciliador, comenzaba a resquebrajarse—. Me he pasado el verano pensando en ti, te echo de menos.

Se escuchó un suspiro suave, como una risa, incluso por encima del sonido amortiguado de la música que les llegaba desde la habitación al final del pasillo.

—¿Qué pasa? ¿Había pocos ricos casaderos en el resort de lujo? —la provocó él.

—Que te jodan —replicó ella. La máscara cayó, esta vez Evelyn sonó realmente fría. Parecía otra persona.

—Bien, me voy —repuso el chico—. Para empezar no tendría ni que haber venido.

Naia tardó un segundo más de la cuenta en percatarse de que, si ese misterioso chico bajaba por las escaleras, la pillaría escuchando en cuestión de segundos. Por suerte, la voz de Evelyn volvió a sonar.

—¿Cómo te atreves a tratarme así, eh? Te estoy diciendo que te quiero y tú me hablas así... solo eres un muerto de hambre, ¿crees que puedes aspirar a algo mejor que yo?

Esta vez la risa fue más audible, Naia la escuchó incluso habiendo retrocedido hasta el primer tramo de las escaleras, ya de vuelta en el vestíbulo.

—Evelyn, tú no me quieres. Solo te quieres a ti misma —aclaró él—. Y sí, sé que en la escala social tú estás muy por encima de mí, por eso lo nuestro no funciona. No quiero estar con una malcriada que piense que debo besar el suelo que pisa porque se ha dignado a fijarse en mí.

—Eres un gilipollas, Lobo —zanjó el tema ella, su voz era cortante como el cristal, a pesar de la dulzura de su acento—. ¡Muérete!

Esta vez sí, Naia supo que el chico estaba a punto de doblar el recodo de la escalera y quiso apresurarse a desaparecer. Sin embargo, calculó mal. No vio el último escalón.

Con un gemido ahogado, Naia perdió el equilibrio y dio con el trasero contra la helada baldosa del vestíbulo, justo en el momento en que ese chico hacía su aparición. El dolor del golpe la cegó durante unos segundos y, cuando pudo por fin enfocar la mirada, lo que encontró fueron dos impresionantes ojos verdes fijos en ella. Se quedó sin habla, y no solo por la vergüenza de haberse caído.

—¿Estás bien? —preguntó él, acercándose. Le tendió la mano y Naia, tras pensárselo un instante, se agarró a ella para incorporarse.

—Sí, eh...

—¿Estabas cotilleando?

Naia sintió tanto calor en sus mejillas que pensó que podría sufrir combustión espontánea.

—No, yo solo quería ir a mi cuarto.

—¿No vas a la fiesta?

—No están permitidas las fiestas, y no me gustan.

El chico se rio. Tenía un piercing en el labio y una sonrisa de esas que quitan el hipo, o al menos eso pensó Naia.

—Es una pena que no te gusten.

Naia no supo qué más decir. Su corazón parecía no querer dejar de latir como si siguiera corriendo y su mente se había quedado en blanco.

Finalmente el chico le lanzó una última mirada, se despidió de ella con un breve “adiós” y, sin más, se marchó, dejando a Naia de nuevo sola en el vestíbulo, con taquicardia y sin voz; al menos hasta que, unos segundos después de haberlo visto marchar, por fin reaccionó y subió las escaleras hasta el tercer piso, hasta su habitación. Se dejó caer en la cama y miró al techo. Las luces que procedían del primero se reflejaban en la pintura blanca de las paredes de su habitación y las vibraciones de la música le llegaban incluso atravesando el colchón. No iba a poder pegar ojo, aunque algo le decía que no iba a ser solo por la fiesta.

Ese chico... ¿Quién era y por qué la había dejado tan descolocada? ¿Le había dado algún tipo de ataque? Porque vale, el chico era guapo a rabiar, pero no era su tipo. ¿Desde cuándo le gustaban los *malotes*?

4

Tenía la mente un poco en las nubes, por eso, Naia se sobresaltó en cuanto él se sentó a su lado en la clase de bioquímica. Se le cayó el boli al suelo y, antes de agacharse a por él, Eric lo recogió.

—Toma, perdona por asustarte —dijo con amabilidad—. ¿En qué pensabas, tan concentrada?

Naia no iba a decirle la verdad, que estaba pensando en un chico desconocido por el que se había sentido inmediata e inapropiadamente atraída, así que se devanó los sesos buscando algo que contestar. Además, ¿en qué momento Eric Rivas y ella se habían hecho tan amigos como para hacerle ese tipo de preguntas?

—En las prácticas de laboratorio —mintió Naia—. Tengo que empezar esta tarde y he olvidado reservar turno.

—Ah, no te preocupes, yo tengo reservado un hueco de cuatro a cinco, ¿te va bien?

Aquello no se lo esperaba.

—¿Compartir contigo el laboratorio?

—Hay sitio de sobra.

—Ya veo... lo que quieres es copiarme la práctica —dedujo Naia, ligeramente molesta, pero sobre todo, perpleja. ¿Cómo se podía tener tanta cara dura?

La traviesa sonrisa de Eric la hizo reír. Estaba claro que era una de esas personas con carisma natural que son capaces de sacar beneficio de otros y, al mismo tiempo, caer siempre bien. A Naia le hubiera encantado tener esa habilidad en más de una situación, pero ella era más bien seria, incapaz de mostrar descaro o seguridad en sí misma cuando sabía que lo que hacía no estaba bien.

Recordaba aquella vez, con quince años que Nora, Carla y ella misma intentaron entrar en una discoteca de su ciudad. Se habían juntado en una de sus habituales pijamadas, pero en esa ocasión sus padres no estaban en casa. Decidieron salir, desviaron las llamadas del teléfono fijo de casa al móvil de Naia, por si acaso algún adulto llamaba para comprobar que estuvieran allí, y se pusieron sus mejores galas, dispuestas a experimentar la noche como si fuesen mayores de edad. Por desgracia no consiguieron traspasar la puerta de entrada al local. ¿A quién querían engañar?

—Bueno, ¿entonces, vienes?

—Vale... pero no te voy a dejar copiarme durante todo el curso —replicó Naia—. Esto es un *quid pro quo*, en algún momento me tendrás que devolver el favor.

En respuesta, Eric rio y le guiñó un ojo.

—Cuando quieras, solo tienes que pedírmelo.

El desconcierto de Naia se transformó de inmediato en azoramiento. Estaba a punto de responder, aclarar que su comentario no había tenido doble sentido, cuando alguien apareció a su lado.

—Hola, Naia.

—Ah, hola, Bego.

Su compañera en clase de Anatomía se sentó a su lado y se fijó en Eric.

—Hola, me llamo Begoña, te he visto por clase —le dijo, en un amable tono algo infantil. Lo cierto era que Bego podía ser muy adorable.

Eric y ella se presentaron y comenzaron una conversación acerca de detalles de las clases, las asignaturas y los profesores que terminó derivando hacia cosas más personales. Así fue como Naia descubrió que los dos eran de Madrid, de zonas cercanas y que, aunque no habían estudiado en el mismo instituto, conocían a gente de sus respectivos centros escolares. La llegada del profesor de bioquímica interrumpió la charla.

Durante la siguiente hora de descanso entre clases, los tres se dirigieron a la cafetería, donde continuaron charlando de varios temas. Naia no hablaba demasiado, pero le gustaba escuchar a Bego contar anécdotas y reírse con la ocurrencias de Eric, sin dejar de asombrarse con esa personalidad tan desvergonzada de la que hacía gala. ¿Cómo era capaz de salirse con la suya siempre?

Aquel día no fue el primero que pasó compartiendo laboratorio con él y, aunque creía que el chico pasaría toda la hora entretenido en tonterías para luego copiar el trabajo de Naia, lo cierto fue que la ayudó en todo momento. Era aplicado cuando quería serlo, y eso hizo que Naia sintiera cierta envidia y, quizá, un poco de fascinación.

Durante los siguientes días, los tres: Naia, Bego y Eric, se convirtieron en algo así como amigos, un grupo bien avenido.

Ella, Naia, era la organizada, la que siempre les empujaba a estudiar, a hacer lo correcto y a ir a clase, aunque no siempre conseguía llevarlos por el buen camino. A veces conseguían convencerla para saltarse alguna hora y seguir en la cafetería. Bego, por su parte, era la entusiasta, tenía un don natural para ver la parte positiva de todo y también era muy expresiva. Para Bego, cada mínima situación que vivía en su día a día era digna de ser compartida y analizada con el grupo, y también solía enseñarles vídeos graciosos en Tiktok. Por último, Eric era el relaciones públicas. Si había alguna quedada o reunión de alumnos que se estuviera planeando en el campus, él se enteraba. Siempre estaba atento a los cotilleos y a muchas de las actividades que podían proporcionarles créditos extra, como, por ejemplo, un ciclo de cine al que los tres se apuntaron y que se desarrollaría a lo largo de todo el curso.

Así transcurrió la segunda semana de Naia en aquella nueva vida.

El viernes, de nuevo, Inés le ofreció salir a tomar unas copas con ella y sus amigos, pero Naia, a pesar de su recién descubierta faceta social, no se sentía capaz de ir a un bar de noche. Además, tenía ganas de pasar un rato tranquila.

Ni Maribel ni la dirección habían descubierto la fiesta que había tenido lugar el fin de semana anterior ya que, por suerte, no había habido incidentes y nadie se había ido de la lengua. La mayoría de las residentes se marchaban a sus casas ese fin de semana, pues era puente. El lunes era festivo local y no habría clase. Naia tenía esa noche toda la tercera planta para ella sola, y no quería desaprovecharlo.

—Última oportunidad, ¿seguro que no vienes? —insistió Inés, mirándola desde la puerta de su habitación.

—No, a la próxima.

—Eso mismo dijiste la semana pasada —rio—. Supongo que eres así, paradita, pero estás en la universidad, Naia. ¡Disfruta un poco! No sé, bebe un poco de más en fin de semana, baila, desmelénate... líate con algún tío. Solo se vive una vez.

Por alguna razón, las palabras de su amiga le hicieron pensar de nuevo en Nora, en ella, en el vacío que sentía, esa sensación que cada vez más se apoderaba de sus emociones. Quería contarle a Nora cómo se sentía, las dudas que crecían en su corazón y hablarle de todo lo nuevo que estaba experimentando, pero Nora ya no estaba. Era Inés quien estaba en ese momento delante, y la pregunta salió de su boca. Fue casi sin querer, como cuando estornudas.

—¿Alguna vez te ha gustado algún chico a primera vista?

Inés la miró, un tanto perpleja y, olvidándose de su cita, volvió a pasar al interior de la habitación y cerró la puerta.

—¿Te ha pasado? ¿Qué chico es?

—No me has respondido.

Inés se rio.

—Bueno, a primera vista lo único que se ve es el físico —declaró su compañera—. Sí me ha pasado muchas veces que veo a alguien guapo y me gusta, pero no sé si puedo llamar a eso gustar, gustar... ¿entiendes?

—Claro, no soy tonta —replicó Naia—. Ya sé que no es gustar de verdad pero...

—¿No me vas a decir quién es? —preguntó Inés con una sugerente sonrisa en sus labios pintados de rojo. Naia negó con la cabeza, con las mejillas ardiendo.

—No, de eso nada.

Inés se encogió de hombros.

—Vale, pues me voy.

—Pásalo bien.

—Por cierto, Naia —se volvió de nuevo a mirarla antes de salir por la puerta—. Un flechazo así puede ser el inicio de algo más o quedarse solamente en eso. Depende de lo que hagas tú. Si quieres conocer a ese chico y ver si te gusta de verdad, tendrás que acercarte y hablar con él.

Naia sonrió con cierta tristeza.

—Eso será difícil, no creo que lo vuelva a ver.

—Nunca se sabe... ¡Ciao!

Tal y como esperaba, Naia pasó el resto de la noche sola en su habitación, leyendo. Se cruzó en la cocina compartida con una residente de último año. Apenas intercambió con ella un par de frases mientras cocinaba un paquete de fideos asiáticos instantáneos que luego se comió en el escritorio de su habitación, viendo una serie de Netflix en su portátil. Escribió a Carla. Al parecer la cita de la semana anterior sí había sido con aquel chico que le gustaba, pero ahora estaba molesta porque no habían vuelto a quedar, y ni siquiera lo había besado. Pasaron tanto tiempo mensajeándose que Naia no se dio cuenta de la hora que era. Solo fue consciente de que pasaban de las dos de la madrugada cuando escuchó ruidos en el pasillo. Pasos, golpes, una risa y murmullos.

Pensó en ignorarlo, pero cuando esos extraños sonidos se detuvieron en la puerta contigua a la suya, la de la habitación número cinco, no pudo evitar asomarse.

—¿Inés?

En la semioscuridad del pasillo vio a tres figuras. Una de ellas la llamó por su nombre, aunque arrastraba las palabras y se reía.

—Perdona, está muy borracha —respondió otra voz, una que le resultaba vagamente familiar.

Naia salió al pasillo y buscó el interruptor de la luz. En cuanto pudo ver con claridad distinguió al chico de los ojos verdes, su flechazo, sujetando de un brazo a Inés. Del otro brazo la sostenía una chica alta y morena con un maquillaje rosa muy llamativo. Ambos eran necesarios, pues Inés apenas podía sostenerse en pie.

—¡Anda! Si eres la cotilla —dijo el chico. La reconocía, y a pesar de haberla llamado así, a Naia le dio un vuelco el corazón.

Inés se rio más alto.

—¿Sabes cuál es la habitación de Inés? —preguntó la chica morena.

—Esta.

Naia abrió la puerta y entre los tres metieron en la cama a Inés, que no dejaba de balbucear y revolverse pero que, sin embargo, cayó dormida nada más tocar la almohada.

—¿Qué le ha pasado? —quiso saber Naia.

—Que se ha bebido hasta el agua de los floreros porque hoy no estaba Lalo.

—¿Quién?

La chica morena ignoró su pregunta y salió al pasillo, visiblemente ansiosa por marcharse.

—¿Podemos pedirte que estés atenta, por si Inés necesita algo? —preguntó el de los ojos verdes, mirando a Naia. Estaba cerca, era más alto de lo que recordaba y allí, a la luz del pasillo, pudo distinguir no solo el intenso color de sus iris, sino también los tatuajes que le cubrían los brazos. No había reparado en ellos durante su primer y fugaz encuentro. Quiso responder con palabras, pero se limitó a asentir.

—Gracias.

—Vamos, Lobo —lo llamó su acompañante—. Ya sabes que Inés siempre dice que no se permiten visitas en esta chabola, y nos están esperando.

Naia sintió una repentina e intensa furia hacia esa chica, pero no dijo nada. Los vio alejarse por el pasillo con una confusa sensación alojada en su estómago. En el último momento, el chico, Lobo, se volvió y se despidió con la mano.

—Nos vemos, Naia.

Durante un segundo se preguntó cómo sabía su nombre, pero entonces recordó que Inés lo había farfullado varias veces. Por alguna razón, saber que él conocía su nombre le hizo sentir cierta esperanza. Una ilusión absurda y de lo más inconveniente, por otra parte.

Diario

Nora, ¿recuerdas aquel chico del campamento cuando teníamos trece años? Era un alborotador, le gustaba llamar la atención y hacer gamberradas a los monitores... y a mí me encantaba. Tú te preguntabas cómo podía gustarme alguien así, porque yo siempre había sido obediente, una chica tranquila. Pero yo no podía explicarlo, ni siquiera a mí misma.

De todos modos, yo nunca tuve el valor de declararme y tú preferiste no insistir. El terreno platónico siempre me ha hecho sentir segura, porque así es... no hay nada real, nada tangible, nada que pueda hacerme daño. Tú, en cambio, siempre soñabas con un amor de verdad.

Pero, Nora, tú te fuiste demasiado pronto, y yo he estado demasiado aislada en mi mundo, rodeada de algodones y siempre de la misma gente, siempre protegida. No hemos experimentado la vida, nunca tuvimos las suficientes oportunidades para descubrir lo que era el amor, y mucho menos la atracción, el deseo, el sexo...

Me acuerdo una noche, cuando despertaste acalorada porque habías tenido un sueño picante con ese actor, no recuerdo el nombre, ese que te gustaba tanto. Me contaste todo con pelos y señales, y a mí me hizo gracia. ¿Besos? ¿Caricias? ¿Un calor extraño entre las piernas?

Creciste antes que yo, pero también fuiste siempre más curiosa, intrépida y abierta de mente. Cuando descubrí lo que sucedía cuando tocaba ese punto entre mis piernas, tú, ya hacía tiempo que lo sabías. Tú hablabas de ello con libertad, yo siempre me cohibía un poco más. Cuando besé por primera vez a un chico, tú, hacía meses que lo habías probado. Pero eso fue todo, nunca llegaste a la siguiente base.

Me pregunto qué me dirías si te contase que, desde la noche en que volví a ver a ese chico con aire rebelde, no he dejado de soñar con él del mismo modo que tú soñabas con aquel actor. Seguro que te reirías y me dirías que me olvidase de él, que buscase a alguien más parecido a mí. Y yo te haría caso, porque siempre has sido mi ejemplo a seguir, tú siempre dejabas primero las huellas que yo iba pisando.

Pero esta vez tú no serás pionera, no abrirás el camino. Nunca me contarás con detalles cómo fue tu primera cita ni si sentiste mariposas cuando él te cogió de la mano. No me aconsejarás sobre cómo poner los labios para recibir un beso ni sobre si debo escribirle un mensaje en dos horas o en dos días. Esta vez estoy sola ante la vida, y no podría estar más aterrada.

5

—Chicas, esta noche voy a salir con un amigo, ¿os apetece venir? —propuso Eric el viernes siguiente, justo después de salir del ciclo de cine, donde habían visto la película *Despertares*.

—¡Qué bien! Justo este fin de semana no tengo planes, ¿qué dices, Naia? —contestó Bego.

Después de lo sucedido la semana anterior y tras despertar con una resaca monumental, Inés

había prometido que no saldría más en lo que quedaba de curso. De hecho, ese fin de semana había decidido pasarlo en su pueblo, que estaba a menos de una hora de la ciudad, visitando a su familia.

Naia seguía sin estar muy convencida de querer salir de fiesta, pero empezaba a plantearse probar, y no solo porque algo en su interior le decía que, si salía, podría tal vez cruzarse en el camino del chico de ojos verdes que no conseguía sacarse de la cabeza. Bueno, quizá sí era esa la principal razón, aunque también pensaba a menudo en lo que Inés le había dicho: que era joven y tenía que disfrutar de la vida universitaria. A Nora le hubiera gustado que lo hiciera...

—Vale, voy —accedió, más por presión social que porque realmente le apeteciera.

Recordó la insistencia de Inés en anteriores ocasiones y le preocupó que se enfadase con ella cuando se enterara de que con sus compañeros de clase sí había aceptado salir. Se prometió que la próxima vez que la invitase a unirse a sus planes, lo haría. Se lo debía.

Quedaron en una zona no muy lejos de la residencia y mientras iba de camino, notó su teléfono móvil vibrando en el bolso. Era Carla.

—Por fin me ha llamado, tía. Vamos a salir esta noche y estoy de los nervios —anunció su amiga, que llevaba días suspirando por ese chico que le gustaba. A Naia no le convencía. Había salido con ella y después le había hecho *ghosting* durante dos semanas.

—¿Le has perdonado por no contestarte los mensajes?

—Bueno, no creo que tenga que perdonarle. No somos nada... aún.

—Pues yo creo que sí, Carla. Es cuestión de respeto y...

—¡Ay! No sé para qué te cuento nada. ¿No te alegras por mí?

Naia quería seguir advirtiéndole a su amiga, pero sabía lo impetuosa y cabezota que era Carla, había discutido con Nora muchas veces porque ambas eran igual de firmes en sus convicciones, así que decidió no replicar. Al fin y al cabo, era su mejor amiga y estaban lejos.

—Sí, me alegro por ti —claudicó—. Disfruta mucho de tu cita, y no hagas nada que yo no haría.

—Buff, entonces no haré nada de nada —bromeó.

—¡Oye! Para tu información, hoy he quedado —anunció Naia, ciertamente orgullosa de sus avances—. Voy a salir de fiesta con unos compañeros.

—¿Qué? ¿Tú? No me lo creo. ¡Mándame fotos!

—Subiré alguna a Instagram.

—Y... ¿Hay algún chico que esté bueno?

Al instante, Naia pensó en el misterioso Lobo, pero sabía que esas fantasías que tenía en la cabeza eran solo eso: tonterías. A quien sí iba a ver esa noche era a Eric.

—Bueno, tengo un compañero que podría decirse que es guapo.

—¿Podría decirse?

—A ver, es guapo. Pero no me gusta.

—¡Qué remilgada eres, Naia! —protestó Carla al otro lado de la línea—. No estamos buscando al amor de tu vida, ¿vale? Solo un rollo. Y si tu amigo es guapo, nos sirve. ¡Ya me contarás!

Colgaron la llamada y Naia continuó su camino hasta el punto de encuentro. No pudo evitar pensar en lo que proponía su amiga. Eric era guapo y tenía labia, sin duda, pero Naia no se había planteado siquiera la posibilidad de que entre ellos pudiera surgir algo. No sentía que le latiera el corazón rápido cuando estaba cerca, ni siquiera un leve cosquilleo cuando le sonreía. Y sí, la hacía reír, era agradable con ella aunque le tomase el pelo de vez en cuando... Eran amigos. Desde el principio lo había visto como eso y nada más, así que sacudió la cabeza, eliminando

cualquier sugestión que Carla hubiera metido en su mente, y apresuró su paso. Cuando llegó al lugar solo estaba Bego.

Pocos minutos después, Eric apareció con un chico alto, rubio y algo desgarbado.

—Hola chicas, este es mi amigo Rubén. Estudia Administración de empresas en la Europea.

Tras las presentaciones oportunas, Eric los guio hasta un local bonito, decorado con lámparas que eran botellas de colores, taburetes de diseño y vidrios en mosaico decorando las paredes. La música que sonaba era comercial, ritmos pop con toques latinos. Los cuatro se encaramaron a una mesa alta y pidieron sus bebidas. Naia, por no desentonar, terminó pidiéndose un gin-tonic, aunque no le apetecía en absoluto.

La noche empezó tranquila, pero el local pronto estuvo lleno. Hacía calor, a pesar de estar ya en octubre, y la música estaba muy alta. Naia todavía no se había bebido ni siquiera la mitad de su copa cuando Eric y Bego fueron a la barra a por su segunda. Fue entonces cuando Rubén se le acercó por primera vez.

—Así que vas a ser médico —Naia asintió, algo incómoda—. Oye, una pregunta rara, ¿de verdad veis cadáveres?

—Sí, aunque todavía no hemos empezado con esa parte.

—Guay, y una cosa... ¿los veis enteros?

—¿Cómo?

—Ya sabes, al completo, desnudos.

Naia se atragantó con su bebida.

—Yo... supongo que sí, no lo sé.

—Eso es una pasada —opinó con bastante desacierto—. Yo si estudiase medicina, lo tendría claro... me haría ginecólogo.

—Eh...

—Oye, ¿tú crees que puede ser que alguna vez un médico se lie con una paciente? Yo una vez fui a una dermatóloga que era muy guapa, mayor para mí, pero guapa. Quizá puede pasar, ¿no?

Rubén miró a Naia con curiosidad, esperando, sin duda, una respuesta a su absurda pregunta.

—Tengo que ir al baño —fue lo único que se le ocurrió a ella.

Se encerró en uno de los cubículos del aseo y aprovechó para orinar, aunque no tenía demasiadas ganas. En ese momento escuchó abrirse la puerta del baño y unos cuantos pasos y traspies.

—Tania, ¿estás bien? —escuchó una voz femenina. No hubo respuesta—. Tía, ¿qué te pasa? No me asustes.

Algo cohibida, Naia abrió la puerta. Había una chica en el suelo, medio desmayada, y una de sus amigas la estaba abanicando con las manos.

—¿Ha bebido mucho? —preguntó Naia, preocupada.

—¡Qué va! Si acabamos de llegar.

—¿Quieres que llame a alguien?

A la chica no le dio tiempo de responder, en ese momento la cara de Rubén apareció, asomando la cabeza por el quicio de la puerta. El sonido de la música casi no le permitió oír lo que decía.

—¿Naia? ¿Estás bien?

—¿Qué pasa?

—Nada, que llevas mucho rato en el baño. Estaba preocupado.

Naia, molesta, le cerró la puerta en las narices y se volvió hacia las chicas que estaban en el suelo.

—Deberíamos sacarla a que tome el aire, igual mejora —propuso. La amiga, que parecía realmente sobrepasada, asintió.

Entre las dos sacaron a la tal Tania al exterior del local y la apoyaron en las escaleras de un portal donde el frescor de la noche le hizo recuperar un poco la consciencia.

—Voy a llamar un taxi y la llevo a casa —señaló su amiga, apartándose para hacer la llamada mientras Naia se quedaba con la chica semiinconsciente.

Algo le decía que esa situación era sospechosa. Con cuidado, le levantó un párpado para observar sus pupilas... demasiado dilatadas. Además tenía la cara cubierta de sudor, aunque no hacía calor.

—Tengo... sed —musitó Tania, de un modo casi ininteligible.

—Tranquila, ya te vas a casa.

En ese momento, Naia sintió que alguien se paraba a su lado. Era Rubén, de nuevo.

—¿La conoces? —quiso saber, señalando a Tania.

—No.

—Entonces, ¿por qué la ayudas?

—Pues porque necesita ayuda.

Aquello le parecía tan evidente que incluso se volvió a mirar a Rubén con perplejidad.

—Toma, te he traído tu bebida —dijo él, tendiéndole el vaso de gin-tonic a medio beber que se había dejado en la mesa.

—Bébetelo tú, yo no quiero.

—Pero...

—¿Naia? ¿Qué pasa? —Aparecieron Bego y Eric a través de la puerta del local—. Llevamos un rato buscándote.

—Perdón.

En ese momento la amiga de Tania regresó anunciando que el taxi acababa de llegar y, de nuevo entre ella y Naia metieron a la chica afectada en el vehículo.

—Creo que deberías llevarla al hospital y llamar a sus padres —le aconsejó Naia a la acongojada amiga.

—¿Estás loca? Se le caerá el pelo...

—Pero, ¿y si es algo grave? ¿Y si tiene alguna alergia?

—Mira, gracias por tu ayuda —zanjó ella, ignorándola—. Nos vamos. Adiós.

Naia vio marcharse al taxi con una sensación extraña. Frustración, tal vez. No era la primera vez que se sentía así: impotente, incapaz...

—Bueno, bien está lo que bien acaba —comentó Rubén con una absoluta falta de tacto que incluso a Naia le sorprendió—. ¿Volvemos dentro?

—Yo me voy a casa —declaró ella. No tenía ninguna gana de seguir en ese local, mucho menos con las sospechas que habían surgido a raíz de aquel incidente. Se volvió hacia Bego—. ¿Te quedas?

Su amiga asintió.

—Vamos, Naia, no seas sosa...

—Ten cuidado, no pierdas tu copa de vista, ¿vale?

Bego soltó una risita, pero Naia ignoró sus protestas y emprendió el camino de vuelta a la residencia.

Su primera noche de fiesta universitaria no había salido nada bien y, a pesar de que se había propuesto aceptar la próxima invitación de Inés, no sabía si sería capaz de cumplir esa promesa. Aquello no era lo suyo, su ambiente.

Con estos pensamientos en la cabeza llegó a su habitación y se metió en la cama. Pensó en Nora. ¡Cuánto le gustaría poder hablar con ella de nuevo!

Casi sin darse cuenta, cerró los ojos y comenzó a imaginar cómo sería esa conversación en la que le contaría lo que había vivido esa noche. ¿Cómo le describiría el sabor amargo y burbujeante del gin-tonic? ¿Cómo le explicaría la sensación de la música a tan alto volumen retumbando hasta en sus huesos? ¿Cómo le describiría el desagrado que le había causado Rubén y esa manera que había tenido de hablarle, de mirarle...?

Y como cada vez que evocaba el recuerdo de Nora, sobre todo en los últimos meses, lo percibió más desdibujado que antes, casi irreconocible... y la pena la terminó consumiendo hasta quedarse dormida.

Naia miraba a través de la lente del microscopio cómo las sustancias se comportaban dentro de la placa de Petri, pero al mismo tiempo era muy consciente de la presencia de Eric a su lado y del hecho de que ese día estaba más distraído de lo habitual. Lo había pillado varias veces con la boca abierta, como queriendo decirle algo, sin atreverse.

Tras más de media hora en ese plan, siendo un total lastre para el avance de su práctica de laboratorio, Naia se cansó de esperar.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—¿Qué? —respondió él, dando un respingo—. Nada... ¿por qué lo dices?

—Estás raro. Más de lo normal, quiero decir.

Eric se rio alto, aunque sonó forzado.

—Mira, si no vas a ayudar, mejor déjame sola. Me distraes.

Él se removió en la banqueta, inquieto.

—Está bien... Es que quería preguntarte qué pasó la otra noche en el pub. Rubén me cuenta cosas un poco incoherentes.

—¿Qué cosas? —quiso saber Naia. Aquello no le daba buena espina.

—Bueno, según él... hay, y cito textualmente, “buen rollo” entre vosotros.

—¡¿Qué?!

Naia no pudo evitar levantarse bruscamente, tanto que golpeó sin querer el microscopio y la placa se cayó del soporte.

—Ya supongo que se lo ha imaginado todo, a veces es un *flipado*.

En ese momento estaba tan furiosa e indignada que, si hubiera tenido a Rubén delante, Naia no habría dudado en golpear esa cara de idiota.

—Pues no, ni en un millón de años, vaya, ¿en qué mundo vive? —gritó—. ¡Es que yo alucino! ¿De qué va?

La expresión tensa de Eric, poco a poco, se fue relajando hasta terminar riendo, esta vez de verdad. La reacción de Naia le hacía gracia, no cabía duda.

—Vale, vale... me ha quedado claro.

—Pues déjaselo claro a él, que no se le ocurra montarse pelis.

—Eso está hecho.

La furia todavía burbujeaba en sus venas horas más tarde, cuando Naia regresó a la residencia y se encontró con Inés para cenar juntas en el comedor común. Como hacían casi cada noche, llenaron sus bandejas y tomaron asiento en una de las mesas vacías. Normalmente se limitaban a saludar al resto de residentes y compartir breves conversaciones intrascendentes, pero ese día el ambiente parecía más animado de lo habitual. La mesa de Evelyn y su grupo estaba bastante concurrida, y se escuchaban risas estridentes. La palabra “fiesta” sobrevolaba el comedor,

aunque se dijera entre murmullos. A Inés solo le hizo falta atar cabos, ya que quedaba una semana para Halloween.

Naia no pudo evitarlo cuando su amiga se levantó, furiosa, y se plantó delante de Evelyn.

—¿Se puede saber qué haces, estúpida? —le exigió saber.

Evelyn la miró con un desprecio palpable y fingió no haber escuchado nada. Continuó hablando de las guirnaldas que proponía colocar en el pasillo del primer piso. Inés pasó al siguiente nivel: la agarró del brazo.

—¿Es que quieres que te expulsen esta vez?

—¿Se puede saber quién te ha dado vela en este entierro, entrometida?

—Si no quieres que te tumbe los planes, al menos no los hagas delante de mis narices.

Evelyn se levantó de su asiento de golpe, haciendo chirriar las patas de su silla contra el suelo.

—Por si no te habías dado cuenta, eso es lo que me importas: nada. Ni siquiera te tengo en cuenta, porque a las cucarachas traidoras como tú, alguien como yo las ignora.

Inés la miró con sorpresa.

—¡Hala! Sabía que eras tonta, pero no tanto...

—Insúltame otra vez, zorra, y te rompo la cara.

—¡Atrévete!

Naia saltó entonces de su asiento y agarró a su amiga, consciente de que la cuerda que tensaban estaba a punto de romperse.

—No tiene ovarios... —masculló Inés.

—La que no tendrá ovarios de volver a chivarse serás tú —amenazó Evelyn—. No lo dejaré pasar otra vez.

—Mira cómo tiemblo.

—Basta, Inés —Naia arrastró a Inés de nuevo a su mesa—. ¿No ves que te está provocando?

—Es que lo flipo con ella... Me saca de quicio que se crea intocable.

—Deja que haga lo que quiera, si la pillan, no es tu problema, y si no, tampoco.

Inés frunció los labios, furiosa.

—Me jode que tengas razón.

En ese momento, el grupo de chicas, encabezadas por Evelyn, salió riendo escandalosamente del comedor y Naia e Inés se quedaron solas.

—¿Qué harás? ¿Te irás a tu pueblo? —quiso saber Naia.

—No, me quedaré. Halloween en el Cábala es todo un acontecimiento.

—¿El Cábala?

—Mi bar, el bar a donde salgo los fines.

—Creía que ibas a dejar de salir y de beber.

—¡Ja!, eso no me lo creí ni por un momento. Solo necesitaba darle un respiro a mi hígado, pero no me perdería este finde por nada —señaló, recuperando el buen humor—. Oye, ¿por qué no te vienes?

Naia lo meditó un instante.

—Todavía no sé si me quedaré en Madrid.

—Bueno, si te quedas, te vienes.

—Me lo pensaré.

6

El día estaba lluvioso y frío, el otoño hacía su aparición en la capital de un modo mucho más discreto de lo que Naia estaba acostumbrada. Aquella era su estación favorita y en su ciudad, más cerca de la naturaleza, lo disfrutaba mucho. Le encantaba cuando las hojas de los árboles se teñían de tonos anaranjados y la luz se hacía más tenue por las tardes, sin llegar a desaparecer del todo. Sin embargo, en Madrid solo llovía y eso le impedía salir a correr cuando le apetecía. Al menos, se generaba un ambiente ideal para sentarse a leer un buen libro.

En la facultad, Bego, Eric y Naia habían escapado de las condiciones climatológicas adversas escondiéndose en la cafetería, donde disfrutaban de un café calentito. En realidad, aquello era algo que en las últimas semanas ya era bastante habitual.

Las clases empezaban a ponerse intensas, el primer cuatrimestre pronto culminaría con el temido primer período de exámenes parciales y Naia no podía despistarse. Por eso, al final había decidido no volver a su ciudad el puente de Todos los Santos, ya que solo tenía un día festivo y apenas podría aprovechar el viaje. Sería el primer año que no visitaría a Nora.

Eric y Bego hablaban del contenido de su última clase cuando alguien apareció, como salido de la nada.

Era Rubén, el amigo rarito de Eric. Lo estaba buscando.

—Eh, tío —lo saludó, ignorándolas deliberadamente a ellas. Naia se alegró de no tener que hablar con él—. ¿Te has enterado?

—¿De qué?

—Los de económicas hacen una fiesta de Halloween esta noche, y las fiestas de económicas son legendarias —dijo—. Vamos, ¿no?

—¡Claro! —respondió Eric, al instante se volvió hacia Naia y Bego—. ¿Os apuntáis vosotras?

—Sí, vale —secundó Bego.

—No, yo... tengo otros planes.

—¿En serio? ¿Nos dejas de lado por otros amigos? —bromeó Bego, aunque había un tinte dolido en el fondo.

—Salgo con mi compañera de residencia —explicó Naia, algo avergonzada.

—Si está buena, te la puedes traer —sentenció Rubén—. Aunque si es tan borde como tú...

Naia no pudo evitar un gesto de repulsión. Desde aquella conversación con Eric en el laboratorio, cuando había negado rotundamente la remota posibilidad de tener interés en Rubén, este era todavía más maleducado con ella.

—¡Tío! —protestó Eric, golpeándole el hombro—. ¿De qué vas?

Rubén se encogió de hombros, con su absoluta y habitual falta de empatía, y cambió de tema.

—Tengo clase, nos vemos en la fiesta.

Y tal y como había aparecido, se marchó.

Bego estaba a punto de hablar, seguramente para seguir tratando de convencer a Naia de apuntarse a la quedada con ellos, cuando su móvil empezó a sonar. Era su madre. La llamaba casi cada día y pasaban más de diez minutos hablando. A Naia a veces le daba envidia ver la relación tan estrecha que tenían, el modo en que se comunicaban, con tanta facilidad... A pesar de todas las quejas que Bego tenía de su familia, se notaba que eran una piña. Naia recordaba que una vez su familia había sido parecida, antes, cuando no había tanto dolor que ocultar, ni tantos

pensamientos negativos de los que quisieran protegerla.

—Oye, Naia, ¿puedo hacerte una pregunta? —dijo entonces Eric, distrayéndola de sus pensamientos. Naia asintió—. ¿Estás bien... conmigo?

—¿Qué quieres decir?

Eric se encogió de hombros.

—No sé, es que siento que yo no hago más que intentar acercarme pero tú... siempre... eres distante.

—No soy distante.

—A mí me lo parece.

Se había dado cuenta de que, tanto Eric como Bego tendían a estrechar cada vez más su relación. Los temas de los que hablaban, las cosas que se contaban, eran cada vez más personales. Lo entendía. Así eran las amistades, con el tiempo se solían hacer más profundas. Pero ella, Naia, no sabía cómo hacerlo. Solo con pensar en dejar entrar a otras personas en su mundo interior sentía un acceso de vértigo, un rechazo visceral. Sus pensamientos y sentimientos más íntimos eran suyos, suyos y de Nora. Ni siquiera Carla la conocía hasta ese punto.

—No tiene nada que ver contigo, Eric —explicó ella, tratando de ser lo más sincera posible—. Es que yo no soy así.

—¿Así, cómo?

—Yo no me abro fácilmente. Y no significa que no me caigáis bien, de hecho, me gustáis bastante, pero... esas cosas no se fuerzan.

Eric tensó el gesto.

—No intento forzarte, lo siento. Es solo que... a mí... —balbuceó, afligido—. ¿Sabes qué? Es igual, no me hagas caso. Pásalo bien esta noche con tu amiga.

Y, sin más, Eric se levantó y salió de la cafetería justo en el momento en que Bego terminaba su llamada y regresaba a la mesa.

Esa tarde Naia volvió a la residencia algo desanimada. Si era completamente sincera, lo que realmente le apetecía era coger un tren o un autobús y volver a casa, pero ya había decidido no hacerlo. Se dejó caer sobre la cama y sacó el móvil. Tenía un mensaje de Carla. Habían estado hablando esa misma mañana.

«Me da pena que no puedas venir, pero estás donde tienes que estar» decía su amiga, «Yo pondré flores en su tumba por ti, no te preocupes».

Los ojos de Naia escocieron.

«Me siento tan culpable...» había respondido.

«Te entiendo, pero sabes que ahora mismo Nora estaría poniendo esa cara de fastidio y llamándote tonta».

A ese mensaje le seguía un emoji sonriente. Naia no pudo evitar reír a pesar de las lágrimas. Sí, su hermana no la culparía, lo sabía, pero por alguna razón a Naia le resultaba siempre tremendamente fácil culparse a sí misma.

Era la hora de la cena, pero no tenía ganas de bajar. Se dio la vuelta sobre el colchón y abrazó a *Stripes*, la cebra peluche. No era la primera vez que echaba tanto de menos a su hermana que sentía que se ahogaba. No era la primera vez que se preguntaba por qué había sucedido todo, por qué Nora se había ido y ella se había quedado en un mundo que cada día le era más ajeno e incomprensible. Pero, aunque no era la primera vez que se sentía tan angustiada, esta vez sí era distinto. Esta vez no estaba en casa, con su familia, sino sola. Esta vez no había nada a su alrededor que pudiera demostrar la existencia de Nora, ni sus cosas, ni sus fotos, ni siquiera

recuerdos creados juntas... La vida de repente parecía un lugar tan frío y hostil que Naia sintió más miedo que nunca. Tanto que no podía respirar.

Fue en ese momento cuando Inés llamó a la puerta de su habitación y, como siempre, entró sin esperar su respuesta. Se la encontró tumbada en la cama, llorosa, sollozando y abrazada a un peluche.

—¡Eh!, ¿Qué te pasa? —preguntó sentándose junto a ella en la cama—. ¿Es por la uni? No te agobies, ¿vale? No merece la pena. Solo estudia como siempre y todo saldrá bien.

—No... no es por eso.

—¿Y por qué es?

Naia no sabía si podía confiar por completo en Inés, hacía apenas dos meses que la conocía, pero desde el inicio había sentido que podían ser amigas. Sollozó.

—Oye, sabes que puedes contarme cualquier cosa, ¿verdad?

Sabía que Inés era impetuosa, pero también era buena, y lo más importante era que Naia realmente quería hablarle de ella, de Nora, de todo...

—Yo tenía una hermana gemela, Nora —reveló. Luego todo lo demás continuó saliendo, como si hubiera quitado por fin el tapón a una bañera llena de sentimientos no expresados, de pensamientos ocultos y miedos no descritos.

Naia le contó a Inés cómo había sido crecer creyendo que ellas eran especiales porque tenían que haber sido una sola persona, pero se dividieron en dos en la barriga de su madre. Creyendo que por eso era tan fácil saber lo que Nora pensaba y sentía, descubrir las ideas que bullían en su mente, las travesuras que planeaba y cuándo mentía o decía la verdad. Igual que al contrario. Le contó a Inés cómo era sentir que nunca jamás estaría sola, que siempre tendría a su otra mitad. Y también cómo fue descubrir, a los ocho años, que su hermana estaba muy enferma.

Nora fue diagnosticada de leucemia, pero incluso en los peores momentos del tratamiento, Naia sabía cómo se sentía su hermana. Compartía su dolor e incluso, en ocasiones, podía notarlo de verdad, en sus huesos. Tuvo que donar médula ósea en varias ocasiones, pero a pesar de su corta edad nunca dudó, ni siquiera teniendo en cuenta del punzante dolor que suponían las extracciones.

Hubo momentos terribles, otros solo malos y algunos buenos. A los doce años la leucemia de Nora entró en remisión y pudo volver a estudiar, integrarse en su nuevo instituto y hacer amigos. Allí fue donde conocieron a Carla y las tres se hicieron inseparables. La vida volvió a ser algo parecido a lo normal, aunque la nube oscura de la enfermedad planeaba sobre sus cabezas de vez en cuando.

Sus personalidades comenzaron a diferenciarse por esa época. Naia continuó creciendo con la idea de que lo peor había pasado, pero temiendo que, en cualquier momento, algo similar pudiera ocurrir. Se convirtió en alguien más introvertida, cerrada y cautelosa, y se centró en estudiar para cumplir el nuevo sueño que había comenzado a formarse en su cabeza. Quería un futuro en el que pudiera controlar las cosas que tanto daño le habían hecho, saber qué hacer, cómo actuar y qué esperar. Por eso decidió que se convertiría en médico y esa idea se volvió casi una obsesión. Ni siquiera se dio cuenta de que, cuando alguien preguntaba a Nora qué quería ser de mayor, ella reía y decía que no podía decidir qué hacer al día siguiente, así que mucho menos era capaz de pensar en qué haría dentro de tantos años. Era una respuesta muy acorde a su forma de ser, que era cada día más espontánea, libre y extrovertida, pero también dejaba entrever la verdad: que no creía tener un futuro.

Nora se dedicó a vivir al día, no le preocupaba qué pensarán de ella o de sus gustos e intereses. Vestía, se comportaba y decía lo que le apetecía, y empujaba a Naia y a Carla a hacer

lo mismo, incluso sabiendo que no la seguirían en la mayoría de sus correrías. Pero lo más duro ocurría cuando ella y Naia estaban a solas. Siempre habían sido como un espejo en el que mirarse, pero poco a poco Nora comenzó a vestir esa máscara de alegre indiferencia en todo momento, hasta terminar fingiendo, incluso con Naia, que nada, ni lo más mínimo, iba mal.

Naia sabía que a veces le mentía, que ocultaba su verdadero yo, pero solo tiempo después comprendió que Nora había aprendido a ocultarse incluso a sí misma sus verdaderas emociones para que ella, Naia, tampoco las descubriese. Al fin y al cabo, estaban conectadas.

—¿Y qué pasó? —quiso saber Inés, absorbida por el relato.

—Teníamos dieciséis cuando el cáncer volvió —contestó Naia. Unas gruesas lágrimas se formaron en sus ojos claros—. Esta vez fue fulminante. Ni siquiera llegó a cumplir los diecisiete.

—Lo siento...

—Han pasado dos años y este es el primero que paso lejos de casa.

—Ya, entiendo —consoló su amiga—. Pero, por cómo dices que era tu hermana, no creo que le importase lo más mínimo que este año no vayas a su tumba, ¿sabes? De hecho, creo que ella querría que estuvieras aquí, haciendo lo que debes hacer para conseguir tu sueño.

Naia sorbió por la nariz y dos lágrimas resbalaron por sus mejillas.

—Hace ya un tiempo que, cuando tengo que tomar una decisión, me pregunto qué haría Nora y... no lo sé. La he perdido del todo. Estoy completamente sola.

Inés bufó y se plantó delante de ella con los brazos en jarras.

—¿Y yo qué soy, una estatua?

—Ya sabes a qué me refiero.

—Pues no, porque hay una cosa que debes tener clara, Naia, y es que muy pocas personas llegan a tener nunca realmente una conexión como la que tú tenías con tu hermana. Ni siquiera de niños. La mayoría de nosotros siempre hemos estado solos. Porque no importa los amigos que tengas, o lo bien que te lleves con tu familia, en tu cabeza estás tú y solo tú entiendes lo que sientes, eso en el mejor de los casos —declaró Inés con firmeza, cruzando los brazos sobre su sudadera de *Pesadilla antes de Navidad*—. Todos estamos solos en el fondo, y da miedo, lo entiendo, pero debes sobreponerte o el miedo te paralizará durante el resto de tu vida. ¿Te gustaría levantarte un día con setenta años y darte cuenta de que no has vivido como deberías? ¡A mí no! Así que vamos, vístete... nos vamos a la fiesta de Halloween del Cábala.

Diario

Las pelis de miedo nunca fueron mi fuerte, pero a ti te gustaban, Nora. Solías decir que los fantasmas, demonios y monstruos no eran reales, no podían hacernos daño y, por eso, no tenía sentido que nos dieran miedo. Yo, sin embargo, siempre le tengo miedo a todo.

Me da miedo no saber quién soy, me da miedo descubrirlo. Me da miedo el pasado pero también el futuro. Me horroriza equivocarme al tomar una decisión, así que me cuesta muchísimo decidir. Pero también tengo miedo de quedarme anclada en un instante y no poder avanzar.

Y, ¿sabes qué? También me dan miedo los fantasmas y los monstruos, porque creo que algunos son reales. Los fantasmas no pueden verse, pero están... como la enfermedad que se te llevó. Y los monstruos están escondidos dentro de algunas personas. Aparecen de repente sin que los veas venir, así que no puedes protegerte. ¿No crees que eso es aterrador?

Sin embargo, estoy descubriendo que hay algo más que me da pavor. Algo que no tiene mucho sentido, la verdad.

Me da miedo que me pasen cosas buenas. Me da miedo hacer amigos que pueda perder. Conseguir cosas que no sepa valorar. Enamorarme de alguien que no me corresponda.

Así de tonta soy...

El Cábala se encontraba a dos manzanas de distancia de la residencia de Inés y Naia. Era un local grande en una calle estrecha salpicada de pubs y bares pequeños. No era una zona famosa en la ciudad, apenas tenía afluencia de día y solo por la noche cobraba algo de vida. Era un espacio alternativo con varios estilos que coexistían en poco más de cincuenta metros de largo: una coctelería con aire bohemio, un pub irlandés, una tetería oriental y el Cábala. En la fachada se podía ver el dibujo de una guitarra eléctrica en llamas, rodeada de rosas negras entre una maraña de tallos espinosos. Desde el interior se escuchaba el eco de música rock más propia de otras épocas. Sin embargo, a Naia le gustó. Era... diferente.

Inés la agarró de la mano y la arrastró al interior del local. La amplia sala principal tenía las paredes pintadas de rojo, la luz no era tan tenue como en la discoteca moderna a la que había ido con sus compañeros de clase, por eso Naia pudo distinguir la decoración tétrica que habrían colocado con motivo de Halloween: telarañas negras esparcidas por la barra, que formaba un cuadrado en el centro del espacio, y también sobre los sofás de imitación de cuero color borgoña que flanqueaban una zona donde había una mesa de billar y un par de dianas para jugar a los dardos. La vestimenta de la gente era, seguramente, distinta a la habitual. Se podían enumerar los disfraces de demonio, vampiro, bruja, monstruo de Frankenstein o zombie... la variedad brillaba por su ausencia.

En ese momento, Inés se detuvo frente a un pequeño grupo de personas distribuidas alrededor de uno de esos sofás, junto a la mesa de billar. Ahí, Naia encontró la única pincelada de originalidad del lugar. Aunque Inés se había puesto un elaborado vestido años sesenta de color turquesa y una cofia, emulando a la tétrica enfermera Ratched, la protagonista psicópata de una serie de Netflix, no era la única con estilo entre sus amigos. Le presentó a Marina, a la que Naia reconoció enseguida como la chica morena que había conocido brevemente la noche en que Inés llegó borracha a la residencia. Llevaba un pintoresco disfraz de pirata al estilo Jack Sparrow y los ojos pintados con abundante eyeliner negro. A su lado había otra chica llamada Ruth, que iba vestida de dama victoriana, con corsé y todo; y por último estaba Lin, una chica asiática disfrazada de Miércoles Addams. Las tres saludaron a Naia con amabilidad.

Naia apenas había tenido tiempo de improvisar un disfraz, de modo que había resuelto colgarse un estetoscopio de juguete al cuello y ponerse una bata blanca de laboratorio y una mascarilla quirúrgica manchadas de sangre falsa. Era un disfraz tonto en comparación, pero Lin no dejó de admirarlo y Ruth, que tenía buena mano para el maquillaje, se ofreció a hacerle una herida falsa en la frente.

—Ven, que te voy a presentar a alguien —señaló Inés al poco, agarrándola del codo. Parecía emocionada.

Se acercó a la mesa de billar, donde dos chicos jugaban.

—Este es Lalo —señaló a uno de ellos, que vestía un hábito de monje con una enorme cruz de madera colgada de la cintura. El chico, que acababa de terminar su turno, se volvió hacia ellas y la saludó con dos besos.

—Hola, encantada —saludó Naia, tímida.

No le pasó por alto la significativa mirada que Lalo le lanzó a Inés, ni el hecho de que no se dieron ningún beso.

—Y ese de ahí es Lobo.

El corazón de Naia dio un vuelco.

Mentiría si dijera que no había contemplado la posibilidad real de encontrarse con ese chico de ojos increíbles, el del piercing en el labio y los tatuajes, pero hasta ese momento no supo lo mucho que lo había estado esperando.

—¡Ah! Nos volvemos a encontrar —dijo él, sonriendo. Naia olvidó cómo se respiraba con normalidad.

—¿Os conocéis? —quiso saber Inés.

—No... eh... bueno

—De cuando te tuvimos que llevar a dormir la mona después de la cogorza que te cogiste —indicó Lobo. Naia agradeció que no mencionase su primer encuentro.

—Ya decía yo.

—Voy a por algo a la barra, ¿queréis? —preguntó Lalo.

—Una cerveza para mí —pidió Inés—. ¿Naia?

—Eh... lo mismo.

—Yo te la traigo —señaló Lobo, dejando el taco de billar—. El juego lo tengo perdido igualmente.

Los chicos se marcharon juntos a la barra y Naia e Inés se quedaron junto a la mesa.

—¿Hay algo entre Lalo y tú? —quiso saber la primera.

—No, pero estoy deseando que lo haya.

—A mí me parece que le gustas.

—¡Si acabas de conocerlo! —rio Inés.

—Ya... pero esas cosas se notan.

—Ahora me vas a decir que eres una experta en amores.

Naia no pudo responder que nada más lejos, prácticamente todo lo que sabía de relaciones lo había experimentado a través de las páginas de un libro o en la pantalla de la televisión, pero en ese momento alguien le puso un botellín de cerveza delante.

—Te echo una partida al billar —oyó que le decía Lalo a Inés.

—Claro, para que me des una paliza.

—Bueno, si queréis podéis ser dos contra mí.

—¡Qué chulo! —le replicó ella, golpeándole con coqueteo en el brazo—. ¿Qué te parece si jugamos los tres contra ti?

—No es justo, Lobo no es tan malo.

—¡Eh, tío! —protestó el aludido.

—¿Qué? Es un cumplido.

—Bueno, ya está bien —intervino Inés—. Tú y yo, pero me das tres golpes por cada uno tuyo.

—¡Hecho!

—¡Te voy a machacar!

Atenta al intercambio de retos y flirteos de Lalo e Inés, Naia tardó más de un minuto en percatarse de que se había quedado sola con Lobo.

—¿Cómo es que no te hemos conocido hasta ahora, cotilla? Hace más de un mes que empezó el curso —preguntó de repente él.

—Yo... eh... es que no soy mucho de salir de fiesta.

—Entiendo.

Naia se permitió mirarlo de reojo. Ese día iba completamente vestido de negro. La camiseta de cuello cerrado se adhería a sus brazos y Naia sintió que se le secaba la boca, así que dio un buen trago a su cerveza.

—Por cierto, me gusta tu disfraz —comentó él.

—Pues ha sido totalmente improvisado.

—Esos son los mejores —respondió. Naia no estaba de acuerdo, mucho menos al ver el complicado traje de dama victoriana que llevaba Ruth.

—¿Y tú de qué vas disfrazado?

—¿No lo ves? —Naia negó con la cabeza—. Voy de sombra.

No pudo evitar reír en cuanto lo comprendió.

—Eso sí que es improvisación.

—¡Qué va! Lo pensé mucho...

Continuaron hablando, de todo y de nada en particular. Lobo le preguntó qué estudiaba y le contó que él no iba a la universidad sino que trabajaba, aunque no le dijo dónde. Naia le preguntó cómo se habían conocido y formado el grupo, a lo que él respondió contándole toda la historia.

Al parecer él y Marina habían ido juntos al mismo instituto; por su parte, Ruth y Lalo también eran amigos desde niños. Ruth estudiaban la misma carrera que Inés y se habían hecho amigas durante el primer año, y para terminar de cerrar el círculo, Marina y Lin trabajaban en la misma tienda de ropa. Aun así, a Naia le faltaba una conexión.

—Pero... ¿cómo habéis terminado juntos si tú, Marina y Lin ya os conocíais, igual que Inés, Ruth y Lalo, pero no entre ambos grupos?

—La magia del Cábala —respondió Lobo, luego señaló hacia un punto detrás de ella—. Y que esas dos han terminado liadas.

Naia se dio la vuelta para encontrarse a Ruth y Marina besándose con intensidad, sentadas en el sofá color borgoña. Lin, con cara de hastío, se acercó a ellos.

—Siempre me hacen lo mismo —se quejó, aunque no parecía realmente molesta.

Pasaron un rato más conversando con Lin, hasta que escucharon un alboroto. Inés saltaba, eufórica, tras haber ganado la dichosa partida de billar contra Lalo.

—Le ha dejado ganar —comentó Lobo.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque Inés casi no sabe ni darle a la bola y Lalo es el mejor jugador de billar que he visto —sentenció—. Además, está coladito por ella.

—¡Lo sabía!

Eran ya las dos de la madrugada cuando Inés sugirió salir a tomar el aire. Naia, que se había tomado dos cervezas y estaba un poco mareada, accedió. En ese momento, Marina y Ruth ya habían desaparecido y Lobo, Lalo y Lin acababan de comenzar una partida a los dardos, juego en el que, al parecer, Lalo no era tan bueno como Lobo.

—¿Qué tal te lo estás pasando? —quiso saber Inés. Llevaba ya tres copas y arrastraba un poco las eses.

—Bien —respondió, sincera. Lo cierto era que se estaba divirtiendo mucho más que la noche con Bego y Eric, aunque quizá ese chico que hacía que se estremeciera con cada mirada, tenía algo que ver.

—Genial, ¿ves? Te dije que tenías que salir con nosotros.

—Ya...

Naia tenía ganas de preguntarle, de saber más cosas sobre Lobo, pero no sabía si debía revelar su encaprichamiento. Por suerte, o por desgracia, Inés era más intuitiva de lo que creía.

—No te has despegado de Lobo —comentó, de repente. El calor en sus mejillas le dijo a Naia que se había puesto completamente roja—. ¿Te gusta?

—¿Tanto se me nota?

—No, no tanto... pero yo ya te empiezo a conocer.

Aquello la tranquilizó un poco.

—Menos mal.

—Pero tengo que advertirte, Naia —dijo entonces, repentinamente seria—. No es un chico fácil y tú... no sé si te conviene.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, yo no lo conozco mucho, pero sé que le van los líos sin ataduras —explicó—. Y tú no eres de esas.

De inmediato, Naia pensó en aquella conversación que había escuchado a hurtadillas. Una cosa estaba clara: había estado con Evelyn. ¿Lo sabría Inés?

Estaba a punto de preguntarlo cuando notó su teléfono vibrando insistente en el bolso. Tenía tres llamadas perdidas de Eric.

—¿Qué querrá? —se preguntó más a sí misma que a Inés, y devolvió la llamada.

—¿Naia? —la voz de Eric se escuchaba alarmada al otro lado de la línea.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me llamas?

—¿Estás con Bego?

—No, ¿por qué iba a estar conmigo?

—No la encuentro por ningún lado.

—¿Cómo?

La facultad de económicas tenía fama de hacer las mejores fiestas. Solían tener lugar en el polideportivo del campus, rodeado de zonas de aparcamiento donde los jóvenes improvisaban botellones. Miles de estudiantes se reunían con la mínima excusa para pasar una noche de diversión, siempre acompañada de alcohol.

Cuando Naia llegó al lugar, alertada por Eric, que había perdido de vista a su amiga en común, se sintió desubicada. Era un espacio muy grande y había muchísima gente. Por suerte, Lobo, Lalo, Inés y Lin la habían acompañado. Entre ellos y Eric comenzaron a preguntar a todo el mundo por Bego.

Fue difícil conseguir que los allí presentes respondieran a sus preguntas. A esas horas de la madrugada, casi las tres, la gran mayoría estaban ya bastante intoxicados por diversas sustancias y no recordaban haber visto a una chica en concreto que llevara por disfraz un camisón blanco y largo. Algo bastante común, por otra parte.

Tras media hora buscando, incansables, Naia decidió llamar a la policía. Apenas había marcado el número de emergencias cuando recibió una llamada de Inés. La habían encontrado.

Estaba en un extremo del parking. Unos chicos la habían encontrado desorientada y, aparentemente, muy borracha. Sin embargo, Eric aseguraba que solo la había visto beber un par de copas. Ellos mismos habían llamado a una ambulancia y, en el momento en que Naia llegó al lugar, los paramédicos se la estaban llevando.

Agotada por esa larga noche de tensión, Naia decidió volver a la residencia, acompañada por Inés, que también había tenido suficientes emociones por una noche. Fue durante el trayecto en taxi que le contó a su amiga lo sucedido en su primera fiesta universitaria en aquella discoteca.

—¿Estás diciendo que alguien podría haber hecho esto a propósito?

—No lo sé, solo digo que es raro que lo haya visto dos veces.

—El otro día yo llevé a casa a una chica que también parecía drogada —comentó el taxista, interviniendo en la conversación—. Ya podéis tener cuidado, que el mundo está muy loco.

Naia no pudo sino darle la razón.

8

Bego se había quedado ingresada en el hospital la noche del viernes pero, por suerte, todo salió bien y el sábado pudo volver a casa. Durante las clases del lunes Naia apenas pudo concentrarse. No podía dejar de pensar en que alguien, no se sabía quién, podía estar estado echando drogas en las bebidas de las chicas, y no quería pensar siquiera en la intención detrás de aquel tipo de ataque.

Después de las clases de la mañana, Eric le propuso saltarse las de la tarde para ir a ver a Bego a su casa. Vivía algo lejos del campus, pero no les importó. Le hicieron un corta visita algo incómoda. Su amiga parecía abochornada, aunque decía que no se acordaba de nada. Lo último de lo que tenía recuerdo era de haberse pedido un Malibú con piña nada más llegar a la fiesta de económicas.

Había interpuesto una denuncia en la policía desde el hospital y en ese momento la investigación estaba en marcha, pero todo el mundo sabía que, en ese tipo de ataques, era difícil encontrar a los culpables.

—Pues es una mierda que la poli no pueda hacer nada, ¿para qué están? —se quejó Eric mientras él y Naia salían de la casa unifamiliar de Bego.

—Imagino que, con toda la gente que había, es muy complicado encontrar a alguien que actúa a escondidas —señaló Naia—. Ya viste lo que nos costó a nosotros encontrar a Bego.

—Bueno, eso no quita que sea un asco.

Eric parecía realmente abatido y entonces a Naia se le ocurrió algo.

—Te preocupas mucho por ella, ¿no?

—¿Por Bego? —dijo Eric—. Claro, es una buena amiga.

—¿Solo eso?

Eric se pasó una mano por el pelo, inquieto.

—¿Te ha contado algo?

—Algo, ¿cómo qué?

Se detuvo entonces en un banco, en mitad de la calle. Su pierna no dejaba de moverse con un tic nervioso; parecía realmente alterado. Naia se sentó a su lado y prestó atención mientras Eric le contaba lo culpable que se sentía. Al poco de llegar a la fiesta, Bego ya parecía algo afectada por el alcohol. Entonces se acercó a él y le confesó que le gustaba, luego se lanzó a besarle, a lo que Eric no reaccionó bien. La apartó y le dijo que no sentía lo mismo por ella, así que Bego se marchó corriendo. Fue entonces, cuando no la encontró, que llamó a Naia.

—Pero creo que no se acuerda de nada —concluyó su relato—. Aun así, me siento muy culpable.

—Lo entiendo, pero sea lo que sea lo que le pasó, no fue culpa tuya.

—Se fue corriendo, si no la hubiese tratado tan mal, al menos no se habría perdido.

—Bueno, pero no podías saberlo.

Eric suspiró.

—Me voy a casa, llevo días sin pegar ojo —declaró—. ¿Puedes volver sola?

—Yo también me voy a casa.

Se despidieron cerca de una estación de metro y Naia puso rumbo de vuelta a la residencia. Era media tarde, pero le apetecía un poco de tranquilidad, quizá un café y un buen libro para

desconectar de todo lo que había sucedido ese fin de semana.

Caminaba así, absorta en sus pensamientos, cuando notó que alguien se detenía a su lado. Se dio la vuelta, el sobresalto fue mayúsculo cuando se encontró de frente con un repartidor en moto que la miraba desde el interior de su casco oscuro.

—¡Ey! —dijo el desconocido, levantando la visera del casco y revelando que en realidad no lo era. Naia reconoció de inmediato los ojos verdes de Lobo.

—¿Qué?... Hola... ¿Qué haces aquí?

—Te he visto de lejos —explicó parando el motor y quitándose el casco—. Quería preguntarte por tu amiga, ¿está bien?

—Sí, aunque dice que no se acuerda de nada.

—Es todo un poco raro, ¿no crees?

Naia asintió, pero no quería seguir hablando del tema.

—Así que a esto te dedicas —comentó, señalando la chaqueta con el logotipo de una conocida empresa de reparto a domicilio.

—Sí, bueno, por las tardes —respondió—. Por las mañanas trabajo en un taller.

—Ah...

—¿Te llevo a la residencia?

—No te preocupes, estamos cerca y me apetece caminar.

Lobo se encogió de hombros, luego volvió a ponerse el casco y a arrancar la moto.

—¿Nos vemos el próximo fin de semana?

—Claro.

—Adiós, Naia.

Se despidió de él con la mano, preguntándose a dónde habría ido su voz, y sabiendo que nada impediría ya que volviese al Cábalá.

Pasó el resto de la semana deseando que el tiempo avanzase más deprisa, sintiendo un peso en el corazón cada vez que veía pasar cerca a uno de tantos repartidores en moto, y preguntándose qué tipo de conversaciones habría tenido con Nora sobre ello, de estar viva. No era la primera vez que le gustaba un chico, pero sí la vez que más le estaba afectando. Incluso dormir por las noches le costaba, y pasaba horas imaginando escenas, conversaciones y situaciones que le gustaría compartir con Lobo.

La semana fue extraña, no solo por eso, sino también por la ausencia de Bego en la universidad. Eric también estaba algo ausente. Apenas había compartido con él un par de cafés y se había ausentado de casi todas las clases que compartían. Por suerte, el trabajo de laboratorio estaba terminado y entregado.

Cuando por fin llegó el viernes, Naia se sintió aliviada, aunque también nerviosa. Se arregló en la habitación de Inés y, después de la cena, pusieron rumbo al Cábalá. Por desgracia, nada más salir, se cruzaron con Evelyn y su grupo.

—¿Ya te la has llevado al lado oscuro, Inés? —quiso saber la morena, burlona.

—¿Qué pasa? ¿Lo echas de menos?

—¿Ese turgorio apestoso que llamas bar? ¡Para nada! —replicó—. He aprendido lo que es el glamour. Deberías probarlo... Naia.

—¿Eh? —La chica se quedó sin palabras. Cuando Inés y Evelyn se peleaban Naia sentía que todo ocurría en cámara rápida y que ambas hablaban en un idioma extraño, algo que solo ellas entendían.

—Creo que ya es tarde, ¡qué pena!

—No te entretenemos más, Evelyn —replicó Inés—. Tus “amigas” te están esperando.

Remarcó con premeditado hincapié las tres sílabas de esa palabra, aunque su intención para Naia era un misterio. Decidió ignorar esas pequeñas riñas y siguió a Inés, despreocupada, al menos hasta que escuchó la última frase de Evelyn.

—Saluda a Lobo de mi parte.

Inés bufó, pero no dijo nada. Fue diez minutos después, cuando ya casi llegaban al Cábala, cuando Naia reunió el valor para preguntar.

—Oye, Inés... lo de Lobo y Evelyn...

Su amiga suspiró. Parecía haber estado esperando esa pregunta.

—Bueno, supongo que tenía que contártelo en algún momento —cedió—. ¿Recuerdas que te dije que Evelyn y yo éramos amigas? Pues antes venía con nosotros a veces, aquí al Cábala. Y ella y Lobo estuvieron liados el año pasado.

—¿A qué te refieres con liados?

—Pues eso, liados... yo que sé...

No sabía si quería seguir preguntando. Nada de eso le hacía sentir mejor consigo misma, empezaba a sentir que estaba constantemente en el lugar incorrecto, en el momento menos acertado, fijándose en la persona equivocada.

—¿Y qué pasó?

—Pues que rompieron. Cuando pasó, Evelyn y yo ya no nos hablábamos, así que no sé por qué lo dejaron ni me importa. De todos modos estaba claro que no tenían nada en común, que era solo sex...

Guardó silencio de repente, cuando se dio cuenta de que sus palabras no estaban ayudando. Naia se reprendió a sí misma por ser tan evidente, por no poder ocultar sus ganas de llorar. ¿Por qué demonios estaba tan triste? Acababa de conocerlo y ni siquiera había nada entre ella y Lobo.

—Oye, tía, lo siento. A veces soy una bocazas.

—No, es mejor que me lo cuentes. Así dejaré de hacer el idiota —contestó Naia, inspirando para alejar las lágrimas. Lo consiguió.

Inés soltó una fuerte exhalación y se acercó a ella para rodearle los hombros en un abrazo reconfortante.

—Nos ha pasado a todas... fijarnos en el chico equivocado —le dijo—. Pero no te preocupes, que hay más tíos buenos que peces en el mar.

Apreció las palabras de ánimo de su amiga, pero no pudo evitar notar que, a pesar de todo, al entrar al Cábala su mirada barrió el local con la única intención de cruzarse con ciertos ojos verdes. No los encontró. Ese día Lobo no estaba junto al sofá borgoña donde Marina, Ruth y Lin las esperaban. Inés lanzó una mirada hacia la mesa de billar donde Lalo jugaba con dos chicos que nadie más conocía. Parecía frustrada con eso, pero se sentó al lado de Ruth y pidieron un cubo de cervezas para compartir entre todas.

A lo largo de la noche la cosa no mejoró. Lobo no apareció y, al rato, Lalo se despidió diciendo que se iba a otro bar con sus amigos.

—Hacía mucho que no teníamos una noche de chicas —comentó Lin, animada.

—Ya...

—No pongas esa cara larga, Inés —señaló Ruth—. Sabes que tarde o temprano Lalo caerá. No sé por qué se resiste tanto...

—Porque somos amigos —musitó Inés, entristecida.

—¿Y qué? Ser pareja no significa dejar de ser amigos —opinó Marina—. Míranos a Ruth y a mí.

Se dieron un breve beso en los labios.

—No es lo mismo, no fuisteis amigas mucho tiempo.

—Puede que tengas que ser más... agresiva —propuso Lin.

—¿Qué más puedo hacer?

—¿Y si te lanzas?

—¡Qué dices! ¿Cómo voy a hacer eso?

—Pues haciéndolo —insistió Lin—. Aprovecha un momento que estéis solos y, simplemente, hazlo. Lo peor que puede pasar es que te salga mal. Pero ni aun así estarás peor que ahora, con esa cara de amargada.

Naia tuvo que admitir que lo que su amiga decía tenía sentido. Era mejor saber, actuar... Estar estancado en la incertidumbre podía ser horrible y doloroso.

La charla continuó derivando hacia los temas más corrientes. Marina y Lin comenzaron a narrar anécdotas de su trabajo en la tienda de ropa mientras que Ruth e Inés hablaban de sus clases. Naia también añadió algún comentario sobre su día a día en la universidad, y lo cierto era que se estaba divirtiendo, al menos hasta que Lin formuló una pregunta que hizo que Naia se atragantase un poco con la cerveza.

—¿Sabéis por qué Lobo no ha venido hoy?

Naia llevaba días deseando volver al Cábala para encontrarse con él, pero no había aparecido. Se sentía un poco defraudada, incluso algo molesta, pero no podía expresarlo.

—Tenía un tema familiar —comentó Marina.

—¿Seguro que no está por ahí con algún lío nuevo? —bromeó Ruth.

—Nunca se sabe con él...

El resto de la noche transcurrió tranquilo, para todas salvo para Inés, que no paró de beber un botellín tras otro hasta terminar completamente borracha. Aquel parecía su *modus operandi* siempre que Lalo no estaba presente, así que a eso de las dos de la madrugada, Naia decidió llevársela de vuelta a la residencia.

Sin duda, aquel no había sido el fin de semana que esperaba.

Diario

Nora, durante toda nuestra infancia siempre nos decían que éramos como una fotocopia. Es lo que tiene haber nacido de una misma célula, de un origen idéntico, y haber estado juntas cada minuto desde la concepción hasta que la vida nos separó. Pero a pesar de haber escuchado esa expresión, “ser una fotocopia” durante tanto tiempo, nunca me hizo preguntarme tantas cosas como lo hace ahora, tiempo después de tu partida. Ahora que ya nadie lo dice.

Porque si hay copias, quiere decir que hay un original.

A veces pienso que tú eras la original y que yo solo estoy intentando vivir mi vida siguiendo una estela que dejaste, pero que se va apagando poco a poco. Estoy perdiendo mi guía, mi referencia, y a cada minuto que pasa estoy más perdida.

A veces siento que soy eso, una imitación barata, un calco desdibujado.

Lobo

El mundo a veces era asquerosamente pequeño.

Lobo había ido a aquel centro comercial porque a Jaime le iba bien encontrarse ahí esa vez. Habían quedado en una cafetería de la zona de restauración en cinco minutos, pero de pronto había sucedido. Había sido demasiado rápido, casi como un relámpago. Lobo caminaba por uno de los pasillos del segundo piso cuando vio la silla de ruedas. No necesitó fijarse demasiado para reconocerle, y también a sus padres, que lo acompañaban. Reaccionó de inmediato, escondiéndose tras una columna. Si lo veían, podía liarse.

Cauteloso, los siguió con la mirada hasta que se perdieron en una de las tiendas, pero no podía arriesgarse a quedarse cerca. Cogió el móvil y marcó el número de Jaime.

—¿Qué pasa?

—Tengo que irme, Jaime.

—¿Cómo que tienes que irte? Sabes que estos encuentros son importantes.

—Es por la orden de alejamiento —explicó con brevedad—. Lo he visto, está aquí.

Oyó el suspiro del asistente social al otro lado de la línea.

—Está bien. ¿Te parece vernos mañana? Misma hora, mismo lugar.

—De acuerdo.

—Venga, corre. Vete antes de que te vean.

Había perdido su día libre de manera infructuosa, así que decidió volver caminando a su barrio y así, de paso, se ejercitaba un poco. Se detuvo en una de sus tiendas de música favoritas, de esas que casi se habían extinguido, donde aún se podían comprar vinilos de los más grandes grupos de rock de la historia. Era una afición que nunca nadie en su entorno había comprendido, nadie salvo su padre. Era una pena que sus preferencias musicales fuesen lo único que podía aceptar de ese hombre.

Pasó el resto de la tarde aprovechando que no tenía que ir a la tienda para hacer recados. Comprar algunas cosas que necesitaban en casa, cargar su bono de transportes, mirar una nueva funda protectora para su móvil y quizá un abrigo, que empezaba a refrescar.

Llegó a casa a la hora de cenar y, nada más traspasar la entrada, se dio cuenta de que algo no iba bien. Miró al perchero de la entrada y descubrió una chaqueta de hombre. Un instante más tarde escuchó una voz masculina seguida por las risas coquetas de su madre. Su enfado detonó como una bomba.

Se dirigió con paso firme hasta el pequeño salón de su viejo apartamento y encontró a su madre con ese tipo, el encargado del supermercado donde trabajaba. Estaban sentados en el sofá, charlando de manera acaramelada. Aquello lo enfureció todavía más.

—Se puede saber qué hace él aquí —gritó Lobo.

En esa casa había unas normas claras. Nada de invitar a extraños era una de ellas.

—Ay, hijo, qué bien que ya estás aquí —saludó su madre ignorando deliberadamente su evidente mal humor—. ¿Has cenado?

—Mamá, te he dicho mil veces que no puedes traer a nadie a casa —insistió él, tratando de ser paciente.

—Pero si es un amigo, ya lo conoces, Fernando, del súper.

—No me importa, creía que habíamos dejado claras las normas.

—¡No seas aguafiestas, Dani! Fernando solo se tomará un café conmigo y se irá.

—No, no se va a tomar ningún café —replicó Lobo—. Se va ahora mismo.

Su madre se mostró indignada, casi como una adolescente a la que hubieran puesto límites y solo quisiera salirse con la suya. Pero lo peor fue el tipo que la acompañaba.

—Oye, chaval, que es tu madre y esta es su casa —intervino el desgraciado—. ¿Le vas a decir tú a quién puede invitar?

—Y a ti, ¿quién te ha dado vela en este entierro, gilipollas? —repuso Lobo, molesto. Se acercó al hombre que era dos palmos más bajo que él y lo miró de esa manera que sabía capaz de intimidar a cualquiera, una mirada que ya nunca usaba, salvo en ocasiones como aquella—. Escúchame bien, me da igual lo que hagas con ella en la trastienda del supermercado, pero en esta casa no eres bienvenido, ¿está claro?

Fernando palideció, un músculo tembló en su barbilla. Esbozó un asentimiento y se escabulló de la casa en cuestión de segundos.

—¿Ves? Es en momento como este cuando me apetece volver a tomarme una copa —lloriqueó su madre—. ¡Por tu culpa!

Acto seguido, su madre se encerró en su dormitorio, dando un portazo. Lobo la ignoró. Detestaba cuando se ponía en plan víctima.

En cuanto se encontró solo, recogió los restos de comida y envoltorios que había sobre la mesa y se dirigió a su habitación. Bueno, la habitación que compartía con Sara.

En cuanto abrió la puerta la descubrió acostada en su cama, mirando el móvil.

—¡Ey, enana! ¿Qué haces?

—Viendo YouTube, un canal de maquillaje —respondió ella.

Sara tenía dieciséis años, físicamente parecía más niña de lo habitual, pero en el interior de su cabeza había un mundo que ningún niño debería conocer y que incluso algunos adultos nunca entenderían.

—¿Estás bien? —quiso saber Lobo.

—¿Ya se ha ido? —respondió ella con otra pregunta. Por supuesto, se refería a Fernando.

—Sí, tranquila.

—No me gusta ese tío, es un asqueroso.

—Ya... ¿Te han estado molestando?

—No es eso, pero no entiendo por qué mamá es así. ¿Por qué siempre busca hombres?

—Yo tampoco lo entiendo del todo, enana, pero hay mujeres que piensan que solo pueden ser algo si están junto a un hombre, por asqueroso que sea —explicó él.

—Menuda mierda...

Lobo dejó a su hermana pegada al móvil en su habitación y se dio una ducha rápida después de cenar algo de la nevera. Su madre seguía enfurruñada, encerrada en su habitación. Por mucho que lo intentaba, no conseguía entenderla. Habían luchado mucho por recuperar a Sara del amparo de los servicios sociales. Se habían esforzado, también ella, por ser mejores, por crear un ambiente agradable para la niña; y ahora, cuando por fin conseguían recuperar la custodia, su madre daba diez pasos atrás. Al menos no había vuelto a beber...

Pensó en su reunión con Jaime al día siguiente. No podía hablarle de esas preocupaciones. Si se enteraba de que había problemas, podían volver a quitarle a Sara. Lobo no podía permitirlo. No podía dejarla sola otra vez....

Sabía que todo había sido culpa suya, que era el responsable de todo lo malo que había sucedido con su familia en los últimos seis años, pero estaba haciendo lo imposible por remediarlo. ¿Por qué la vida se empeñaba en ponérselo tan difícil?

Regresó a la habitación y vio que Sara ya había apagado la luz y dormía. Se acostó en su

cama y trató de conciliar el sueño. No tardó demasiado. Por desgracia, apenas había amanecido cuando los gritos y sollozos de Sara lo despertaron. Otra pesadilla.

Cuando llegó a la cafetería, Jaime ya estaba ahí, esperándole. Le había pedido un americano, lo que solía tomar, y Lobo lo agradeció. No había tenido tiempo de desayunar.

—Bueno, ¿cómo va todo? —quiso saber el asistente social en cuanto él se sentó.

—Bien, como siempre.

—¿Todo bien en el trabajo?

—Sí, el reparto a domicilio es solo un extra, pero muy flexible y me ponen la moto. Lo del taller es otra cosa, ya sabes que Ernesto a veces es un poco peculiar, pero nos llevamos bien —respondió.

Ernesto, el dueño del taller de ebanistería en el que trabajaba por las mañanas, era maniático y tenía un humor de perros. Por suerte, solo pasaba por el taller de vez en cuando; la mayor parte del tiempo se quedaba en la tienda, atendiendo a los clientes, y solía delegar las tareas manuales en Lobo, lo cual significaba que, a pesar de su mal humor, confiaba en él. Lobo se lo agradecía, al fin y al cabo, pocas personas dejarían su negocio casi por completo en manos de un chico que había estado en un correccional, aunque llevase casi dos años siendo su leal empleado.

—¿Y qué tal en casa?

Lobo se esforzó por sonreír.

—No tengo mucho que contar... mi madre sigue en el súper, creo que la tienen bien considerada —dijo Lobo, “al menos mientras se siga tirando al encargado” pensó, no obstante—. Y Sara...

—¿Qué pasa con Sara?

—Sigue teniendo esas pesadillas y en el cole no le va muy bien. No se concentra para estudiar y creo... —Lobo hizo una pausa. Dudó, pero no podía seguir ignorando el tema—. Mira, Jaime, sé que estuviste investigando y que estás seguro de que no hubo incidentes cuando Sara estuvo en custodia, pero yo lo veo cada día. Sé que le pasó algo que la tiene traumatizada. Necesito que vuelvas a preguntar, a quién sea.

—Dani...

—Ya sé que me vas a decir que los centros son seguros, pero no eres tú quien se despierta casi cada noche con los gritos de su hermana pequeña.

Jaime suspiró y se pasó una mano por el corto pelo pajizo que ya empezaba a escasear.

—Está bien, volveré a indagar.

—Quizá si pudiera hablar con la familia que la tuvo en acogida —propuso Lobo, cauteloso—. Ellos podrían saber algo.

—No creo que sea posible.

—Vamos, seguro que si...

—No —interrumpió él—. Está prohibido revelar datos personales, Dani. No puedo decirte quiénes son ni dónde viven, y mucho menos ponerte en contacto con ellos.

Lobo decidió dejar el tema. Ya había presionado demasiado. Jaime y él terminaron sus cafés en silencio y, poco después, se despidieron. Lobo regresó caminando a casa donde su familia pasaba el domingo como siempre. Su madre viendo programas de reality en el salón, hablando por teléfono a voz en grito con alguna amiga y comiendo comida basura, y Sara en su habitación, dibujando o mirando Tiktok. Quizá ese día su introvertida hermana accediera por fin a dar un paseo con él, aprovechando el día fresco y despejado, o quizá, con un poco de suerte, la

convenciera para ir al cine. En definitiva, quería verla hacer algo distinto de estar en su habitación, perdida en su mundo o en las redes sociales. Lobo solo quería que Sara reaccionase, que volviese a ser la niña feliz que era antes de que todo se fuera a la mierda.

9

Bego volvió el lunes a las clases. Estaba más cabizbaja y silenciosa que de costumbre, y Eric parecía más pendiente de ella de lo habitual, pero aun así la semana transcurrió sin mayores problemas. Volvieron a ser el grupo de siempre, más o menos...

El viernes por la tarde Naia regresó a la residencia donde muchas de las compañeras ya preparaban sus equipajes para regresar a sus casas ese fin de semana. Algunas, las que ya habían hecho todos los exámenes parciales, pensaban quedarse hasta después de Navidad. Naia tenía el billete comprado para el día anterior a Nochebuena, ya que todavía tenía que presentarse a un par de parciales. Inés también se quedaría hasta entonces.

—¿Qué vas a hacer esta noche? —quiso saber su amiga, mientras ambas se refugiaban en su habitación, huyendo del caos de maletas y movimiento en la casa.

—Nada, me quedaré aquí viendo alguna serie —respondió Naia.

—¿No vas a venir al Cábala?

—No, yo... no me apetece.

—¿Todavía estás preocupada por lo que te dije sobre Lobo? Puedes venir con nosotras aunque esté él...

—No es porque no quiera verlo —replicó Naia, en realidad era todo lo contrario—. Es que he estado saliendo las dos últimas semanas y creo que no debería. Quiero centrarme en estudiar y olvidarme de la socialización.

Inés bufó, contrariada.

—¿Sabes? Me molesta mucho esa idea de que si sales y te diviertes no puedes ser una buena estudiante —declaró, llevando el tema por otros caminos distintos al que Naia pretendía—. No me entiendas mal, sé que eres así por naturaleza, una buena chica, pero al mismo tiempo me pregunto por qué. Te lo pasaste bien con nosotras, pero piensas que si te diviertes estás fallando como estudiante. Es triste que nos laven así la cabeza desde niños.

—Yo... no pienso que sea malo salir, Inés, es solo que...

No quería decirle la verdad, que tenía miedo de volver a encontrarse con Lobo, de hablar con él y seguir sintiendo esa atracción, de no poder evitarlo a pesar de todo. Tenía miedo de dejarse llevar, equivocarse y salir mal parada.

—Ya, ya... bueno, haz lo que quieras.

No lo dijo con tono enfadado, más bien derrotado, pero a Naia le hizo sentir mal.

—Pásalo bien —le dijo justo antes de verla salir por la puerta.

Acto seguido, suspiró, se acomodó en la cama y puso su portátil sobre las rodillas, dispuesta a buscar algo que ver para ocupar su mente esa noche. Se decantó por una película, una comedia navideña que pronto descubrió una trama sosa, sin misterio y con actuaciones muy poco impresionantes. Naia estaba a punto de cambiar cuando su móvil sonó. Era Carla.

«¡Hola! ¿Qué haces?»

«Nada, estoy viendo una peli bastante mala, ¿y tú?»

Mandó una foto de ella con algunas de sus antiguas compañeras de instituto, todas listas para salir de fiesta.

«Me estaban preguntando por ti»

«Estáis estupendas»

«¿No sales esta noche? He visto tus fotos en Instagram. Tus amigos parecen majos»

«No, hoy no... es que no me apetecía»

Carla tardó un minuto en contestar.

«Oye, Naia, ¿estás bien? ¿Necesitas hablar?»

Estaba tecleando una respuesta cuando entró la llamada.

—Suéltalo... estás rara.

—No, no es verdad —contestó, aunque el prolongado silencio al otro lado de la línea terminó por derrumbar las barreras de Naia—. Bueno, vale... estoy hecha un lío.

—Cuéntame.

Durante los siguientes diez minutos Naia resumió todo lo que daba vueltas en su cabeza y que no hacía más que incrementar su confusión: ¿Cómo podía evitar que le gustase un chico que, seguramente, le haría daño?

—¡Madre mía! Es cierto que en la gran ciudad no puedes aburrirte —comentó Carla, sorprendida—. Pero tampoco creo que sea tan complicado, Naia. Ni siquiera eres amiga de esa tal Evelyn, ¿por qué debería importarte que él saliera con ella antes?

—No es solo por Evelyn, es que...

—Pues aunque sea cierto que no deberías tener nada con él, ¿qué tiene eso que ver con que salgas con gente que te cae bien y es divertida? —continuó Carla.

—Pues... eh... —Naia se esforzó por explicarse, pero fue incapaz.

—Está bien que estés centrada, pero también tienes que disfrutar de la experiencia. Es lo que Nora quería, ya sabes lo que te dijo.

De inmediato la memoria de Naia viajó a un lugar y un momento que hacía mucho que se esforzaba por no recordar. El momento más doloroso de su vida. Se le hizo un nudo en la garganta pero se esforzó por ocultarlo.

—Dijo muchas cosas.

—Lo que intento decir es que muevas el culo, te pongas guapa y salgas al bar ese. Y mañana me llamas y me cuentas, seguro que Nora nos está escuchando y se parte de risa también.

Naia rompió a reír con tristeza. No sabía cómo Carla siempre terminaba convenciéndola de ir más allá de su límite, tal y como hubiese hecho su hermana.

—Vale, está bien. Te voy a hacer caso por esta vez.

—Así me gusta, haznos sentir orgullosas —pidió Carla justo antes de cortar la llamada.

Naia colgó. Era en momentos como aquel que la presión subía, que la hacía sentir todavía más desconectada de la realidad. Cuando hablaba así con Carla tenía la leve sensación de que nada había cambiado, como si en algún momento todo pudiese volver a ser como antes, aún sin Nora. Un espejismo...

Intentó liberar su mente de aquellos angustiosos pensamientos y se arregló. No solía maquillarse, pero esta vez se puso algo de delineador y máscara de pestañas. Carla siempre decía que el lápiz negro hacía destacar el azul grisáceo de sus ojos.

Cuando estuvo lista puso rumbo al Cábala. Todavía era temprano, apenas las once de la noche, pero cuando llegó al lugar, la fiesta estaba en todo su apogeo. Barrió el interior con la mirada solo para comprobar que sus amigos estaban donde siempre, entre el sofá color borgoña y la mesa de billar donde, como siempre, Lalo e Inés echaban una partida.

En ese momento, justo cuando Naia estaba a punto de llegar hasta ellos, sucedió algo inesperado. Inés dejó el taco de billar con energía sobre la mesa y se acercó a Lalo. De pronto comenzó a besarlos intensamente. El chico respondió con la misma dedicación y, sin tan siquiera reparar en la presencia de Naia, que se había quedado petrificada, continuaron comiéndose a

besos apoyados sobre la mesa de billar.

Una risotada llamó la atención de Naia. Ruth le hacía gestos desde el sofá.

—Veo que no te lo esperabas —dijo la chica—, la verdad es que nosotras tampoco creíamos que fuese a hacerlo de verdad.

—Al menos dejará de ponerse como una cuba cada vez que se sienta frustrada.

—No cantes victoria —intervino Lin.

—¡Por fin se han liado! —exclamó Marina—. Vamos a alegrarnos por ellos y a brindar.

Las tres arrastraron a Naia hasta la barra y pidieron una ronda de chupitos que la chica se vio obligada a aceptar. El primer trago le quemó la garganta.

—¡Por el amor! —exclamó Ruth, levantando el segundo chupito.

Naia bebió. El sabor candente en su lengua resultaba desagradable al principio, pero luego dejaba un gusto dulzón, almizclado, que no le disgustaba tanto como esperaba.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—*Jaggermeister* —respondió Lin—. Es una bomba, pero de las buenas...

—Venga, ¡otra ronda!

Tras tres rondas, a Naia ya no le quemaba tanto la garganta y, sin embargo, empezaba a sentir una agradable sensación de calma. Pronto ese peso desagradable, esa tensión que tenía alojada en el estómago desde la semana anterior, comenzó a desaparecer. Ya nada le parecía tan importante y, aun sin Inés, se sentía acogida por sus amigas. Todo iba bien.

—Oye Naia, por curiosidad, ¿tú en qué liga juegas? —quiso saber Marina, ya achispada.

—No me gusta el deporte —contestó ella. Ruth comenzó a reírse a carcajadas.

—No, mujer, que si te gustan los tíos, las tías, ambos...

—¡Aaahh! No, a mí me gustan los chicos. Uno en concreto en realidad.

—¿Ah, sí? —se interesaron las tres, ávidas de cotilleos—. ¿Podemos saber quién?

Naia rio, ebria.

—No, es un secreto.

En ese momento Inés apareció justo a su lado.

—¿Naia? ¡Al final has venido! —se sorprendió—. No te había visto.

—Estabas ocupada explorando la boca de Lalo —respondió Naia. Inés abrió mucho los ojos, impactada por una respuesta tan poco propia de su amiga.

—¿Estás borracha?

—Sí... un poco —admitió Naia.

Entonces Inés se volvió hacia sus amigas y las miró con reprobación.

—Sois una pésima influencia, zorras. ¿Ahora qué hago? Me iba con Lalo a su casa...

—¿Quééee? ¡No jodas! Vete con él —dijo Lin con una voz excesivamente aguda.

—Nosotras cuidaremos de Naia —prometió Ruth.

—No sé si me puedo fiar de vosotras.

—A partir de ahora, solo coca-colas, lo prometemos.

—Palabra de *girl scout*.

Inés terminó claudicando y se marchó con Lalo. Las cuatro lo celebraron con una nueva ronda de chupitos que tiró por los suelos en un tiempo récord la promesa que Ruth había hecho.

Fue entonces cuando Naia lo vio, al otro lado de la barra: Lobo.

—Ehh —lo llamó Marina al darse cuenta, sacudiendo el brazo a modo de saludo. Él las vio enseguida y sonrió. El corazón de Naia dio un vuelco y sintió que el alcohol se evaporaba en sus venas. Ya no se sentía tan segura y confiada...

—Pensaba que hoy tampoco venía —comentó Marina.

—Nos va a estropear la juerga, ¿cómo vamos a hablar de cosas de chicas con él delante?

—¿Y si le decimos que hoy es noche de chicas?

—¡Cuidado! Que es capaz de apuntarse igualmente.

Ruth se rio tan fuerte que casi se cayó al suelo.

—A mí me alegra verle —replicó Naia, sin darse cuenta sus labios habían pronunciado esas palabras sin permiso. Se sonrojó al instante.

Fue Lin al primera que se percató de las implicaciones que escondía su comentario.

—Él es quien te gusta ¿verdad? —adivinó, con una pícara sonrisa.

—Shhhh —Naia se sonrojó hasta la raíz del pelo—. ¡Ay! Viene hacia aquí.

—¿Qué dices? —se escandalizó Ruth—. ¿Lobo te gusta?

Justo un segundo antes de que el mencionado estuviera lo bastante cerca para escucharla, Marina le tapó la boca y la arrastró consigo en dirección al baño, sacudiendo su mano libre hacia Naia, a modo de despedida. Supo entonces que no iban a volver.

Mientras tanto, Lobo acababa de llegar justo a su lado, y Lin no podía parar de sonreír de un modo muy poco discreto. Naia deseó que la tierra se abriese bajo sus pies y la engulliese antes de que él sumase uno más uno y descubriera la verdad.

—¿Qué está pasando? —quiso saber, confuso. Estaba tan guapo como siempre, con esos ojos que Naia no podía dejar de admirar y una sonrisa curiosa.

—¡Uy! Muchas cosas, que te cuente Naia que yo he quedado —dijo Lin, atropelladamente—. ¡Hasta luego!

De repente, no conseguía entender cómo, Naia se vio a sí misma a solas con Lobo, avergonzada y borracha.

—¿Cómo estás? —la saludó él—. Me alegro de verte.

—Y yo —balbuceó Naia. Una respuesta tonta, sin duda.

—¿Me vas a contar lo que ha pasado?

—Que Inés y Lalo se han liado.

Las cejas de Lobo se alzaron al unísono. Estaba sorprendido.

—¡Vaya! Eso no me lo esperaba —dio un sorbo a su cerveza y añadió—: pero me alegro.

—Y yo.

—Pero, ¿por eso se han marchado todas de pronto?

Naia no supo qué responder, así que se encogió de hombros. Un minuto de silencio tenso los envolvió, un largo minuto en el que el corazón de Naia fue incapaz de serenarse y latir con normalidad, pues no podía dejar de notar la mirada de Lobo sobre ella.

—Oye, siento no haber venido el finde pasado. Te dije que nos veríamos y al final se me complicó la cosa.

—No pasa nada, no es que me lo debieras ni nada.

—Aun así, ojalá hubiera podido escribirte para decírtelo.

—No hace falta... —repitió ella a media voz. Lo cierto era que también le hubiera gustado poder hablar con él.

—Creo que deberíamos solucionar ese tema, ¿qué te parece si te doy mi número? Así no volverá a pasar.

Naia lo miró, confusa. ¿De verdad quería darle su número? ¿Hablar con ella como si fuesen... amigos? Se quedó muda.

—¿Qué pasa, no lo quieres? —preguntó entonces Lobo, con una sonrisa destructiva. Naia estuvo a punto de caer al suelo, ya que sus rodillas se habían convertido en gelatina—. Pues yo sí quiero el tuyo. ¿Me lo das?

De pronto la situación le dio vértigo.

—No —respondió.

Las cejas de Lobo se alzaron por la sorpresa de nuevo. Hasta a ella misma le sorprendió su negativa, no podía explicar por qué de repente aquel acercamiento le había dado tanto miedo; en realidad, lo estaba deseando. Agobiada, se volvió hacia la barra y pidió una copa.

—Supongo que tendré que ganármelo —dedujo él—. ¿Qué puedo hacer?

—No, no es eso —señaló ella mientras esperaba que le sirvieran su vaso de ron cola—. Es que apenas te conozco.

—Pues por eso quiero tu número, para conocerte más.

Esa sonrisa, de nuevo esa sonrisa... Naia tuvo que sujetarse a una banqueta.

—¿Por qué querías eso? —Hizo una pregunta que no esperaba respuesta. Aun así, Lobo se la dio.

—Porque me gustas.

Naia escupió de inmediato el trago de bebida que acababa de tomar y lo miró a los ojos. Los de él brillaban, y seguía sonriendo de esa manera que sabía que podía destruir su cordura. ¿De verdad había dicho aquello, o Naia lo había imaginado? Fue entonces cuando lo comprendió: se estaba burlando de ella.

—¿Estás bien, Naia?

—¡Déjame! —exclamó ella, alejándose justo en el instante en que él iba a tocarle el brazo.

Abrumada y terriblemente avergonzada, agarró su abrigo, dejó lo que quedaba de su copa sobre la barra y se dio la vuelta, dispuesta a salir corriendo de allí. No se percató de que Lobo la seguía hasta que estuvo en la calle, camino de la residencia.

—¡Espera, Naia!

—Déjame —repitió.

—¿Qué he dicho?

—No me gusta que me tomen el pelo.

—¿De qué hablas?

Naia caminaba todo lo rápido que sus piernas se lo permitían, pero Lobo la seguía y era imposible perderlo.

—¡No me sigas!

—No voy a dejarte sola, has bebido.

—No es asunto tuyo.

En el momento que doblaron la calle donde se encontraba su residencia, Lobo la alcanzó. Naia ahogó un gemido e intentó soltarse, pero él la atrapó contra la fachada de ladrillo.

—Oye, de verdad, explícame por qué te has enfadado, porque no lo entiendo.

—Yo... mira, no me gustan los juegos —respondió Naia, al borde del colapso—. No me digas que te gusto porque yo no voy a caer, no soy de esas, no soy como Evelyn.

Lobo frunció el ceño.

—¿A qué viene esa comparación? ¿Es que la conoces?

—Inés me ha contado cosas sobre ti.

—¿Le has preguntado sobre mí?

—Esa no es la cuestión, no me lées...

La inicial confusión en la cara de Lobo se transformó entonces en una sonrisa llena de satisfacción, una sonrisa que Naia no entendía.

—Deja de reírte de mí, por favor —pidió, casi suplicó.

—No me río de ti, me pareces adorable.

—¿Como una niña pequeña?

—No, como una chica preciosa a la que quiero conocer mejor.

Naia iba a protestar de nuevo, pero no sabía qué decir. No estaba acostumbrada a que alguien como él la piropease, que la persiguiese, que demostrase tan abiertamente su interés. Y lo más desconcertante era que Lobo parecía sincero. La miraba de una forma extraña, dulce... como si la viese de verdad, como si fuese alguien increíblemente interesante. Nadie la había mirado así nunca.

El corazón de Naia continuaba latiendo a toda velocidad y su mente también era un hervidero. Pensaba en todo y en nada, pero entonces una idea tomó forma. Más bien una determinación: Quería besarle. Se moría por atrapar esos labios, el piercing que brillaba en su comisura inferior. Necesitaba descubrir si sabía como había imaginado, cómo era el tacto de su piel tatuada y su olor. Los restos de alcohol en su cuerpo la empujaron a moverse y, tambaleante, dio un paso al frente. Ni siquiera lo había pensado cuando se puso de puntillas, y alzó su cara hacia la de Lobo... pero sus labios apenas llegaron a rozar los de él. Lobo se apartó de inmediato. La sujetó de los hombros para evitar que se cayese y la apartó unos centímetros.

Por segunda vez en muy poco tiempo, Naia quiso desaparecer, volatilizarse.

—Creía que...

—Naia, me gustas mucho, de verdad. Y no me entiendas mal, me muero por besarte. Pero has bebido —dijo él en un susurro—. Hace un minuto me decías que no ibas a caer y de pronto...

—Bueno, he cambiado de opinión —respondió ella como si fuese una obviedad. Aun así, no se atrevía a mirarlo.

Casi como una disculpa, él levantó una mano y le colocó un mechón de pelo suelto tras la oreja. Naia se estremeció y quiso volver a intentarlo, volver a besarle. Se contuvo.

—No veas lo que me está costando, pero no quiero que te arrepientas mañana —dijo él, su tono era más oscuro.

—No me arrepentiré —contestó ella. No sabía de dónde salía ese arrojito, porque estaba a punto de desmayarse por la tensión; pero era la verdad, aunque sabía que también podía ser un error.

—Entonces mañana estaré aquí mismo, esperando.

Finalmente, Lobo dio varios pasos hacia atrás, alejándose. La miró durante un segundo, hizo un gesto de fastidio acompañado por un gemido frustrado, y luego se marchó. Naia se arrastró entonces hasta su habitación sin comprender nada de lo sucedido, pero con el corazón latiendo en su pecho como si fuesen fuegos artificiales.

Lobo

Alguien debería darle un jodido premio por esa noche. O no... Solo había hecho lo que tenía que hacer, lo legal. Entonces, ¿por qué le había costado tanto?

La brisa fresca de la noche lo ayudó a aclarar sus pensamientos mientras regresaba al bar. Necesitaba tomarse una copa más, al menos, antes de volver a casa.

Pensando en Naia, en aquel ínfimo roce de sus labios, en el modo en que su piel se teñía de rojo cada vez que sentía vergüenza, llegó a la puerta del Cábala. Estaba a punto de entrar cuando alguien lo llamó.

—¿Lobo? ¿Eres tú?

Se trataba de un chico delgado y desgarrado, no tendría apenas los dieciocho pero estaba fumando un cigarrillo en la puerta del bar con un botellín de cerveza en la mano. No lo reconoció.

—¿Quién eres?

—Soy Raúl, el hermano de Jorge. ¿Te acuerdas de mí?

La comprensión lo golpeó como un mazazo y, en su interior, una mezcla de recelo y nostalgia peleaban por el control de su cuerpo.

Jorge había sido durante años su mejor amigo. Se habían conocido en el colegio, de niños eran inseparables, y cuando se convirtieron en adolescentes estúpidos, llevaron a cabo juntos sus primeras gamberradas. Jorge y su hermano pequeño, Raúl, se habían criado con su abuela, ya que sus padres, ambos metidos en problemas de drogas, entraban y salían constantemente de centros de desintoxicación o de la cárcel. Podía decirse que su familia y la de Lobo tenían mucho en común, y lo principal era la promesa de un negro futuro para dos jóvenes sin control como ellos. Por eso nadie pudo evitar que terminaran en compañías equivocadas, metidos en un agujero profundo del que resultaba muy difícil salir.

Lobo había conseguido escapar a través de uno de los resquicios más complicados, pero estaba fuera. Hasta donde sabía, Jorge seguía dentro. Y si el hermano mayor continuaba metido en cosas turbias, era probable que el pequeño también.

—Claro, sí... Raúl —Lobo se esforzó por sonreír—. ¿Cómo estás?

—De lujo, tío —contestó—. ¿Y tú? Escuché que habías salido del centro pero nadie supo nada más de ti, ¿dónde te has metido?

—Por ahí, ya sabes...

—Sí —dio una calada a su cigarrillo, esperando a que Lobo continuase hablando, pero él mantuvo el silencio—. Y... ¿sueles venir por aquí?

—No, eh... necesitaba tabaco —mintió—. ¿Me das uno?

Raúl le tendió el paquete. Hacía tres años que Lobo no fumaba, lo había dejado antes de salir libre, pero haría cualquier cosa por evitar que el Cábala se convirtiera en el objetivo de su antigua banda.

—Me iba ahora con estos, ¿te vienes?

Sus peores sospechas fueron confirmadas en ese momento.

—Pues... es que he quedado con una chica... ya sabes —respondió Lobo, fingiendo lo mejor que pudo.

—Sí, claro... joder, perdona. No te molesto más entonces —Raúl pareció por fin convencido y emprendió su marcha calle abajo. Antes de desaparecer, sin embargo, se volvió hacia él de nuevo—. Pero da un toque a mi hermano, ¿vale? Le gustará saber de ti.

Lobo asintió y, antes de entrar de nuevo en el Cábalá, tiró el cigarrillo a medias, al que apenas había dado un par de caladas. Definitivamente, necesitaba una copa.

A la mañana siguiente, por primera vez en días, Lobo despertó con los rayos del sol a través de su ventana en lugar de con los gritos y sacudidas de Sara. Miró hacia la cama de su hermana y la encontró vacía. Se levantó de un salto y salió a la cocina. Ahí encontró a la niña, desayunando mientras veía un programa de talentos en la televisión. Su madre también se encontraba allí, mirando su móvil con gesto ausente.

—Buenos días —saludó Lobo, confuso por aquella estampa tan calmada y familiar, tan poco habitual.

—¿A dónde fuiste anoche? —preguntó su madre.

—Por ahí.

—¿Tienes alguna novia o qué?

—No, simplemente fui a tomar algo con amigos.

—¿Qué amigos? —el tono de su madre era seco, pero Lobo distinguió un atisbo de alarma en él.

—Tranquila, mamá. Preocúpate por tus compañías, no por las mías —replicó él con acidez.

Enfadada, su madre guardó silencio y volvió a concentrarse en su móvil. Lobo dio a Sara un beso en el pelo y se sirvió una taza de café instantáneo.

—¿Qué vas a hacer hoy, enana?

—Nada, puede que leer un rato —respondió Sara.

—¿Y no hay nadie con quien puedas salir a dar una vuelta o algo?

La niña torció el gesto.

—No me apetece —replicó—. Además, las chicas de mi clase no me caen bien. Son demasiado pijas.

—Aun así, podrías intentar ser más abierta, Sara.

—Deja a tu hermana, si no quiere, no la obligues. No todo el mundo tiene que ser como tú, que te vas con cualquiera. Así te va... —intervino su madre, aunque la otra frase apenas la murmuró entre dientes. Lobo optó por ignorarla.

—Ahora me voy a lavar el pelo —declaró Sara, cortando bruscamente la conversación. Acto seguido, se levantó de la mesa y corrió hasta el baño.

—Mamá, ¿de verdad crees que Sara está bien? —se aventuró a preguntar Lobo, molesto, en cuanto supo que la niña no podría oírlos.

—Está bien, ¿no la ves?

—Yo creo que hay algo...

—No seas paranoico, Dani. A tu hermana no le pasa nada.

—¿Por casualidad tú fuiste alguna vez a verla al centro, o a la casa esa donde estuvo de acogida?

—No, me la traían siempre al punto de encuentro —respondió ella. Lobo resopló, frustrado—. Pero si quieres saber algo de esa gente, quizá puedas leerlo en su diario.

Lobo la miró, sorprendido.

—¿Lees el diario de Sara?

Su madre se encogió de hombros con una expresión de falsa inocencia.

—Todas las madres lo hacen.

—Joder... te mereces el premio a la madre del año.

La mujer ignoró su sarcasmo y volvió a su móvil. Lobo, en cambio, cogió su café y regresó a la habitación. Sabía que Sara solía escribir cosas en un cuaderno, pero no sabía que se trataba de

un diario, y mucho menos había pensado en leerlo. Pero llevaba meses intentando encontrar información acerca del tiempo que Sara había pasado lejos de casa, lejos de él.

En los nueve meses que hacía desde que había vuelto, había sido imposible ignorar el hecho de que la Sara que conocía ahora no tenía nada que ver con la niña que era antes de todo. Lobo estaba dispuesto a apostar lo que sea a que le había sucedido algo, algo terrible, en su ausencia.

Todavía escuchaba el sonido del agua de la ducha, pero aún no sabía qué hacer. ¿Se atrevería a invadir la privacidad de su hermana de aquella manera? Pasó un par de minutos más debatiéndose, pero al final se lanzó hacia el escritorio y buscó en los cajones hasta dar con el ajado cuaderno de tapas moradas en el que Sara siempre escribía. Había páginas llenas de palabras, otras garabateadas, con dibujos abstractos e incluso algunas llenas de tachones. Ninguna tenía fecha o nada que situase su contenido en el tiempo.

Decidió tentar a la suerte y escogió un punto hacia el inicio del cuaderno. Comenzó a pasear la vista por las páginas pero entonces escuchó abrirse la puerta del baño. No había podido leer casi nada, solo un par de palabras sueltas sin sentido. Su hermana entró en la habitación con el pelo envuelto en una toalla. Lobo fingió que estaba mirando el horario de sus clases, pegado con celo en la pared encima del escritorio.

—¿Qué haces? —preguntó Sara.

—Nada...

Pasaron unos minutos en silencio, mientras ella se secaba el pelo y él terminaba su café.

—Oye, enana, ¿qué tal te va en clase?

—Bien. Creo que aprobaré todo, bueno, o puede que me caiga mates. El profesor es demasiado duro.

—Vale, no pasa nada.

Sara se volvió hacia él y fijó sus ojos, tan parecidos a los de Lobo, en él.

—¿Por qué me lo preguntas?

Lobo suspiró. Quizá era hora de tener de nuevo esa conversación.

—Porque me preocupas, enana. No tienes amigos, no sales, apenas hablas. Y lo de las pesadillas...

—Te digo que no pasa nada, jo... todo el mundo tiene pesadillas.

—No todos los días, Sara.

—No es todos los días.

—Casi todos.

—Pues si te molesta me iré a dormir con mamá —contestó ella, arrugando la cara, como si estuviera a punto de llorar. Lobo le cogió la mano.

—Sara, no es que me molestes pero necesito que intentes hablar conmigo en serio —pidió con todo el tacto de que fue capaz—. Dime qué es lo que te pasa, solo así podré ayudarte.

Las lágrimas comenzaron a rodar por las redondeadas mejillas de su hermana.

—Yo... no puedo, Dani.

—¿Por qué?

—Porque no —sollozó Sara, tirando de la mano que Lobo tenía bien asida. No le quedó más remedio que soltarla. En cuanto se vio libre recogió algunas de sus cosas, entre ellas el cuaderno morado, y se dispuso a salir de la habitación—. Me voy a la habitación de mamá.

Lobo exhaló, angustiado. Las cosas no podían haber salido peor.

10

Naia nunca había tenido resaca, al menos no una como aquella. Era casi mediodía cuando despertó en su cama, con la garganta seca y la cabeza martilleándole. Consiguió ponerse en pie y meterse en la ducha mientras, poco a poco, los recuerdos empezaban a acudir a su memoria. En concreto uno: un beso breve, apenas perceptible. Gimió, muerta de vergüenza, debajo del chorro de la ducha.

Cuando volvió a su habitación, había alguien sentada sobre su colchón. Inés le sonrió.

—¿Qué tal llevas el cuerpo? Marina me ha contado que tú también terminaste la noche acompañada.

—Pues no... al menos no como tú.

—¿No ha habido lío con Lobo? —preguntó, incrédula. Naia negó con la cabeza.

—¿Y tú, qué?

Inés soltó un grito y se tumbó sobre la cama, abrazando uno de sus cojines. Parecía una adolescente enamorada.

—Genial tía, solo me arrepiento de no haberme lanzado antes —dijo. Tenía un brillo en los ojos que Naia no le había visto antes. Se alegró por ella.

—Entonces, ¿sois novios?

—No lo sé, de momento estamos pasándolo bien. No seas anticuada.

Naia no respondió. Terminó de vestirse con unos vaqueros y la primera sudadera que encontró y se dispuso a bajar a la cocina para buscar algo que llevarse a la boca. Inés la siguió, caminando como si saltara sobre nubes y con una sonrisa algo molesta en su cara. Se encontraban ambas en la escalera cuando una de las pocas residentes que todavía no se habían ido a sus ciudades de origen la abordó.

—Oye, ¿eres Naia? —preguntó. Ella asintió, confusa—. Hay un chico abajo que pregunta por ti.

Su corazón saltó como si le hubieran aplicado una descarga eléctrica y el pulso se le disparó.

—Vaya... así que no pasó nada.

—Que no —insistió Naia, con los nervios a flor de piel. No recordaba exactamente lo que habían hablado ella y Lobo la noche anterior, ¿acaso habían quedado?

—Bueno, sea como sea, ten cuidado con él. Ya se me hace muy raro que no saltara sobre ti anoche, como una hiena hambrienta.

—¡Inés! —protestó Naia.

Se despidió su amiga y, con las piernas temblorosas, bajó hasta la calle. Allí estaba él, Lobo, tan guapo como siempre, apoyado contra la pared de la acera frente a la puerta. Parecía fresco como una lechuga, y sin embargo ella podría pasar por un extra de *The Walking Dead*.

—Hola —dijo él, acercándose. Naia tuvo el impulso de huir, pero se contuvo. También quería quedarse. O no. No lo tenía claro.

—Ho... hola.

—Bueno, aquí estoy —dijo él, sonriente—. ¿Sigue en pie lo de anoche?

—¿El... qué... exactamente?

—Así que no te acuerdas de nada.

Lobo sonreía, pero algo en su expresión le dijo que se sentiría decepcionado si la respuesta a

aquello era afirmativa.

—Bueno... recuerdo algunas cosas —confesó.

—¿Qué te parece si te invito a comer y tratamos de reconstruir lo que pasó?

Naia lo meditó un instante y finalmente asintió. Aunque había cierta parte de ella que quería rechazar el ofrecimiento, volver a su habitación y esconderse bajo las sábanas, otra parte mucho más grande se entusiasmó ante la perspectiva de pasar el día con Lobo. Ni en sus mejores sueños se había atrevido a tanto.

Caminó a su lado, a una distancia prudencial, mientras él la guiaba por esas calles que apenas conocía. Ella permanecía en silencio mientras él hablaba de todo y de nada en particular.

—¿Tienes hambre? —Naia asintió—. No serás vegetariana o algo así —ella negó con la cabeza—. Bien, porque vamos a uno de mis sitios favoritos de hamburguesas. Me encantan, ¿a ti?

—Sí, también.

—¿Qué tal has dormido? El *Jaggermeister* es de los que pasan factura, seguro que tienes resaca.

—Un poco.

—Mira, es aquí.

Se detuvieron frente a un bar de aspecto mediocre con uno de esos letreros grandes en colores llamativos que exhibía toda la carta con fotos de los platos. Los precios eran razonables.

—Créeme, la pinta no es la mejor, pero la comida es de diez. Cada noche me toca repartir de aquí al menos una vez —dijo él, adivinando sus pensamientos.

Entraron y tomaron asiento en una de las mesas del fondo, un espacio que ofrecía cierta intimidad. Naia seguía nerviosa, aunque quizá algo menos. En cierto modo, estaba disfrutando del momento, como Nora le hubiera pedido. Disfrutando de observar a Lobo, el modo en que se movía y hablaba, sus ojos que a veces eran del color del mar, otras del de un bosque invernal y otras del tono de un rayo de sol a través de la fina hoja de un árbol. Le encantaban. También le sorprendía la naturalidad con la que le hablaba, como si fuesen viejos conocidos.

A Naia siempre le había costado comunicarse, ser ella misma con quien no consideraba cercano. Era la introvertida de la familia. Pero a él no parecía resultarle difícil bromear con ella, incluso teniendo en cuenta que aquello, a todas luces, era una cita. De pronto Naia se preguntó con cuántas chicas habría estado Lobo, y la inseguridad regresó por la puerta grande. ¿Estaba segura de que no se estaba burlando de ella?

El camarero apareció entonces y ellos pidieron la comida. Cuando volvieron a quedarse solos, Lobo sacó el tema que había sido omitido hasta entonces. El elefante en la habitación.

—Entonces, ¿qué recuerdas de anoche? —quiso saber.

—Que bebí demasiados chupitos —contestó ella, a media voz.

—¿Y aparte de eso? —presionó. Ambos sabían lo que quería, pero Naia se moría de vergüenza.

—Me dijiste que te gustaba.

—Y tú no me creíste —completó él—. ¿Y luego?

Decidió contestar rápido, como cuando te quitas una tirita. De golpe, para que duela menos.

—Sí, ya... intenté besarte.

La sonrisa de Lobo se ensanchó.

—Menos mal que lo recuerdas —dijo—. ¿Y sabes qué pasó luego?

—Que me rechazaste —murmuró ella.

—Eso no es del todo cierto. Te dije que prefería besarte sobria porque no quería que te

arrepintieras —contradijo él—. Así que ahora solo me queda preguntarte una cosa.

—¿Mmm?

—¿Querías besarme ahora?

Los latidos de Naia eran tan fuertes, tan rápidos, que le sorprendió que él no los escuchase. ¡Todo el bar debería escucharlos! Si estaba a punto de besar a Lobo de verdad, prefería que eso sucediera antes de que le diese un síncope, de modo que asintió con la cabeza, esperando que eso fuese suficiente respuesta para él.

—Genial —susurró Lobo, aunque luego no hizo nada. Él simplemente se recostó sobre su silla con los brazos cruzados y la miró. Se quedó mirándola tanto rato que Naia empezó a sudar.

—Yo... eh... ¿no vas a decir nada más? —se aventuró a preguntar.

—¿Como qué?

—No sé, si estás de acuerdo... o no —musitó, nerviosa—. ¿Es que te estás riendo de mí?

—Ya te lo dije anoche, Naia. No me río de ti ni juego contigo. Va en serio.

—Pues no lo entiendo, yo...

—Será mejor que no esperemos más —interrumpió él, al tiempo que agarraba la silla en la que Naia estaba sentada y tiraba de ella para acercarla.

Naia ni siquiera tuvo tiempo de reaccionar. Quedaron uno junto al otro y entonces Lobo se inclinó para atrapar los labios de la chica con los suyos. La sensación fue como la de dos cuerpos celestiales colisionando, una explosión astronómica que redujo la cordura de Naia a cenizas, especialmente cuando sintió cómo la lengua de Lobo se aventuraba en busca de la suya, despacio, como una danza suave.

Al principio su cuerpo se había tensado, pero poco a poco se fue relajando, a merced de las caricias húmedas de sus bocas. Como si de una hipnosis se tratara, Naia se entregó por completo a ese beso, al fresco tacto del piercing de su labio, al sabor dulce y cítrico de la limonada que él había pedido, a sus manos cálidas acunando sus mejillas...

—Disculpen —dijo una voz rugosa a su lado. El camarero les traía las hamburguesas.

Se separaron de inmediato.

—Qué buena pinta —comentó Lobo, al que ni siquiera parecía importarle que el camarero los hubiera visto besándose. Por el contrario, Naia estaba al borde de un ataque de nervios.

Lobo comenzó a comer, como si nada, hasta que se fijó en que Naia apenas se había movido. Se volvió hacia ella y le acarició el pelo.

—Oye, no pasa nada, ¿sabes? —dijo, deduciendo el motivo de su azoramiento.

—¿Cómo puedes estar... tan tranquilo? —preguntó ella a media voz—. Me muero de vergüenza.

—Pues no hay de qué avergonzarse —declaró él—. Además, puede parecerte que todo el mundo te mira ahora, pero no es así. A la gente le da igual lo que hagas. Te lo prometo, todos van a su rollo.

Por alguna razón, la seguridad con que Lobo pronunció aquellas palabras la hizo sentir un poco mejor. Extendió una mano y cogió una patata. Se la llevó a la boca. Lo cierto era que estaba deliciosa. Poco a poco, en parte gracias a las anécdotas que Lobo contaba mientras comían, Naia consiguió relajarse. Al finalizar la hamburguesa incluso se rio de sí misma y ese excesivo pudor que a menudo le traía por el camino de la amargura.

—No sé, creo que nací con un sentido del ridículo exagerado, como si a Dios se le hubiera volcado el tarro de la vergüenza dentro mientras cocía la sopa de Naia —dijo ella. Lobo estalló en carcajadas.

—Menuda sorpresa, eres muy graciosa —comentó cuando el ataque de hilaridad hubo cesado.

—¿De verdad?

—Guapa, lista y graciosa.

Naia enmudeció. Piropos, miradas intensas, un beso espectacular y alguna que otra caricia robada... ¿Estaba soñando?

—¿Te apetece dar un paseo?

Naia asintió y, tras permitir que Lobo pagase la comida, ya que ni siquiera había cogido su bolso al salir de la residencia, ambos comenzaron a caminar sin rumbo por las calles de Madrid.

Las bromas se sucedían, él hablaba de la ciudad, de los lugares a los que le recomendaba ir y a los que no. También tenía un recurso infinito de anécdotas de sus amigos, de Lalo, de Marina, e incluso alguna de Inés. También le contaba otras relacionadas con su trabajo. Le explicó que había estudiado un módulo de carpintería y que trabajaba de ayudante en el taller de un ebanista, un oficio casi perdido. Hacía piezas de madera que luego ensamblaba, lijaba, barnizaba y así, construía un mueble. A Naia le parecía lo más interesante que le habían contado nunca, sin embargo, no podía dejar de notar que todo lo que le explicaba era superficial y que, debajo de aquello, había mucha más profundidad de lo que podía parecer. Le entraron unas ganas increíbles de preguntarle algo más personal, pero sabía que a cambio ella también tendría que corresponder de igual manera, y no estaba preparada para hablar de algo íntimo. Por eso, solo le contaba cosas sobre su ciudad, algunas anécdotas de la universidad y poco acerca de su familia. Ni siquiera había mencionado a Nora.

Poco después ambos se sentaron en un banco, en la pequeña plaza donde Naia corría algunas noches. Comenzaba a oscurecer, a pesar de ser media tarde. Aquello era lo que Naia más odiaba del invierno, que ya estaba a la vuelta de la esquina.

—¿Me dices tu Instagram? —le pidió a Lobo, sacando el móvil. No tenía notificaciones, aunque al abrir la aplicación enseguida vio fotos de Carla y sus amigas. También una actualización de Inés que, al parecer, había vuelto a quedar esa tarde con Lalo para ir al cine.

—No tengo.

—¿En serio? ¿Quién no tiene redes sociales hoy en día? —se sorprendió Naia.

—Alguien a quien no le importa lo que hagan los demás ni quiere que nadie sepa lo que hace. Su argumento, en realidad, tenía sentido.

—Bueno, pero Whatsapp sí tienes, ¿no?

Lobo sonrió.

—Eso sí —dijo—. Aunque recuerdo que te pedí tu número y no quisiste dármelo.

—¿No quise? —Naia había olvidado esa parte de la noche.

—¿Has cambiado de opinión?

Naia asintió y le tendió su móvil a Lobo para que teclease su número. Él lo guardó y activó la cámara. Acto seguido se acercó a ella, le rodeó los hombros con un brazo y enfocó el objetivo a sus caras.

—Sonríe —dijo antes de sacar la foto. Pero Naia no tuvo tiempo de reaccionar.

Aun así, la instantánea no quedó tan mal. Lobo con aspecto risueño, una sonrisa torcida y el brazo sobre los hombros de Naia. Ella, con la cara baja y la mirada alzada, parecía sorprendida, con una sonrisa apenas perceptible. No le gustaba demasiado hacerse fotos, no solía salir bien, pero aquella no le disgustaba. Además, era su primera foto juntos y, solo por eso, Naia supo que la atesoraría aunque fuese un completo desastre.

—Ya puedes ponerle foto a mi contacto —señaló Lobo al devolverle el móvil. Naia lo guardó, bien consciente de que él no había deshecho su abrazo. Seguía cerca de ella, sentía el calor de su cuerpo a través de la sudadera, y empezaba a ponerse nerviosa.

—Yo... debería volver... a la residencia.

Él la miró. Naia levantó la cabeza despacio. Su cara estaba muy cerca y los latidos de su corazón empezaron a apresurarse.

—¿Quieres volver ya? —preguntó él en voz baja.

Naia no supo qué contestar. Se sentía extraña. En su pecho, en sus brazos y piernas, algo burbujeaba, como si en sus venas de pronto la sangre se le hubiera mezclado con polvos pica-pica.

—Yo... eh...

Sin esperar una respuesta clara por su parte, Lobo apartó su brazo y le acarició el pelo antes de alejarse. Parecía que parte de su buen humor se había ensombrecido, aunque seguía sonriendo.

—Vamos entonces —dijo, levantándose del banco y emprendiendo el camino.

Naia lo siguió con el pulso desbocado y la cabeza llena de pensamientos enredados. No entendía nada sobre sus propias emociones. Cuando se trataba de Lobo, deseaba estar cerca de él, cuanto más, mejor. Quería hablar con él, dejar que él le acariciase el pelo y volver a besarlo como antes. Sin embargo, cada vez que sentía que eso podía estar a punto de suceder, su cuerpo reaccionaba con taquicardia, cosquilleos y una alarmante confusión. Sensaciones que eran objetivamente malas, que le hacían querer huir a un lugar tranquilo donde poder relajarse. Un lugar lejos de Lobo. Eran dos necesidades contradictorias, sin duda.

En ese momento, mientras caminaba tras él de regreso a la residencia, se odió por no poder tener claro lo que quería. Se odió por no lanzarse a sus brazos, por su timidez, por ser incapaz de dar el paso si no era con unos cuantos chupitos de más.

Miró la mano de Lobo, relajada, a apenas unos centímetros de la suya. Se planteó cogerla, incluso sabiendo que él podía rechazarla. Quería hacerlo igualmente. Sí, lo iba a hacer.

Justo en el momento en que hacía el primer movimiento, Lobo se detuvo y se volvió hacia ella.

—Ya estamos —anunció.

Naia miró a su alrededor. Se encontraban justo en la esquina de la calle. En cuanto la doblase, estaría en casa. Parpadeó, perpleja. ¿De verdad había estado caminando tanto rato a su lado, en silencio, mientras dudaba de si podía o no cogerle la mano?

Suspiró, furiosa consigo misma. ¿Cómo era tan idiota?

Levantó entonces la vista. Lobo la miraba fijamente, tan cerca, con esos ojos... Naia dejó de pensar y su cuerpo se movió solo. Cogió con ambas manos la chaqueta de Lobo y tiró para conseguir que él se agachase, al tiempo que ella se ponía de puntillas. Sus bocas se encontraron a medio camino, como de improviso. Tardaron un segundo en amoldarse, apenas un instante para reaccionar, pero en cuanto lo hicieron, sus lenguas se enzarzaron en una lucha encarnizada. Ese beso nada tuvo que ver con el primero, que había sido lento y suave. Aquel segundo beso fue pasional, impetuoso... Naia sintió la fría pared de ladrillo a su espalda mientras el torso firme y cálido de Lobo la aprisionaba contra ella. El burbujeo en sus venas se transformó en algo ardiente, lava recorriendo cada centímetro de su cuerpo... y se asustó.

—Espera... —musitó, apartándole despacio—. Yo...

—Perdona, me he pasado de intenso —respondió él con una risa nerviosa, poniendo algo más de espacio entre ambos. De repente, Naia sintió frío.

—No, ha sido culpa mía.

—Me encanta que me hayas besado, Naia —susurró él, alzando una mano para acariciar su mejilla. Cada poro de su piel se electrificó ante ese contacto—. Me voy. Pero ya estoy deseando

volver a verte.

—Y yo —admitió ella, con una sonrisa.

—Hablamos.

Y, sin más, él giró sobre sus talones y desapareció calle abajo. El corazón de Naia tardó unos minutos más en dejar de latir como si hubiera corrido una maratón.

Lobo

Por alguna razón esa tarde el camino de vuelta a casa le resultó mucho menos largo que de costumbre. Lobo se sentía ligero, relajado... contento en general.

Las chicas nunca le habían supuesto demasiados dolores de cabeza, no por ser atractivo para ellas, sino porque no solía interesarse de verdad por ninguna. Antes de todo lo sucedido era quizá demasiado joven y estúpido para pensar en relaciones. Se limitaba a pasar un rato con la que estuviera dispuesta y después olvidarse. Luego llegó el desastre, y lo último que tenía cabida en su cabeza eran los líos de faldas.

Es cierto que los primeros meses después de salir del centro Lobo se puso al día. Esos cuatro años sin tener la oportunidad de tocar a una chica habían sido duros, y quizá no fue todo lo cortés que debería con las dos o tres primeras que se cruzaron en su camino, pero después llegaron los problemas con su madre y con la custodia de Sara, y echó el freno. Sabía que era hora de centrarse y se esforzó por conseguirlo. Ya habían pasado dos años y creía haberlo logrado.

En cuanto a las chicas... la cosa no había mejorado mucho. Pensó en Evelyn. Ella había sido la primera que había pasado la línea de la primera cita, la primera a la que había intentado conocer más allá de una cena, unas copas y un revolcón. El problema era que, después de un par de meses profundizando, no le gustó lo que vio. Evelyn era caprichosa, egocéntrica y muy superficial. Supuso que esa forma de ser casaba bastante con el hecho de que venía de una familia con dinero que siempre le había dado todo lo que quería.

Había roto con ella antes del verano. Más que romper, había decidido no seguir conociéndola. Por desgracia, a ella no le había gustado esa determinación. Se había pasado días llamándole constantemente después de esa última conversación, buscándole cada vez que iba a trabajar, incluso después del verano. Hasta que Lobo tuvo que ser cruel con ella para que se alejase.

Recordó la conversación, hacía solo unas semanas, en aquella fiesta. Como siempre, Evelyn se tomaba las normas a la ligera y hacía lo que le daba la gana. Por eso había insistido en que él se acercase a la residencia. Quería hablar con él.

No supo por qué Lobo había accedido, si sabía cómo era ella. Quizá tenía la absurda esperanza de que hubiera recapacitado, tras los meses de verano. Pero no. Seguía siendo una malcriada que no sabía aceptar un no por respuesta.

Lobo trasladó entonces sus pensamientos a esa misma tarde. A la frescura y autenticidad de Naia, su timidez genuina que, a veces, incluso se le contagiaba. Sin embargo sospechaba que eso solo sería al principio. Sentía que Naia, la de verdad, era más libre y aventurera de lo que parecía, como un diamante en bruto; y se lo había empezado a demostrar con ese último beso...

Ella era deslumbrante, como un día de verano. Le encantaba el modo en que bajaba la mirada cuando se sentía avergonzada, pero también cómo sonreía con toda la cara cuando algo le hacía feliz. Y era guapa... muy guapa.

Acababa de cruzar el puente de la autovía que daba entrada a su barrio cuando le sonó el móvil. Era Jaime.

—¿Cómo estás? —preguntó tras los saludos habituales.

—Bastante bien.

—Eso es bueno —comentó—. Escucha, tengo algo sobre lo que me pediste.

Lobo detuvo sus pasos, impactado. Para ser sincero, no esperaba que Jaime le ofreciese ninguna ayuda con respecto a Sara.

—Dime.

—En el Centro de Acogida donde pasó los seis primeros meses todo fue bien pero luego la llevaron a otro gestionado por una Asociación. Estuvo ahí tres años pero he oído que tuvo una pelea con una chica, incluso hay un parte del hospital por lesiones. Después de eso la llevaron con la familia de acogida con la que pasó el último año.

—¿Estás diciéndome que mi hermana tuvo una pelea, que acabó en el hospital y yo no sabía nada? —exclamó Lobo, tan sorprendido que apenas llegaba a procesar toda esa información.

—No, el parte médico no es de ella... sino de la otra chica. Una tal Andrea Pina.

Aquello era cada vez menos comprensible para Lobo. Su hermana no era violenta, en absoluto.

—Si fue mi hermana la agresora, ¿cómo es que fue ella quien terminó con una familia de acogida?

—No lo sé, eso es extraño...

—¿No tienes más información? ¿Dónde puedo encontrar a esa chica, Andrea Pina?

—No puedo decirte nada más, Dani. Y esto ya es demasiado. Entiéndelo...

Lobo bufó.

—Sí, joder. Ya lo sé —dijo—. Gracias, tío.

—Cuídate. Nos vemos el mes que viene.

Dicho lo cual, colgó.

Lobo cubrió los últimos metros hasta su casa, en un bloque de pisos antiguo y mal cuidado. La zona era sucia, las viviendas pequeñas y los vecinos ruidosos, pero en cuanto traspasó el umbral de su piso, se sintió en casa. Alguien parecía estar cocinando algo, pues se oía el borboteo del agua hirviendo y el rumor de la radio, sintonizada en una emisora de música latina, la favorita de su madre. Estaba de buen humor, así que se acercó a ella y le dio un beso en la mejilla.

—Hola, cariño, ¿qué tal el día?

—Genial, mamá —respondió con una sonrisa—. ¿Qué estás cocinando?

—Nada especial, una sopa. A Sara le duele la garganta.

—¿Dónde está?

—En mi cuarto —respondió, poniéndose seria—. ¿Se puede saber qué le dijiste? Ya no quiere dormir contigo.

—Nada...

—Pues quiero que lo arregles. Adoro a mi hija pero no quiero que duerma conmigo hasta que sea mayor de edad. Además, se mueve tanto...

Lobo suspiró. Las pesadillas seguían durmiese donde durmiese. En su habitación al menos tenía cama propia.

Se dirigió al dormitorio de su madre y tocó la puerta con los nudillos. En cuanto escuchó la débil voz de Sara al otro lado, abrió. La niña estaba tumbada de costado, mirando su móvil, como siempre.

—Enana, ¿cómo vas?

—¿Qué quieres, pesado?

—Hablar contigo en serio, ¿puedo?

Sara resopló, pero apagó el móvil y se sentó en el borde del colchón. Lobo lo tomó como un "sí" y entró, cerrando la puerta a su espalda.

—Entiendo que estés enfadada, a mí tampoco me gusta que nadie se meta en mi vida, así que no te voy a preguntar más qué te pasa ni por qué tienes esas pesadillas —dijo Lobo. Su hermana puso los ojos en blanco, aunque no volvió a enfocar la vista en él. La dejó vagando por la

alfombra, sin rumbo—. Solo quiero que sepas que si algún día quieres decirme algo, sea lo que sea, yo te voy a escuchar, y te ayudaré en todo. Porque eres mi enana, y te quiero. ¿Lo sabes?

Sara frunció el ceño y por fin lo miró con esos ojos, verdosos, ambarinos. Los ojos de su padre.

—¿Qué te pasa, Dani? ¿Te estás muriendo o algo?

Lobo soltó una carcajada.

—¿Por qué me dices eso?

—No sé... nunca me has dicho que me quieres. Es raro.

—Pero te lo demuestro siempre, ¿no?

—Bueno, sí...

Lobo estiró el brazo y rodeó el cuello de su hermana para atraerla hacia sí. La niña se resistió un poco, juguetona, pero finalmente se dejó abrazar.

—Venga, vuelve a dormir en el cuarto, que mamá no está acostumbrada a aguantarte.

—Vaaaale.

Ayudó a Sara a retornar sus pocas pertenencias a su habitación compartida, entre ellas, el cuaderno de tapas moradas. No supo si al final se atrevería a mirar, a leer las confidencias allí escritas, pero por si acaso se fijó en donde lo guardó Sara.

—Por cierto —le dijo a su hermana—. Me gustaría hacerme una cuenta de Instagram. ¿Me ayudas?

11

Las clases de la mañana habían sido difíciles de soportar, ya que era el último día lectivo antes de las vacaciones de Navidad. Los exámenes habían terminado y Naia estaba deseando que la hora de Física llegara a su fin para olvidarse de todo por un par de semanas.

—Bueno, como sabéis os falta la nota del trabajo práctico de la asignatura, que contaba un cuarenta por ciento —anunció el doctor Manuesa, el profesor—. Os lo dejo en el tablón de la entrada. Felices fiestas.

La clase dio por concluida y Naia recogió sus cosas con parsimonia.

—Nos vemos a la vuelta, Naia —se despidió Bego antes de salir del aula. Eric hizo lo mismo, aunque con un simple gesto de su mano. Ambos llevaban un tiempo algo distantes, pero después de lo sucedido en la fiesta de Halloween y con la fatiga del período de exámenes, era normal.

Apenas quedaban alumnos cuando Naia se asomó al tablón de anuncios y buscó su nota. Se le heló la sangre cuando la encontró: un cinco. Suficiente. ¡Tenía que haber algún error!

Alarmada, miró a su alrededor, buscando al doctor Manuesa. Lo divisó al final del pasillo, a punto de entrar en su despacho. Corrió y lo alcanzó antes de que cerrase su puerta.

—Señor, tiene que haber algún error con mi trabajo.

—Las revisiones en enero, señorita.

—Pero, tengo una beca y...

—En enero —insistió el hombre, y cerró la puerta del despacho en sus narices.

El terror se apoderó en ese momento de ella. ¿Y si aquel no había sido su único desliz? ¿Y si se había confiado demasiado y no había estudiado suficiente? Repasó mentalmente las asignaturas. El trabajo de laboratorio de bioquímica, los ejercicios de bioestadística, las prácticas de anatomía... lo había hecho todo correctamente, ¿o no?

En ese momento, su móvil vibró en su mano.

«¿Nos vemos esta tarde?» había escrito Lobo.

De inmediato, parte de su malestar se aplacó, como si la mera existencia de Lobo fuese un sedante, una píldora mágica que conseguía aislar a Naia de la realidad, transportarla a un mundo increíble donde nada importaba tanto, donde podía dejar de ser la hija modelo, la hermana superviviente, la estudiante sobresaliente... un lugar donde era, simplemente, Naia.

«Sí, a las ocho paso por el taller», respondió ella. Al instante, un emoji apareció en la pantalla. Una carita amarilla guiñando un ojo. Naia sonrió.

Solo llevaban dos días sin verse, pero se moría de ganas. El día anterior, cuando le había escrito para preguntarle si podían quedar, él le había explicado que tenía que hacer horas extra en el taller y por eso no saldría a repartir ese viernes por la noche. Naia pensó que sería difícil encontrar un momento libre en el que pudieran coincidir antes de que se marchase de vacaciones, pero Lobo le sorprendió enviándole la ubicación del taller e invitándola a acompañarle mientras terminaba sus tareas. Por supuesto, ella aceptó.

Naia regresó a la residencia a toda prisa. Inés se había ido esa misma mañana de regreso a su ciudad y solo quedaba una chica en el tercer piso, la portera, Maribel y la cocinera.

—Feliz Navidad, guapa —le canturreó Maribel mientras encendía las luces del árbol que habían colocado en el vestíbulo de la residencia—. ¿Cuándo te vas?

—Mañana por la mañana —respondió Naia.

—Qué solitas nos quedamos —comentó la portera—. Aunque muchas chicas vuelven para la Nochevieja.

Naia se sorprendió.

—¿Ah, sí?

—Sí, sobre todo las mayores. Los universitarios sois así. No os perdéis una buena fiesta en la capital.

Naia se planteó esa posibilidad, pero la desechó de inmediato. Sus padres no le permitirían volver antes. Además, ya le había prometido a Carla que saldría con ella y sus amigas.

Con prisa, aunque sin demasiado entusiasmo, subió a su habitación para terminar de preparar su maleta. El tiempo pasó volando y, cuando se quiso dar cuenta, eran casi las seis de la tarde.

Sus pies parecieron volar en dirección al lugar que le indicaba *Google maps*, situado a unos veinte minutos a pie. Cuando llegó, se encontró una tienda de muebles con la persiana cerrada, pero caminó por la minúscula callejuela que se abría en un lateral y descubrió un par de ventanas por las que se podía ver luz. Supuso que ese sería el lugar, y lo confirmó en cuanto Lobo le abrió la puerta metálica de acceso. Después de aquella primera cita increíble que habían compartido el domingo, habían hablado mucho por Whastapp, pero Naia no sabía qué hacer cuando volviesen a estar frente a frente. ¿Debía besarle?

Antes de decidir qué hacer, él se apartó para dejarle entrar.

El interior era amplio, pero estaba repleto de objetos: herramientas, paneles de madera y material de pintura y bricolaje. Olía de ese modo particular, al aroma natural de la madera mezclado con notas de productos químicos procedentes de los barnices y pegamentos.

Lobo le indicó una silla acolchada situada bajo la ventana, junto a una mesa baja.

—Enseguida termino esto y estoy contigo —dijo.

Naia lo observó lijar con energía una pieza de madera clara hasta dejarla lisa, sin una fibra de más. Era casi hipnótico observarlo. El modo en que movía sus brazos, con la camiseta de manga larga remangada, mostrando sus antebrazos tatuados. Tenía la mirada fija en su obra, oculta tras unas gafas de protección, y el pelo castaño cubierto de serrín que se sacudió en cuanto hubo dado por concluido su trabajo. Era guapo, guapo a rabiar, y Naia no podía pensar en otra cosa. Mucho menos cuando Lobo se volvió hacia ella y sonrió.

Lo siguiente que sucedió fue inesperado. Se acercó a ella, colocó sus brazos a ambos lados de Naia, sobre el respaldo de la silla, y se inclinó para atrapar sus labios. Al instante, la tensión que la chica había ido acumulando en los últimos días, se evaporó, siendo sustituida por otra sensación de apremio. Una mucho más visceral y cálida.

Levantó las manos y las puso sobre sus hombros, sintiendo la lengua de Lobo acariciando la suya, su sabor indescriptible y la caricia de sus labios. El beso duró apenas unos segundos. Luego, se separaron. Él le sonrió y ella no pudo responder de otro modo.

—¿Qué tal el día? —quiso saber.

Entonces Naia recordó la pésima nota que había recibido. Se lo contó, angustiada, mientras Lobo recogía las herramientas, disponiéndolo todo para cerrar.

—Bueno, no es para tanto. Un cinco es aprobado, ¿no?

—No lo entiendes, esa nota no me sirve —explicó ella—. Tengo una beca y necesito un mínimo de notable para mantenerla.

—¿Una beca?

—No hubiera podido venir a estudiar a Madrid de no ser por eso, es carísimo.

Lobo mantuvo silencio mientras ordenaba algunos materiales desperdigados por los bancos de trabajo.

—Entonces, necesitas estudiar más —dijo como si, a pesar de la obviedad, hubiese llegado a una epifanía.

—No me digas...

—Te ayudaré. Quedaremos para estudiar, ¿qué te parece?

—¿Por qué harías eso? Seguro que tienes planes mucho mejores.

—No, lo cierto es que no —rio él—. Yo quiero estar contigo y tú tienes que estudiar... la solución es esa.

A Naia no le pasó por alto el hecho de que él quisiera “estar con ella” y, a su vez, Lobo se percató enseguida del modo en que ella se sonrojaba. Resultaba transparente, como el cristal. Sonrió y volvió a inclinarse sobre ella, acariciándole la cara y juntando sus frentes.

—Esto ha sido el período de adaptación, ya verás, en cuanto te pongas las pilas conseguirás un sobresaliente.

Naia sonrió y se atrevió a alzar la barbilla para besarle. Un beso corto, breve... pero un gesto que consiguió calentar la sangre del chico.

—Deja que cierre, así nadie nos molestará.

—¿Podemos quedarnos aquí? —quiso saber ella. Había supuesto que se irían al Cábala, aunque Inés no estuviera.

—No, pero yo no se lo diré a mi jefe, ¿y tú?

Naia negó con la cabeza y Lobo rio. Apagó las luces del taller, dejando solo un foco que iluminaba la zona del office, la mesa donde estaba Naia. Fue entonces cuando la chica sintió un tirón en el estómago. No había pensado en que estarían ahí completamente solos y, de inmediato, se puso nerviosa. Lobo rebuscó algo en un armario. Su móvil.

—¿Qué quieres escuchar? Normalmente yo pongo las listas de más escuchados de Spotify.

—Cualquier cosa está bien.

Lobo encendió un pequeño altavoz que enseguida comenzó a emitir música. Después se acercó a una mochila que descansaba junto al armario y sacó algo que le mostró a Naia. Era un pack de cervezas.

—¿Quieres una?

La chica cogió una lata sin dudar y, de un trago, apuró casi la mitad.

—Tenía sed —mintió ante la mirada sorprendida de Lobo.

—Oye, ¿puedo preguntarte algo?

—Ahá...

No sabía qué esperar, por su mente pasaron mil posibilidades, algunas más descabelladas que otras. Ni siquiera sabía cómo se sentía. Estaba ahí, a solas, con él, pero no sabía qué hacer.

Lobo le gustaba, le gustaba mucho, pero... ¿Estaba preparada? Todavía tenía mucho que aprender de sí misma, apenas se había relacionado con chicos y estaba tan perdida, tan abrumada, que le temblaban las manos.

—¿Tú sabrías cómo encontrar a alguien en Instagram? —dijo él, finalmente. Aquello la dejó perpleja.

—¿Cómo?

—Quiero decir... sé su nombre, pero no sé su usuario. ¿Es posible encontrarla? —Lobo le tendió su móvil. En la pantalla apareció un perfil recién creado en el que solo había una foto de él—. Me he hecho una cuenta porque necesito encontrar a una persona.

—¿A quién?

Lobo bufó.

—Se llama Andrea Pina y es una larga historia —reveló.

—¿Una ex? —El fino aguijón de los celos se le clavó en medio del pecho, y por mucho que Naia intentó fingir indiferencia, Lobo se dio cuenta.

—No, no es eso, es... —se pasó una mano por el pelo, nervioso—. Está bien, te lo contaré.

Comenzó entonces a hablarle de su hermana pequeña, Sara. Le contó que su familia había pasado por problemas serios, tanto que varios años atrás la custodia de su hermana le fue retirada a su madre y terminó un centro de acogida. Le explicó que hacía pocos meses habían conseguido recuperarla pero que, desde su vuelta, Lobo notaba que no era la misma. Sin embargo, la niña no quería contarle nada del tiempo que había pasado fuera.

—Descubrí que esa tal Andrea Pina estuvo con ella en el centro y que se pelearon —contó él—. Quiero saber qué pasó y, como Sara no me dice nada, he pensado preguntarle a ella.

Naia suspiró y buscó en la red social pero, tras varios intentos, no encontró nada. Hasta que...

—Hay una aquí —entró en su perfil—. De Madrid, unos diecisiete años, va a un centro sociolaboral de Hortaleza, ¿podría ser ella?

—Le voy a mandar un mensaje —dijo él, cogiendo el móvil. Tecleó durante unos segundos y después dejó el aparato en la mesa, dio un largo trago a su cerveza y suspiró.

—No sabía que tuvieras una hermana, ¿tienes más? —quiso saber Naia. Aquel quizá fuese el momento indicado para descubrir más sobre él, aunque a cambio tuviese que revelar también su historia.

—No, que yo sepa —dijo él, con una risa algo triste—. Pero mi padre nos abandonó de niños, y era... digamos que no era de los que se comprometen, así que es posible que tenga más por ahí.

—¿Os abandonó?

—No es para tanto, conozco a muchos así.

Naia guardó silencio. No sabía qué decir.

—Pareces venir de un lugar mucho más sencillo y acogedor que en el que me crie yo —comentó Lobo poco después—. ¿Cómo es tu familia?

—Normal, no sé... mi padre es profesor y mi madre trabaja en un archivo, es administrativa —contó—. Y... bueno. Yo también tenía una hermana.

—¿Tenías?

—Murió hace tres años.

Esta vez fue Lobo quien se quedó perplejo. Se atragantó con la cerveza.

—¡Joder! Lo siento.

—Yo... me cuesta hablar de ella... todavía.

—No hace falta que lo hagas —replicó Lobo—. Si lo hubiera sabido no te habría contado nada de Sara, perdóname.

—No tienes por qué disculparte.

—Claro que sí, cada uno llevamos estas cosas a nuestra manera y siento que te he empujado al hablar de mi hermana.

Naia se sorprendió de su reacción, tanto que no pudo evitar reír aunque, al instante siguiente, las lágrimas comenzaron a brotar sin razón aparente. Simplemente, Naia lloró. Como si alguien hubiera abierto las compuertas de sus ojos sin pedir permiso. Como si se tratase de un dique que había contenido tanta pena a tanta presión durante tanto tiempo, que no lo soportó más.

Atónito, Lobo se acercó a ella y la abrazó mientras sollozaba, mientras dejaba salir lo que había estado reteniendo. La abrazó durante varios minutos hasta que se calmó.

Por primera vez en tres años Naia se sintió comprendida. Nora no estaba. Nadie que la hubiera conocido se encontraba presente, no había cerca nadie que la echase de menos y, sin embargo, Lobo había dicho exactamente lo que ella esperaba que alguien dijera: “No hace falta”.

Naia no tenía por qué pensar siempre en Nora o hablar de ella si no estaba preparada. Porque era normal sentirse así. Cada persona pasa por su propio proceso.

Sin querer, su mente viajó a aquel día. El día después de su entierro, el primer día de verdadero duelo, cuando Naia se dio cuenta de que se había ido de verdad, que no volvería y que su vida a partir de ese momento sería muy distinta. Pero Naia no podía llorar más, llevaba dos días llorando sin parar. Sin embargo, no poder mostrar más su tristeza no fue lo peor. Lo peor llegó cuando su padre se sentó a la mesa, durante la hora de la comida, y empezó a hablar de Nora. No lloraba tampoco, a veces incluso sonreía mientras hablaba de su hija fallecida. Naia hubiera preferido no tener que permanecer ahí, escuchándolo hablar, tampoco quería tener que hacerlo ella. Le hubiera gustado no seguir durmiendo en una habitación donde siempre habría una cama vacía, donde las estanterías estaban todavía llenas de pertenencias y fotografías de Nora. Le hubiera gustado abrir un armario en el que ya solo estuviese su ropa y, por primera vez en su vida, hubiera deseado no parecerse tanto a Nora, no recordarla de esa forma tan desgarradora cada vez que se miraba al espejo de su baño compartido.

Le hubiera gustado llevar su duelo a su manera, pero habían pasado tres años y ahora, lo único que necesitaba era que alguien dijera eso mismo, que no hacía falta. Y un chico al que apenas conocía había sido el primero en hacerlo.

Naia dejó de llorar sobre el hombro de Lobo, sorbió la nariz, se secó las mejillas y suspiró.

—Creo que ya puedo hacerlo —decidió, y comenzó a hablar.

Le contó a Lobo cómo había sido crecer formando parte de un todo, solo una parte. Cómo se sintió cuando ese todo dejó de existir y la vida no hacía más que recordarle que estaba incompleta. Lo duro que era que todas las personas a las que quería asumieran esa pérdida mejor que ella, o de manera diferente... no lo sabía. Pero para ella suponía mucho más. Ella no solo había perdido a su hermana gemela, sino a sí misma. Porque ¿qué ocurre con un aparato al que le faltan piezas? Que ya no funciona. Y así era como se sentía Naia. Rota. Y sin embargo, al mismo tiempo, se esperaba de ella que se reconstruyese sola. ¿Cómo hacer algo así cuando nunca has estado sola?, ¿cuando todo el que te ve a ti, también la ve a ella?, ¿cuando para el mundo siempre habéis sido indivisibles?

Lobo la escuchó en silencio, procesando cada fragmento de aquel discurso que revelaba partes de Naia que jamás hubiera imaginado. Era increíble lo que se ocultaba bajo la sonrisa de las personas. Las capas que alguien de apariencia sencilla podía llevar encima. Y aun así, lo que acababa de descubrir le hacía sentir cada vez más interés por ella. Naia era asombrosa.

—Creo que el problema es que intentas reconstruir, no construir de cero —señaló él, acariciando su espalda con ternura—. No puedes recuperar a la persona que eras antes de perder algo así, créeme. Tienes que empezar desde los cimientos.

Naia parpadeó, confusa y a la vez sorprendida. Las palabras de Lobo escondían emociones que no estaba listo para desvelar y que, al mismo tiempo, le decían que él también había perdido mucho. Sintió de nuevo esa increíble conexión, algo que estaba ahí mucho antes de conocerse, de saber que sus historias podían entrelazarse. Era como magia.

—Eres la primera persona a la que le cuento esto —declaró Naia, con los ojos húmedos.

Lobo sonrió y le acarició la mejilla. Incluso con la cara enrojecida por las lágrimas estaba guapa. Se acercó y depositó un suave beso en sus labios.

—Gracias por hacerlo.

Pasaron el resto de la noche apurando aquel pack de cervezas, escuchando música y hablando de temas más ligeros. Comentaron sus series favoritas, los grupos que les gustaban y cómo habían sido de niños. Naia ni siquiera volvió a pensar en lo que tanto nerviosismo le había

causado al saber que se quedarían solos ahí. Estar a solas con Lobo, poco a poco, se convertía en algo natural. Le gustaba cómo la miraba, cómo le rozaba el brazo con los dedos, cómo sonreía cuando ella le contaba algo gracioso y, sobre todo, cómo la besaba. Era esa manera suave de juntar sus labios, como una caricia, sin presión, antes de deslizar sus lenguas una junto a otra, perezosas a veces, atrevidas otras. Besarle era una montaña rusa de sensaciones.

A su lado, las horas parecían minutos y, mucho antes de lo que Naia hubiera deseado, llegó la hora de marcharse.

—Te voy a echar de menos —murmuró Lobo contra sus labios al despedirse junto a las puertas de la residencia.

—Y yo a ti —admitió ella.

Lobo le acarició el pelo e hizo una mueca de fastidio antes de besarla por última vez.

—Nos vemos en doce días —dijo a modo de despedida. Luego se dio la vuelta y se marchó caminando.

Naia entró en la residencia y se acostó sintiéndose esperanzada por primera vez en mucho tiempo. Construir... no reconstruir. Eran conceptos distintos. Ahora lo entendía.

Lobo

El Cábala parecía más vacío de lo habitual sin ella, sin Naia. O al menos eso le parecía, a pesar de que el aforo del local estaba al completo.

Era la una y media de la madrugada de la última noche del año, o más bien, de la primera. Había cenado con su familia en una atmósfera que no tenía nada de especial. Solo él, su madre y su hermana en la mesa de siempre, degustando en silencio una pizza que había comprado en el supermercado y cocinado en el horno. Nada más terminar su porción, su madre se había marchado. Iba a tomar las doce uvas tradicionales de Nochevieja con sus compañeras de trabajo en un bar de copas donde, seguramente, también estaría ese hombre. Las relaciones de su madre siempre habían sido tristemente tóxicas y su *affaire* con el encargado del supermercado no parecía distinto. A Lobo le daba igual.

Sara había anunciado que se quedaría en casa viendo una película, por lo que Lobo se vio libre para salir a tomar algo con Marina y Ruth. Lalo tenía planes y Lin se había ido de Madrid por vacaciones, igual que Inés y Naia.

Las doce campanadas de la medianoche lo pillaron caminando en dirección al Cábala. Daba lo mismo. La fortuna nunca había estado de su parte, y no era supersticioso. Doce uvas no iban a prevenir ni favorecer la suerte en su caótica vida.

A las doce y un minuto había recibido un mensaje. Era Naia.

«Feliz Año Nuevo. Te echo de menos», decía. A Lobo se le había encogido el corazón mientras una sonrisa se dibujaba en su cara. Le había respondido de igual manera.

—¡Qué cara más larga tienes, tío! —le dijo de pronto el camarero del Cábala, mientras pedía.

No es que fuesen amigos, ni siquiera recordaba su nombre, ya que todo el mundo lo conocía por su apodo, Freddie, gracias a su notable parecido físico con el famoso cantante de Queen que se debía, sobre todo, a su bigote; pero Lobo le sonrió, agradecido.

—No te preocupes, es que no estoy fino.

—Bueno, a esta copa te invito.

—Gracias, tío.

Lobo se tomó la mencionada copa en compañía de sus amigas que, como siempre, estaban más que absortas la una en la otra. Pero así era el amor. Comenzaba a entenderlas un poco, sin embargo, a eso de las tres decidió marcharse.

Caminaba con la mente perdida en sus cosas cuando algo llamó su atención. No se había alejado demasiado del Cábala y no había muchos bares de copas por esa zona, pero algo en aquella escena despertó sus alarmas. En un callejón dos chicos cargaban con una chica que parecía muy borracha, tanto que no se tenía en pie.

Se detuvo y observó. La oscuridad de la calle no le dejó distinguir los rasgos de ninguno de ellos, pero en ese momento unas luces rojas y azules destellearon, reflejándose en las ventanas y escaparates de los comercios cerrados. Era un coche patrulla que pasaba en silencio por la calle perpendicular. Ambos chicos, asustados, dejaron de sostener a la chica que cayó al suelo, desmadejada. Corrieron como alma que lleva el diablo en dirección a Lobo, que tuvo el tiempo justo para esconderse detrás de un contenedor de basura. La sangre se le heló en las venas al ver a ambos a la luz de un portal. Los reconoció al instante. Raúl y Jorge Díaz. Jorge, su mejor amigo de la infancia. No podía creerlo...

El coche patrulla desapareció entonces en el giro de la calle y Lobo supo que tenía que actuar rápido, ya que ellos podían regresar. Se acercó a la chica, prudente, y comprobó que estaba

desmayada pero respiraba bien. La cogió. No era grande, de modo que pudo con ella sin problema. La arrastró a dos calles de distancia y se escondió en el cajero de una sucursal bancaria. Allí, buscó en el bolso de la chica su móvil. Por suerte, no se desbloqueaba con PIN, sino con la huella dactilar, de modo que fue fácil acceder a sus últimos mensajes. Tenía un grupo de Whatsapp con sus amigas. Llamó a una de ellas.

—Lore, ¿dónde estás?

—Hola... eh... tu amiga estaba desmayada en la calle —mintió Lobo—. ¿Puedes venir a por ella?

—¡Qué cojones! ¿Quién eres?

Lobo suspiró, le dijo la dirección exacta del cajero donde se encontraban y luego salió. Sabía que no era la mejor opción para su propia seguridad, y por eso estuvo un rato debatiendo consigo mismo, pero finalmente esperó a la llegada de las amigas. Eran tres. Todas estaban algo bebidas, pero era lo normal en la noche de fin de año.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué le has hecho a Lore? —preguntó una de ellas, encarándole.

—Nada, yo solo la he encontrado así —dijo Lobo.

—¿Por qué debemos creerte? —inquirió otra de las amigas.

—Porque os he llamado.

—Si no has sido tú, ¿sabes quién ha sido?

Lobo mantuvo una lucha interna. No podía revelar que conocía la identidad de los verdaderos agresores de esa chica. Sabía que eso podría acarrear consecuencias terribles para él, para su familia y para todos quienes se relacionasen con él. La gente con la que había pasado su adolescencia, la misma banda a la que Jorge todavía pertenecía y, probablemente, también Raúl, no perdonarían que Lobo se fuese de la lengua. Ser un traidor era una cosa, pero ser un soplón era otra muy distinta.

—No tengo ni idea —declaró él—. Yo iba por la calle y la vi tirada en el suelo. Me acerqué y vi que estaba así, no podía dejarla ahí.

Dos de las amigas parecieron conformes con su explicación, pero la tercera continuó mirándole con desconfianza. Quiso llamar a la policía y le preguntó en varias ocasiones cuál era su nombre, pero Lobo consiguió escaquearse con relativo éxito y marcharse sin dar más explicaciones.

Ojalá no hubiese salido de casa esa noche.

«¿Que si conozco a Sara Lobo? Mira, no sé quién eres pero no quiero saber nada con esa zorra, no me escribas más».

Ese había sido el mensaje de respuesta de Andrea Pina a través de Instagram. Sin duda, su estrategia de acercamiento había sido del todo errónea. Lobo había decidido preguntarle directamente, y se había equivocado. Por consiguiente, se encontraba ese día frente a las puertas del centro sociolaboral en el que estudiaba esa chica, con la esperanza de verla entrar o salir. Sin embargo, las vacaciones de Navidad acababan de finalizar y los lugares como aquel no se caracterizaban por alumnos con un expediente de asistencia ejemplar.

Había preguntado a varias chicas que salían del centro y todas se habían encogido de hombros con indiferencia ante la mención de ese nombre: Andrea Pina.

Finalmente, a mediodía, Lobo se dio por vencido y regresó a casa. Esa tarde tenía que volver a quedarse en el taller, ya que había un pedido grande, y lo más importante: había quedado con Naia.

Abrió su aplicación de Instagram en el móvil y revisó los últimos mensajes. Reacciones a las fotografías que Naia había posteado a lo largo de esas vacaciones. También los comentarios que ella misma había dejado en la segunda fotografía que él había subido. La que se habían hecho juntos en aquella plaza.

En ese momento Lobo apenas tenía seguidores, pero a partir de aquella publicación el contador había empezado a subir: Lalo, Inés, Lin, Ruth y Marina, y una de las amigas de Naia de su ciudad, una tal Carla. Aun así, había decidido mantener su perfil privado. Solo por si acaso. No quería que ciertas personas lo encontrasen.

En ese momento se dio cuenta de que tenía una solicitud de amistad. Curioso, la aceptó. Solo entonces se dio cuenta de quién se trataba: Evelyn.

—Mierda —masculló. Todavía no sabía usar bien la aplicación, por lo que tardó un par de minutos en encontrar la forma de bloquearla. Cuando por fin lo consiguió, suspiró tranquilo, aunque también se reprendió a sí mismo por ser tan temerario. Había una razón por la que no había querido usar las redes sociales, y no debía olvidar la cautela.

Se disponía a reanudar su camino de vuelta a casa cuando alguien en la acera, frente a él, llamó su atención. Caminaba en dirección contraria a la suya, de modo que, de un momento a otro, se cruzaría con él. No cabía duda, era ella.

—¿Andrea Pina? —dijo en voz alta cuando apenas los separaban un par de metros.

La chica, una adolescente, lo miró con desconfianza al principio. Luego deslizó sus ojos oscuros desde su cara hasta sus pies, regresando de nuevo arriba. Tras ese repaso, sonrió con coquetería.

—¿Te conozco? —preguntó.

—Conoces a mi hermana —contestó él, tanteando el terreno—. Y necesito tu ayuda.

Su mirada se ensombreció. Era lista, ató cabos de inmediato.

—¿Eres el pirado que me escribió preguntando por Sara?

—Sí —admitió Lobo—. Pero solo quiero hacerte una pregunta, es muy importante.

—Mira, tío, yo no soy una chivata y no quiero líos, que bastante tengo —rugió, furiosa—. Tu hermana me golpeó con una silla y me rompió la muñeca. Está loca y se merece todo lo que le pasó. Las putas siempre serán putas.

Lobo quedó atónito ante esa reacción. ¿De qué demonios hablaba?

—¿Cómo? ¿Qué le pasó?

—Pregunta en ese antro de mierda donde nos tenían, ¡menudo agujero! —replicó ella, alejándose—. Pero no vuelvas a hablarme o te denuncio.

Aquel encuentro había sido tan revelador como alarmante. Con cada paso que Lobo daba más cerca de la verdad sobre lo sucedido con su hermana, más miedo tenía de lo que podía descubrir.

Cansado y tremendamente preocupado, regresó a casa.

12

Hacía menos de dos horas que Naia había llegado a Madrid.

Maribel le dio la bienvenida con alegría nada más traspasar la entrada de la residencia y le contó que había pasado fin de año con su familia y que, al volver al trabajo el día dos de enero, había descubierto que algunas residentes habían llevado a cabo una pequeña fiesta, a pesar de la prohibición. Por eso, la dirección se estaba planteando algunas sanciones.

A Naia no le sorprendió la noticia e incluso se alegró de que por fin se hubieran percatado del continuado incumplimiento de las normas que Evelyn y su grupito mostraban, pero tras varios minutos escuchando a Maribel por cortesía, fingió ganas de ir al baño para poder escaparse. Se moría por subir a su habitación, dejar el equipaje, asearse un poco y correr al taller para ver a Lobo.

Inés todavía no había regresado, le había escrito que llegaría de madrugada, así que quedaron en encontrarse directamente en el bar, el Cábala.

Era sábado. A Naia le había costado un poco convencer a sus padres para que la dejaran volver un día antes, pero lo había conseguido. Les tuvo que contar que necesitaba quedar con una compañera de clase para preparar una presentación conjunta que iban a hacer en clase durante la primera semana tras las vacaciones. Lo cierto era que, si hubiera sido por ella, hubiera regresado mucho antes.

Las fiestas navideñas nunca habían sido de sus favoritas, pero desde la muerte de Nora lo eran todavía menos. Creyó que ese año se sentiría más ilusionada tras haber pasado tres meses lejos de su familia, pero no había sido así. No solo porque echaba alarmanamente de menos a Lobo, sino porque algo en su forma de ver su vida estaba empezando a cambiar.

—Oye, mamá, se me ocurre que... ¿y si donamos algo de la ropa de Nora? Está ahí, en el armario, y yo no voy a ponérmela —comentó como de casualidad una tarde después de Navidad, mientras leía en el sillón del salón y su madre veía la televisión. Acababan de emitir un reportaje sobre la caridad en fechas navideñas.

—¡Qué tontería, Naia! Esa ropa es suya, ¿por qué la íbamos a donar?

A Naia aquella respuesta le pareció absurda, pero no dijo nada. Tampoco mencionó el hecho de que pusieran un planto en la mesa de Nochebuena y en la comida de Reyes para Nora, como hacían cada año, como si fuese a aparecer de un momento a otro. Sin embargo, ahora veía aquello con otros ojos, ahora comprendía que la manera en que su familia afrontaba la pérdida había sido, desde el inicio, muy distinta de la de Naia. Incluso ahora, tres años después, sus caminos convergían de forma tan abrupta que la chica se sentía cada vez más incómoda en su propia casa. Alejarse le había ayudado a tomar perspectiva, a comenzar a superarlo... a ser ella misma y no el reflejo de Nora.

—Toc, toc —dijo alguien desde la puerta entreabierta de su habitación, sacándola de su ensimismamiento.

Naia levantó la mirada y se quedó de piedra al ver que se trataba de Evelyn.

—¿Qué pasa? —quiso saber.

—¿Puedo? —Evelyn no espero su invitación, entró en la estancia y cerró tras de sí. El pelo del color del carbón le caía en pulcras ondas sobre un jersey beige. Sonreía y parecía amable.

—¿Qué quieres? —insistió Naia.

—Yo... bueno, me he enterado de que estás con Lobo.

—¿Cómo? ¿Quién te lo ha dicho?

—Un pajarito —canturreó, aunque luego sacó el móvil del bolsillo de sus vaqueros y le mostró la imagen que Lobo había subido a su Instagram, aquella en la que salían ambos—. Me sorprendió mucho verlo. No me esperaba que Lobo cediese a la presión social y cayese en las garras de las redes sociales, pero debes tener mucha influencia sobre él.

—Yo no le dije que...

—En realidad no me importa —interrumpió Evelyn, todavía con una sonrisa que, sin embargo, escondía algo oscuro—. Vengo a advertirte.

—¿Advertirme?

—Sí, supongo que ya lo sabes todo sobre él, pero aun así quiero asegurarme de que sabes dónde te estás metiendo. Estar con él no es fácil, mucho menos para alguien como tú —comentó en un tono de amabilidad fingida.

—¿Alguien como yo?

—Sí, ya sabes... una santita.

Naia casi tuvo ganas de reír. ¿De qué iba esa chica? ¿Acaso creía que la conocía?

—Oye, mira, si has venido a burlarte o a ponerte en plan ex novia celosa, mejor vete.

—No soy su ex novia, solo me acostaba con él. Imagino que es más o menos lo que haces tú —replicó con acidez—. La diferencia es que yo siempre tuve claro que él no buscaba nada más, pero creo que tú... esperas otra cosa. Déjame decirte que no vas a conseguir de él mucho más que un par de polvos, cariño. Y en realidad eso es lo mejor para ti, porque Lobo... es complicado.

Naia no sabía qué responder. Tenía claro que el único objetivo de Evelyn con esa visita era desestabilizarla, llenarla de dudas e inseguridades; pero, al mismo tiempo, no podía evitar plantearse qué era exactamente lo que esperaba de Lobo. ¿Quería sexo? ¿Quería amor? ¿Ambas cosas? Ante su silencio, Evelyn continuó hablando. Incluso se sentó a los pies de su cama, con una confianza abrumadora.

—Al principio te atrae con su misterio, sientes que necesitas desentrañarlo y te engancha, créeme, lo sé... pero luego te das cuenta de que, simplemente, no te tiene en cuenta. No eres más que una muñequita para él, un desahogo. Y no me entiendas mal, en la cama es... ¡Uff! ¡Puro fuego! Si algo añoro es eso —exclamó Evelyn, con una sonrisa tan sugerente como taimada—. Pero no merece la pena, no cuando empiezan los secretos, las sospechas... Cuando te hace luz de gas, cuando no te llama o no te responde los mensajes —continuó parlotando—. Imagino que aún no estás en ese punto, pero llegará. Ya lo verás. Cuando le hagas preguntas o le pidas algo.

Naia luchó por mantener una expresión impasible, no quería darle el gusto de ver que sus malévolas intenciones habían surtido efecto, así que cruzó los brazos sobre el pecho y guardó silencio. Tras un instante sosteniéndole la mirada, Evelyn se levantó y se dirigió a la puerta. Sin embargo, se detuvo antes de salir.

—¡Ah! Y estoy segura de que ya habrás oído los rumores —añadió—. No lo llegué a confirmar, pero lo de que Lobo estuvo en la cárcel... lo veo muy posible.

Naia no pudo seguir con la farsa. Notó cómo su cara de desencajaba y dejó caer los brazos, sin fuerza. ¿La cárcel?

—¿Qué?

La sonrisa de Evelyn se hizo más amplia de lo que nunca la había visto.

—Es solo un rumor, aunque yo lo tendría en cuenta... por si acaso.

Y, sin más, Evelyn desapareció.

En cuanto se quedó sola, Naia trató de soltar en un suspiro toda su tensión. Fue imposible. Aquel había sido un enfrentamiento en toda regla, lo sabía, y aun así algo en su interior se había oscurecido. ¿Cuántas cosas de las dichas por Evelyn podía tomar en serio y cuántas eran puro cuento? Sabía que mucha gente creía que Lobo solo jugaría con ella para después apartarla como un *kleenex* usado, Inés había sido la primera en advertirle, pero Naia ya había superado ese temor... más o menos. Sin embargo, qué Lobo hubiera estado en la cárcel no era algo posible de ignorar. ¿Sería cierto? ¿Cambiaría algo si ese fuera el caso?

Con el corazón algo encogido, Naia se terminó de arreglar y acudió a su cita.

13

Al verlo salir del taller, Naia sintió emociones contradictorias. La alegría era desbordante, las ganas de abrazarlo, de besarle y no separarse... Y luego la desconfianza, el recelo... estaban ahí y no podía ignorarlo. Se había convertido en una molestia constante que reclamaba su atención desde algún lugar de su cerebro, inundado, por otra parte, de dopamina y serotonina, las hormonas que nos convierten en idiotas durante el enamoramiento.

En ese momento, no obstante, Lobo fijó sus ojos verdes en ella y todas las dudas parecieron evaporarse, como desintegradas por un letal rayo láser. Casi le hizo gracia y le dio miedo al mismo tiempo, sentir que con solo una mirada ese chico podía trastocar sus emociones de ese modo. Pero Naia no pensó más en ello, si era peligroso o no, no le importaba. Se lanzó al peligro.

—Hola —murmuró.

Lobo, por su parte, avanzó hasta atraparla entre sus brazos y la alzó. Los pies de Naia se despegaron del suelo y una salva de fuegos artificiales estalló en su pecho. Había calor, adrenalina, expectación... y entonces él se acercó y la besó. Sus labios la reclamaron como por derecho propio, de manera suave, pero firme. Su lengua se abrió paso y conquistó la voluntad de Naia en tiempo récord, haciéndola gemir ligeramente y amoldarse a su abrazo, sin reservas.

Lobo la dejó de nuevo en el suelo, sin dejar de besarla, y deslizó sus manos desde la cintura hasta sus mejillas. Profundizó el beso y Naia se dejó hacer, disfrutando de cada caricia húmeda, de ese sabor que había echado de menos más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Finalmente, él se separó, con la respiración algo alterada.

—Hola —respondió a su saludo, algo tarde, quizás. Naia rio—. ¿Has cenado?

—No.

—Pues vamos.

Y se puso en marcha, cogiéndola de la mano.

Fueron al mismo restaurante de hamburguesas de su primera cita, pero esta vez Naia no estaba tan cohibida. Hablaron, mucho y de muchas cosas, pero sobre todo de cómo había sido pasar esas fechas tan familiares y emotivas con sus respectivas familias. Naia le habló a Lobo de sus nuevas conclusiones respecto del modo en que sus padres vivían con el recuerdo de Nora constantemente presente, casi impuesto en sus rutinas. Le confesó que, por primera vez en diecinueve años se había sentido incómoda en lo que, hasta entonces, era su hogar. También con Carla, su amiga. La adoraba, eran inseparables desde los doce años, pero no podía evitar pensar que a las tres mosqueteras les faltaba una integrante y que, a menudo, Carla la comparaba con Nora. La noche de fin de año Naia apenas había bebido, pero su amiga había disfrutado de varias copas. De madrugada y en pleno cotillón ambas empezaron a recordar las más remarcables anécdotas de su adolescencia. Hubo risas y mucha nostalgia... hasta que Carla dijo.

—Era genial. Ninguna podremos estar nunca a su altura.

Y se marchó bailando a la barra, a por otra copa.

Naia regresó al presente, a su cena con Lobo.

—En ese momento la odié un poco a ella, y me odié mucho a mí misma, porque pensé que estaría bien estar enferma para que las personas a las que quiero me consideren tan genial —declaró Naia, avergonzada—. En cuanto me di cuenta de lo horrible que había sido ese pensamiento, me pregunté cómo era posible que fuese mío. Quizá sea cierto... Nora era mucho

mejor que yo.

—No dudo de que tu hermana fuese genial, pero sois personas diferentes, no sois comparables —replicó Lobo, que había terminado su hamburguesa y la escuchaba mientras sorbía una Coca-Cola.

A Naia le fascinó el hecho de que él siempre pareciese saber qué decir para hacerla sentir mejor.

—¿De verdad lo crees? —preguntó—. ¿No piensas que soy una mala persona por pensar algo así?

—Si algo he aprendido en mi vida es que pensar algo no te hace mala persona, y que muchas veces nos pasan por la cabeza cosas que ni nosotros imaginamos —respondió él, estirando la mano para coger la de ella sobre la mesa—. Que tu hermana sufriera tanto no significa que tú no puedas sufrir. No puedes poner en una balanza su enfermedad y tus problemas, no es una competición, y pensar que lo es puede convertirse en resentimiento. Eso hace que pienses cosas horribles que, de otra manera, no pensarías.

Naia lo miraba, embobada. ¿Cómo era posible que alguien como él pudiese entender sus sentimientos de manera tan acertada? ¿Qué había vivido para llegar a esas conclusiones tan desgarradoras? De inmediato, recordó su conversación con Evelyn. ¿Sería por ese cuento de que Lobo había estado en la cárcel? Naia no se lo podía quitar de la cabeza, y se moría por preguntar.

—¿Cómo es que tienes respuestas tan profundas para todo?

Lobo sonrió.

—Soy un tío profundo, a pesar de lo que parezca a simple vista.

—Pero... ¿Qué te sucedió?

Al instante, Lobo se envaró. Retiró su mano de la de ella y apuró su bebida de un trago.

—Yo... te lo contaré —dijo, incómodo—. Pronto... Lo prometo.

Él se levantó de la mesa y Naia sintió vértigo. Evocó entonces las palabras de Inés cuando le dijo que Lobo no era de fiar... ¿Acaso ella había escuchado el rumor? Pensó también en las preguntas que Carla le había hecho sobre él y que Naia no había sabido responder. Había lagunas de información que, de pronto, a ella le parecieron demasiado profundas.

Se estaba enamorando de un chico del que no sabía nada, de un atractivo misterio... pero, si lo que encontraba al zambullirse en esa relación era esa verdad, si la historia era cierta y Lobo había estado encarcelado, podía ser peligroso. Pero... no lo era. Naia lo había visto, estaba segura.

En ese momento fue terriblemente consciente de que, incluso aunque fuese verdad que Lobo era un exconvicto, no sería razón suficiente como para borrar lo que ya sentía por él. Ni siquiera estaba segura de tener miedo en ese caso... porque ya nada haría que Lobo dejase de importarle. Así que se lanzó, sin red.

—¿Estuviste en prisión? ¿Es eso?

Lobo se quedó helado. Su expresión se transformó. Naia nunca lo había visto así, asustado. Se arrepintió al instante de haber sido la causante de tal emoción.

—¿Quién te ha hablado de eso? —quiso saber, volviendo a tomar asiento frente a ella. Al menos, no lo negó.

—He oído rumores.

Lobo permaneció callado un minuto. Sus ojos estaban ensombrecidos, de un tono verde bosque que, aun con esa mirada suspicaz, a Naia le cortaban el aliento. Pero no habló. Esperó paciente a que él decidiera revelar sus secretos. Finalmente, Lobo suspiró.

—Sí, es cierto. Pasé cuatro años en un centro de menores, y si no te lo he contado es porque

me aterra que eso sea demasiado para alguien como tú —contó. Sus manos jugaban y se enredaban consigo mismas. Estaba nervioso.

—Estoy harta de que la gente crea saber cómo soy, qué es lo que soporto y qué no —replicó entonces Naia, molesta. Lobo alzó esos ojos de bosque y se puso pálido.

—Lo siento, yo... tienes razón —cedió—. Pero es difícil para mí hablar de esto.

Fue entonces cuando Naia se dio cuenta. Lo estaba forzando. Le obligaba a hablar de algo para lo que no estaba preparado, igual que su familia y su entorno cercano le había obligado a hablar de Nora desde su muerte.

—No, no. Tú tienes razón, yo lo siento —dijo, cogiendo las manos de él entre las suyas—. Soy una egoísta. Solo he pensado en mí. Perdóname, no tienes que...

—Cuando tenía catorce años entré en una banda, gente mala —interrumpió—. Yo no lo veía entonces, solo entendía que eran personas que no se conformaban con la miseria y tomaban lo que querían, sin pensar en nada más. Entonces me pareció algo bueno para mí y para mi familia, ¿sabes? Pero con el tiempo empecé a hacer cosas que antes me hubieran parecido... cuestionables —explicó, con la mirada sobre la superficie de la mesa. Estaba avergonzado—. Robar cosas que no necesitaba, destrozar coches, bancos, quioscos... por el simple hecho de hacerlo. Por diversión.

Su expresión se contrajo y Naia presionó con sus manos las de él, para infundirle ánimos. Lobo continuó.

—Yo era todavía demasiado joven, pero sabía que algunos de los mayores consumían y trapicheaban con drogas. Algunas veces los acompañaba para intimidar a los que no pagaban las deudas, ya sabes, para hacer bulto. Pero en una ocasión comenzaron a pegarle una paliza a un chico. No lo conocía, solo decían que era un pijo que les debía mucho dinero, así que les seguí como la oveja que era —su voz se quebró un poco en ese punto. Sabía que venía lo peor—. El chico recibió muchos golpes, yo también le di, y en un momento dado, cayó por unas escaleras y... se rompió la columna.

—Dios mío...

—No fui yo quien lo hizo caer, durante mucho tiempo creí que sí porque en el momento en que vieron lo que había sucedido, los mayores me echaron la culpa. No pararon hasta convencerme de ello —explicó—. Y yo escapé. Alguien llamó a una ambulancia, supongo, no sé qué pasó. Solo sé que horas más tarde la policía me encontró. Pero era un idiota. Por dentro el arrepentimiento me consumía, pero me habían enseñado a mentir siempre, a negarlo todo y a defenderme de los policías. Ellos eran siempre los malos, ¿entiendes?

Naia asintió, con lágrimas en los ojos. Podía notar su angustia, y le rompía el corazón.

—Lo que no sabía es que toda la banda, mis supuestos amigos, se habían puesto de acuerdo para culparme solo a mí. Tenían todos una declaración ensayada y se justificaron diciendo que yo era menor, que solo pasaría un tiempo en un centro y saldría en pocos años como si nada hubiera pasado —siguió contando. Fue entonces cuando Naia vio la primera lágrima deslizándose por su mejilla. No pudo evitar secarla con su mano—. Pero cuando me internaron, mi madre perdió el control sobre su adicción a la bebida, así que los servicios sociales le quitaron a mi hermana, que entonces tenía diez años. Mi familia quedó destrozada por mi culpa...

Ahora lo entendía todo.

—Construir de cero —murmuró Naia, con los ojos anegados de lágrimas.

—Me perdí a mí mismo en el momento en que elegí el camino equivocado, y desde entonces he estado tratando de resarcirme, Naia. Lo intento, pero es tan difícil...

Emocionada, Naia se levantó de su asiento, al otro lado de la mesa, y se acercó a él. Abrazó

sus hombros, su cabeza, y le besó el pelo, la frente... Lobo le rodeó la cintura con fuerza y lloró en su hombro durante varios minutos. Finalmente, se calmó.

La mente de Naia, por otra parte, era un hervidero. Las dudas, las inseguridades, los miedos... todo eso se había diluido en otra sensación muy distinta. Algo que le quemaba el pecho, que tiraba de su corazón y le hacía sentir un nudo en la garganta. Solo quería consolar a Lobo, mostrarle que entre los dos podían reunir las piezas de sí mismos y formar algo bonito, juntos. Pero entonces escuchaba a Evelyn riéndose en su cabeza, asegurándole que tarde o temprano, él se cansaría y ella... ella se volvería a romper. Pero ¿acaso podía evitarlo? Ya era tarde. Estaba enamorada de Lobo y sus secretos, en lugar de atenuar esa emoción, la habían fortalecido hasta límites insospechados. Era muy posible que se hubiera vuelto loca, pero ahí, en ese bar, abrazando a Lobo, era exactamente donde sentía que tenía que estar.

—Gracias por contármelo —murmuró.

Lobo levantó la cabeza y miró a Naia a los ojos. Los suyos estaban brillantes, pero llenos de alivio. Él sonrió levemente y la arrastró hasta sentarla en su regazo. Luego le acarició el pelo en un gesto lleno de ternura, hasta dejar su mano en la base de su cuello.

—Eres increíble, Naia —murmuró. Entonces, la besó. Un beso cargado de electricidad, de magnetismo....

Una corriente candente le recorrió el cuerpo, de la cabeza a los pies, y se apretó contra él, dejando que sus lenguas se buscaran y se encontraran como en una lucha encarnizada. La temperatura se disparó en cuestión de segundos, Naia sintió su cuerpo reaccionando de maneras que le resultaban extrañas. Nunca antes había sentido tanto calor en las manos, como si necesitasen tocar a otra persona. Tampoco había sentido nunca la necesidad de deshacerse de la ropa, ni ese cosquilleo incandescente entre sus piernas. Al menos no con compañía.

Se asustó. Como movida por un resorte, puso fin a aquel beso y se levantó. Le ardía la cara, y prácticamente todo el cuerpo.

—Creo que... deberíamos irnos.

—¿Adónde? —quiso saber él, confuso.

—Al Cábalá.

Lobo torció el gesto.

—Tal vez podríamos ir a otro sitio.

—He quedado con Inés allí —replicó Naia—. Vamos, solo por esta noche.

Finalmente, Lobo accedió. Pagaron la cena y pusieron rumbo al local cogidos de la mano. La alegría efervescente de antes ya no estaba, había sido sustituida por una atmósfera más pesada, concentrada, pero también más íntima, más profunda. De alguna manera Naia sabía que esa conexión que tenían se había fortalecido, a pesar de todo lo que se había manifestado en contra. Una conexión que parecía llevarla directamente a otro nivel, a uno en el que cada contacto con su piel, incluso sus manos unidas, lanzaba chispas que recorrían y calentaban su cuerpo. Deseo. Eso era. No cabía duda. Lo deseaba más que nunca.

Lobo

Llegaron al Cábala a medianoche. Era pronto, pero ya había gente abarrotando el espacio en torno a la barra. Lobo se abrió paso hasta llamar la atención de Freddie, el camarero.

—¿Qué pasa, tío? —saludó el hombre. Luego reparó en Naia y le lanzó a Lobo una sonrisa pícaro bajo su poblado bigote—. Te veo más animado.

—Ya ves.

Lobo pidió sus copas mientras Naia miraba a su alrededor, seguramente buscando a Inés. Parecía algo agobiada, y eso lanzó una punzada de preocupación a su corazón.

Se había abierto en canal con ella. No quería seguir ocultándole parte de sí mismo, sobre todo después de que ella hubiese sido tan franca sobre su hermana y cómo se sentía desde su muerte. Se había visto obligado a corresponderla, y no quería tener miedo de haberse equivocado.

Tener confianza era algo que le costaba. Todas las personas de su vida lo habían traicionado en un momento u otro: su padre, su madre, sus supuestos amigos... Todos excepto Sara. Así que le costaba bastante tener fe en los demás. Pero con Naia... Había algo entre ellos, algo inexplicable, casi mágico. Lo sentía en los huesos. Y también había sentido cómo ella se había asustado tras compartir aquel beso tan... intenso.

Supo en ese momento que había demasiadas cosas nuevas para Naia, cosas con las que no había contado y que, en parte, lo ponían nervioso. ¿Sería capaz de llevar su ritmo o terminaría estropeándolo en algún momento? Se esforzaría, eso lo tenía claro... Naia lo valía.

—Ahí está —señaló Naia hacia un punto entre la gente. Inés y Lalo se encontraban en la zona de las dianas, jugando a los dardos. Ruth, Lin y Marina se encontraban, por su parte, donde siempre: en el sofá borgoña.

Lobo se dispuso a seguirla pero en ese momento Freddie lo agarró del brazo.

—Una cosa, ten cuidado con el vaso de tu chica —advirtió—. No sé si te has enterado pero en fin de año hubo una violación por la zona.

A Lobo se le congeló la sangre en las venas.

—¿Cómo?

—Sí, no sé qué pasa últimamente —mencionó Freddie—. Aquí ya ha habido unas cuantas sospechas de chicas drogadas en los últimos meses. Es una jodida plaga, la gente está enferma.

—Sí... lo está.

Con la mente bullendo, Lobo se reunió con Naia y sus amigos. No podía quitarse de la cabeza el hecho de que los culpables podían ser Jorge y Raúl. Al fin y al cabo, no había duda de que ellos habían drogado a aquella chica en Nochevieja. ¿Acaso después de dejarla a ella, fueron a por otra víctima? A Lobo le entraron ganas de vomitar, así que dio un largo trago a su cerveza. ¿En eso se había convertido su antiguo amigo? ¿Acaso se había podrido tanto como para convertirse en un animal que abusaba de mujeres indefensas? Se sintió asqueado, tanto que tuvo que sentarse en una banqueta, fingiendo que miraba a Lalo e Inés jugar a los dardos.

Poco después Naia lo buscó con la mirada. Se acercó a él, curiosa.

—¿Estás bien? —quiso saber. La adoró por ello, por la preocupación que destilaban sus ojos claros.

—Yo...

No sabía qué podía decirle. No podía contarle la verdad. No podía decírselo a nadie, por su propio bien.

—¿Es por lo de antes? —Lobo la miró, sin comprender—. No digo por lo que me has contado, sino por lo de... después.

¿Se estaba refiriendo al beso?

—No, Naia, no es...

—Ven.

En ese momento le cogió la mano y lo llevó hasta el pasillo de la salida de emergencia, un espacio que, aunque angosto y oscuro, solía estar vacío. La música ahí se escuchaba algo amortiguada, al ser el punto más alejado de los altavoces.

—No es que no quiera, ¿vale? —dijo Naia a bocajarro, en cuanto estuvieron solos—. Ya sé que esperas un poco más de... acción. Y yo también. Pronto, pero todavía tengo que... hacerme a la idea. Es solo eso.

Lobo la miró, entre sorprendido y divertido.

—Naia, ¿estás hablando de sexo?

No podía verle la cara con claridad, pero hubiera apostado todo lo que tenía a que su piel estaba roja como un tomate. No pudo evitar sonreír.

—Bueno, sé que tú... bueno, Evelyn me ha dicho que...

—Un momento, ¿qué? ¿Has hablado con Evelyn? ¡¿Por qué?!

—Ha sido ella, ha venido a mi habitación...

—Escucha, no hagas caso de nada de lo que te diga —declaró Lobo, molesto y enternecido al mismo tiempo—. Ella no tiene nada que ver contigo, ¿entiendes? Sois personas totalmente opuestas, créeme.

—Entonces, ¿por qué saliste con ella?

Aquella pregunta era difícil de responder, pero Lobo decidió ser sincero. Hasta entonces esa había sido, en todo momento, la mejor opción.

—Mira, Naia, no te voy a decir que las cosas con ella fueran distintas al principio. Al fin y al cabo, siempre es lo mismo. La vi y me pareció guapa. Igual que te vi a ti y me atrajo tu aspecto —explicó él—. Pero ahí terminan las coincidencias.

—¿Qué es distinto conmigo?

—Todo, Naia. Todo —replicó, firme. Aun así, pudo ver el temor de Naia, lo que le hacía sentir vulnerable—. ¿Qué es lo que te preocupa?

—Que... que yo no sea bastante y te... aburras.

—Naia...

—Yo no tengo experiencia, yo... tal vez te guste, y tú me gustas mucho, pero ¿y si no me siento preparada nunca? —farfulló ella, a Lobo le pareció adorable—. Soy idiota...

Le cogió la cara entre las manos y la besó, breve y directo, en los labios.

—¿Qué te parece si dejas de angustiarte por cosas que no tienen sentido? —pidió Lobo. Luego bajó la voz hasta convertirla en un susurro y se acercó a su oído—. Me muero por acostarme contigo, eres preciosa y estoy seguro de que será genial cuando suceda, pero no tengo prisa, Naia. Quiero seguir conociéndote, descubriendo lo que te gusta y lo que no, y quiero que tú me conozcas y veas que Evelyn se equivoca. Yo no me aburro por falta de sexo, si me aburro es por falta de personalidad.

Estaban muy cerca, tanto que sintió cómo ella se estremecía. Aspiró su aroma dulce, afrutado, y se apartó un poco para mirarla a la cara. Ella se reía, quizá algo avergonzada, pero Lobo se alegró de haber disipado sus miedos, al menos, por el momento.

No pudo evitarlo, se inclinó de nuevo y volvió a besarla, profundo esta vez. La caricia de su boca y su sabor eran increíbles, resultaba absurdo pensar que pudiera llegar a aburrirse de esa

frescura, de la dulzura de Naia.

—Vamos, estos se preguntarán qué hacemos —susurró contra sus labios, húmedos, incitantes.

—Espera —jadeó ella, rodeándole los hombros con los brazos y atrayéndolo de nuevo.

Se besaron con pasión, tanto que Lobo sintió que se acercaba al límite. Sus lenguas entrelazadas, los bajos gemidos que ella emitía, sin ser consciente, y el hecho de que notaba cada una de sus curvas contra su cuerpo, lo estaban poniendo a cien.

En ese momento, algo inesperado sucedió.

La música cesó de repente y se escuchó un revuelo y un coro de voces más altas de lo habitual. Algún que otro grito, más de sorpresa que de horror, rasgó el ambiente. Lobo y Naia se separaron y se asomaron al local. Algunas personas corrían hacia la puerta, tratando de huir sin éxito, pero un puñado escapó por la salida de emergencia, a pocos pasos de donde ellos se encontraban. La mayoría de los presentes, sin embargo, permanecieron quietos mientras un equipo de policías y tres perros barrían el local. Poco a poco los agentes detenían contra la barra a las personas que los perros señalaban. Todos ellos, solo cuatro, llevaban encima marihuana o hachís.

De repente una linterna alumbró en su dirección, cegándoles. Un perro apareció como de la nada y comenzó a olfatear a Lobo.

—¡Eh! Creo que es este —alertó el policía que no apartaba la linterna de la cara de Lobo.

Antes de poder entender qué estaba pasando, alguien lo agarró con fuerza del brazo y lo arrastró hacia la barra, con los demás.

—¿Qué pasa?

—Quedas detenido, chaval, como sospechoso de un delito de sumisión química —anunció el policía que le agarraba. Fue entonces cuando sintió el frío metal de las esposas contra su muñeca.

En otro tiempo se hubiera puesto furioso, habría peleado y gritado hasta desgañitarse, pero en ese momento solo sintió el mordisco helado del terror. No... otra vez no.

Miró a Naia, que tenía una expresión indescriptible. Trató de decirle que no sabía de qué iba aquello, que no había hecho nada malo, pero no le salieron las palabras. Aquello no podía ser más que una pesadilla.

14

Atónita, Naia vio cómo se llevaban a Lobo de su lado. No entendía nada de lo que estaba pasando, solo era capaz de comprender que la expresión de la cara de Lobo era la de alguien aterrado, confuso y sí, quizá no todo lo sorprendido que una esperaba... pero no culpable.

No pudo hacer nada para evitar que se lo llevaran. Ni siquiera pudo moverse del lugar donde se encontraba. Estaba en un estado de shock tal que apenas tenía claro si seguía respirando.

Sumisión química, habían dicho... ¿Acaso lo culpaban a él de haber drogado a alguien?

Los policías se marcharon, llevando consigo a los cuatro detenidos por posesión de drogas y a Lobo. Nadie se movió en varios minutos y la música continuaba apagada.

Comenzó a escuchar cuchicheos a su lado. Algunas chicas hablaban entre ellas.

—¿De verdad estaba aquí? ¡Madre mía! ¡Qué repelús!

—Podría habernos metido algo en la bebida a cualquiera.

Naia las vio dejar sus copas en la barra, desconfiadas. En ese momento, vio a una figura que se acercaba corriendo hacia ella. Inés, angustiada, la abrazó.

—¡Por Dios, Naia! ¿Estás bien? —preguntó.

—Yo... sí, claro...

—No me lo puedo creer —gimió su amiga. Naia estaba a punto de unirse a su indignación cuando Inés continuó—. ¿De verdad ha sido él?

Naia comprendió que Inés no cuestionaba lo que la policía acababa de hacer, para ella, aunque fuese inesperado, no lo veía imposible. Para Naia, no obstante, plantearse siquiera la posibilidad de que Lobo tuviera algo que ver con los casos de chicas drogadas era inconcebible. Apenas unas horas antes lloraba junto a ella por los errores de su vida. Alguien así no podía ser culpable.

—No, Inés, ha habido algún malentendido, seguro —explicó ella—. Él no ha sido.

Inés la miró como si se hubiese vuelto loca. Justo en ese momento, el resto del grupo apareció tras ella.

—Pero, la policía no detiene a nadie sin pruebas, ¿no? —preguntó Lin, confusa.

—Tiene que haber una explicación —intervino entonces Marina, la única que parecía dudar de lo que acababa de suceder. Naia se agarró a ello como a un clavo ardiendo.

—¡Claro, eso es! Seguro que ha sido un error.

—Aunque, siempre hemos sabido que había una parte de Lobo que no conocíamos —señaló Lalo.

—¿A qué te refieres? —quiso saber Ruth.

—A los últimos cursos del insti. Desapareció, y nadie sabe qué pasó.

—¡Te digo que tiene una explicación!

—¿Es que tú sabes algo, Naia? —preguntó Lin.

—Apenas lo conoces, ¿cómo estás tan convencida? —dijo Inés.

—No ha sido él, y en lugar de juzgarlo sin pruebas, deberíais defenderlo. Se supone que sois sus amigos.

Inés abrió la boca para defenderse pero decidió cerrarla cuando se dio cuenta de que la gente a su alrededor los miraba. Naia comenzó a sentir que respiraba con dificultad, estaba furiosa. Nunca le había gustado ser el centro de atención, pero en ese momento decenas de miradas estaban fijadas en ella. Algunas eran acusadoras, otras llenas de reproche, ninguna amable. De

pronto en ese lugar todo el mundo parecía odiarle.

Salió corriendo al exterior donde ya no quedaba ni rastro de los policías ni de los perros. Se habían ido y se habían llevado consigo a Lobo. Naia sintió una terrible angustia al imaginarlo solo y asustado. Le hubiera gustado poder llamar a alguien, a quien fuera, para ayudarlo. Pero todavía no sabía lo bastante sobre él, sobre su familia.

Comenzó a caminar hacia la residencia. No tenía otro sitio al que ir, al menos no a las dos de la madrugada. Además, sentía que le costaba demasiado respirar. Sencillamente, el aire parecía no llegar a sus pulmones. Se quedaba suspendido en algún lugar de su garganta.

Pronto, caminar empezó a hacerse muy pesado, así que Naia se apoyó contra la pared y trató de coger aire, pero cuanto más lo intentaba, más difícil le resultaba. Comenzó a sollozar, el corazón la latía como si quisiera salirse del pecho y no conseguía enfocar la vista en nada que estuviera a más de un palmo de su cara. ¿Le estaba dando un infarto?

Intentó sacar el móvil, pedir ayuda, pero sus manos temblorosas se perdieron entre su ropa y su bolso. Fue entonces cuando Inés apareció. La había seguido.

—Naia, oye, mírame...

Intentó decirle que sentía haberle gritado, que necesitaba que alguien, aparte de ella, creyese en Lobo, pero hablar era imposible.

—Escucha, tienes un ataque de pánico —le explicó su amiga, cogiéndole la cara—. Seguro que sabes lo que es, vamos. Inspira por la nariz y expira por la boca.

Naia obedeció. Tardó un tiempo, pero poco a poco su sensación de ahogo se fue atenuando.

Con ayuda de Inés llegó a la residencia y, aunque su amiga quiso quedarse con ella, Naia seguía muy enfadada. La echó de su habitación y se tumbó en la cama con la única intención de dejar que pasaran las horas hasta el amanecer para poder ir a la comisaría y preguntar por Lobo. Sin embargo, en algún momento de la noche, debió quedarse dormida.

Cuando despertó eran las once de la mañana. Saltó de la cama, se dio una ducha rápida y se vistió con un chándal con capucha. Miró su móvil. Ni una sola llamada, ni un mensaje. Sabía que si Lobo hubiera salido del cuartelillo, la habría llamado, de modo que se apresuró.

Estaba a apenas un par de manzanas cuando sonó su móvil. La fotografía que se habían hecho juntos brillaba en la pantalla.

—¿Lobo?

—Me acaban de soltar —dijo al otro lado de la línea una voz ronca y cansada.

—Estoy llegando —anunció ella, y echó a correr hasta alcanzar la entrada de la comisaría de la policía nacional, situada en un gran edificio de ladrillo rojizo.

Ver a Lobo ahí delante, fumando un cigarrillo, la llenó de alivio. Corrió a abrazarlo, él tiró la colilla casi consumida y se dejó consolar.

—No sabía que fumaras —murmuró contra su pecho, consciente del olor a tabaco, sudor y restos del aroma habitual de su colonia.

—No fumo. Lo dejé hace años, pero...

No hacía falta que dijese nada más, de modo que se calló. Un minuto después, Naia lo cogió de la mano y ambos comenzaron a caminar sin rumbo fijo, solo alejándose de la comisaría.

—Tengo que ir a casa, necesito cambiarme.

—¿Puedo ir contigo? —preguntó Naia.

—¿A mi casa? —se sorprendió él. Ella asintió.

Lobo pareció meditarlo durante un minuto, pero al final suspiró, se pasó una mano por el pelo castaño revuelto y asintió.

—¡A la mierda! —jadeó—. Vamos.

Llegaron caminando hasta Nuevos Ministerios y ahí cogieron el metro hacia el sureste. Cuando bajaron, tuvieron que caminar otros veinte minutos hasta llegar a un vecindario que, sin duda, no era lo que Naia había imaginado. Las casas eran bajas, de aspecto anticuado, construidas en hormigón gris y pintadas de colores desvaídos. Lobo la guio en silencio hasta el tercer piso de uno de aquellos bloques. Un apartamento que probablemente no llegaría a los cincuenta metros cuadrados. Aun así, al cruzar la puerta, sintió vida entre aquellas paredes.

—¿Se puede saber dónde coño te has metido toda la noche, Daniel? —fue lo primero que Naia escuchó. La voz de una mujer, antes de verle la cara.

Al instante, la madre de Lobo, rubia y delgada, de unos cuarenta y pocos años, apareció en el pasillo. Se quedó perpleja al verla a ella detrás de su hijo.

—No es lo que crees, mamá... —farfulló Lobo, en apariencia indiferente al estado de ánimo alterado de su madre—. Me han detenido, pero ha sido un error. No he hecho nada.

—¿Y quién...?

—Esta es Naia —respondió. No dijo más. Ni “estamos saliendo” ni “es una amiga”. Nada.

Naia no supo si eso la tranquilizaba o le molestaba.

—Tengo que irme, he quedado —dijo la mujer que, tras la inexistente explicación de su hijo, se encogió de hombros con desinterés—. No me esperéis para la cena tampoco.

Y, sin más, salió por la puerta. Fue entonces cuando Naia se fijó en la segunda figura que se recortaba en la oscuridad del pasillo.

—Hola —saludó alguien de voz aguda e infantil. En cuanto se acercó más pudo ver a una chica dos o tres años menor que ella, pero delgada y menuda. Estaba claro que era Sara.

—Enana, ¿te importa que estemos a solas un rato? Yo... te explicaré lo que ha pasado luego.

Sara asintió. Con rapidez y sigilo, se deslizó al interior de una de las habitaciones y salió poco después con un par de libros, un cuaderno morado y su móvil bajo el brazo. Luego, se encerró en otra estancia, al final del pasillo.

—Espérame ahí un momento, me doy una ducha y enseguida estoy contigo.

—Tranquilo, tómate tu tiempo.

Naia entró en la primera habitación. Era de buen tamaño, a pesar de estar hasta arriba de cosas. Al fondo había una estantería llena de libros, revistas, figuras de *funko pop* y objetos varios. También había discos de música junto a un aparato de reproducción bastante viejo. Al lado, en una esquina, había una cama revuelta con sábanas de color lila. La de Sara.

La cama de Lobo, se encontraba en el extremo opuesto, justo detrás de la puerta. Completaban el mobiliario un escritorio con cajonera, un puf y una cómoda con un espejo encima, lleno de fotos pegadas en el cristal. Naia se dedicó a observarlas. Todas eran de los hermanos de niños. Adorables...

Apenas habían pasado cinco minutos cuando Lobo entró en la habitación. Llevaba otra ropa, un pijama consistente en camiseta blanca y pantalón de punto, y tenía el pelo mojado. Aun así, se tumbó en su cama y le hizo un gesto a Naia para que lo acompañase. Ella no dudó. En lo que dura un parpadeo, se vio acostada a su lado, entre sus brazos.

—Gracias por estar conmigo —lo escuchó musitar, casi en un susurro. Luego añadió—. Me muero de sueño.

—Puedes dormirte, si quieres —respondió ella también con un hilo de voz—. Yo me quedaré aquí a tu lado.

—Qué suerte tengo.

Naia sonrió, disfrutando del aroma a vainilla de su gel de ducha.

—¿Me contarás qué ha pasado en realidad? —se atrevió a formular. Los brazos de Lobo se

tensaron un poco y Naia notó su nuez subiendo y bajando.

—Sé quién fue, pero no podemos decirlo, ni siquiera a la policía. Es muy peligroso.

Naia se incorporó un poco en el colchón, sorprendida.

—¿De verdad lo sabes? Si no lo dices, podrían meterte en la cárcel.

Lobo negó con la cabeza.

—Lo único que tienen es la cámara de un cajero que me grabó ayudando a una de las chicas que ellos drogaron en Nochevieja. Llamé a sus amigas —explicó él, con una calma que contrastaba con la gravedad de sus palabras—. Además nunca he comprado escopolamina ni sé dónde conseguirla. Por no mencionar que ha habido víctimas en lugares que nunca he pisado y que no hay ninguna prueba contundente contra mí.

—Pero ¿cómo llegaron hasta ti?

—Se supone que mis antecedentes como menor deberían estar borrados, pero no es del todo cierto. Mi ficha sigue ahí, me identificaron con la imagen de la cámara y las amigas de la chica de Nochevieja lo confirmaron. Están convencidas de que yo le hice algo.

Naia suspiró y volvió a acomodarse a su lado. Dejó vagar sus dedos por el brazo de Lobo en una caricia apenas perceptible. Arriba y abajo... siguiendo las líneas de sus tatuajes, hasta que sintió que la respiración de él se hacía profunda y regular. Se había dormido.

Pasó un rato observándolo. Empapándose de cada rasgo. Las cejas densas pero bien formadas, las pestañas largas, la nariz recta y definida y esos labios carnosos, anchos, en los que brillaba ese piercing que Naia había terminado adorando. A pesar de las ojeras oscuras y de la barba que ya marcaba su mandíbula, Lobo era guapo a rabiar.

Naia se quedó así, mirándolo, hasta que los párpados le pesaron y cayó dormida igual que él.

Cuando despertó, un aroma delicioso inundaba la casa y la luz de la tarde se filtraba a través de la única ventana de la habitación. Naia se estaba muriendo de sed, así que, con cuidado, apartó el brazo de Lobo que seguía rodeándole la cintura, y se levantó. Él ni siquiera lo notó. Debía estar agotado...

Naia se aventuró al exterior de la habitación y siguió el olor de la comida hasta una pequeña cocina en mitad del pasillo. Allí, Sara preparaba algo que parecía sopa.

—Hace frío, he pensado que os apetecería comer algo caliente —dijo con su voz suave, luego sonrió—. Aunque ya son las cuatro de la tarde.

—Gracias —murmuró Naia, sintiéndose extraña.

—¿Eres la novia de mi hermano? —quiso saber ella.

—Pues...

Naia no sabía responder.

—Eres la única chica que ha traído a casa, así que debes ser especial —continuó hablando Sara—. ¿Me cuentas qué ha pasado? Sé que Dani ha prometido que me lo diría, pero él siempre omite detalles... ya sabes, para no preocuparme.

—Bueno, yo no sé mucho en realidad —admitió Naia, tomando asiento en una de las sillas blancas de madera, junto a una mesa pequeña enfrente de los fogones de gas—. He pasado las navidades en mi ciudad, así que no me he enterado, pero parece que alguien ha estado usando drogas para... abusar de chicas.

En ese momento, a Sara se le cayó de las manos el cucharón que estaba sosteniendo, y un poco de sopa hirviendo le salpicó en la mano.

—¡Ay!

Naia se levantó de inmediato y le cogió la mano para ponerla bajo el agua fría del grifo.

—¿Estás bien? —preguntó, pero era evidente que algo le sucedía. Sara estaba pálida.

—No es nada, tranquila. Es que soy muy torpe.

Naia se apartó. Miró a la chica con curiosidad mientras se secaba la mano en la que había quedado una marca rojiza. Luego apagó el fuego y se sentó frente a ella. Se puso a mirar el móvil en silencio. Aquello había sido extraño...

—Buenos días —dijo entonces una voz grave a su espalda. Lobo se había despertado.

—Hola, dormilón —saludó su hermana, recuperando una sonrisa que en ningún momento le llegó a los ojos—. Os he dejado sopa. Me voy a hacer los deberes.

Y sin más, se escabulló de regreso a la habitación del final del pasillo.

Lobo, ajeno al extraño comportamiento de su hermana, cogió dos cuencos, sirvió sopa y tendió uno de ellos a Naia. Ambos comenzaron a comer.

—Esto es raro, ¿no? —comentó él poco después.

—¿Lo es?

Lobo la miró a los ojos. Había cierta confusión en ellos, un rastro del miedo que había estado sintiendo en las últimas horas, pero también un brillo diferente. Feliz.

—Me encanta que estés aquí, Naia.

Ella sonrió abiertamente.

—Y a mí, Dani.

Diario

Hace un tiempo que no te escribo porque... bueno, he estado buscándome a mí misma. Y creo que me he encontrado, Nora. O, al menos, he empezado a encontrarme.

Es como si durante los diecinueve años de mi vida hubiera sido como uno de esos peces de colores que viven en una pecera ovalada, de las que se ponen en una mesita auxiliar al lado de la estantería del salón, o en un estudio, o en cualquier otro lugar de la casa. Pero, al final, una vez la colocas, nunca la mueves de ahí. El pez vive toda su vida viendo las mismas paredes, los mismos muebles y a las mismas personas yendo de acá para allá. Su mundo es invariable, estático, inalterado... Así era también el mío.

Siento que el día que te fuiste mi pecera se rompió y yo quedé tirada en la alfombra de ese salón, luchando desesperadamente por respirar. Y por fin he vuelto al agua.

Porque yo no soy tú. No soy la mitad de algo que solo puede completarse contigo. No soy la cara de una moneda, ni tú la cruz. No importa que fuésemos creadas desde una misma célula, porque he aprendido que no importa de dónde vengas, sino a dónde vas y cómo transcurre tu viaje.

Tú creciste siendo fuerte y extrovertida, el alma de la fiesta, intrépida y curiosa. Creciste alegre incluso arrastrando una terrible enfermedad. Es posible que brillases más por esa razón, porque las estrellas emiten más luz cuando están a punto de implosionar.

Mientras tanto yo crecí despacio, me hice apocada y tímida, no frágil pero sí cautelosa, conformista y obediente. Siempre estuve a tu sombra, siempre en segundo lugar. Ni siquiera me importaba porque, al final, tú eras la enferma y yo la sana. Era lo lógico. No era mi turno de brillar, era el tuyo.

Pero tras dedicar mi vida a seguir tu estela, ¿qué me quedó cuando te fuiste? Un agujero negro, un camino lleno de bifurcaciones por delante y muchas dudas que no sabía resolver.

¿Recuerdas nuestra última charla? Me hiciste prometerte cosas que ni siquiera entendía. No estoy segura de que tú lo hicieras tampoco.

El camino que tengo ante mí vuelve a desdibujarse, Nora... Cuanto más me encuentro a mí misma, menos me reconozco en la chica que te hizo aquellas promesas.

Es mi turno ahora, me toca salir a escena, pero no me sé mi papel.

15

El invierno en Madrid era frío y seco, algo a lo que Naia no estaba acostumbrada. Estaba deseando que llegase la primavera, pero para eso faltaba todavía más de un mes.

Después del incidente en el Cábala, ni ella ni Lobo habían vuelto por el local. Pasaban la mayor parte de las tardes juntos en el taller de ebanistería, en el bar de las hamburguesas, que ya los reconocía como clientes habituales, o en la casa de Lobo, sobre todo los fines de semana, cuando él no iba a hacer repartos de comida.

Inés se había disculpado repetidas veces con Naia y, aunque no estaba convencida realmente de la inocencia de Lobo, la chica decidió perdonarla. Al fin y al cabo, había terminado siendo la única dispuesta a apoyarles, ya que ninguno del grupo, ni siquiera Lalo o Marina, habían llamado a Lobo para preguntarle cómo estaba. A Naia eso la enfadaba muchísimo. ¿Qué clase de amigos eran? Aunque ella tampoco podía hablar...

Unos días después de la detención, mientras Naia tomaba un café en la facultad y repasaba su trabajo de Física para acudir a la tutoría que tenía pendiente con el profesor Manuesa, Bego apareció. Se sentó a su lado y le mostró una foto.

—¿Este es el tío con el que sales? ¿De verdad?

Era esa dichosa foto. Alguien del bar se la había hecho a Lobo mientras aquel policía le ponía las esposas. Esa imagen estaba en varias publicaciones en redes sociales, y en todas ellas se ignoraba por completo la presunción de inocencia. Aquella maldita foto había sido un quebradero de cabeza para Lobo incluso en su trabajo. Su jefe, Ernesto, había estado a punto de despedirlo. Por suerte, ese trabajador social que lo ayudaba, medió en la delicada situación.

—¿Cómo lo sabes?

—Por Instagram, tienes una foto con él en tus etiquetas —Naia frunció el ceño—. ¿Cómo puedes salir con un delincuente, Naia?

—No es un delincuente. La policía lo soltó. Eso no lo ponen en internet, ¿a que no? —replicó Naia, molesta.

—No me importa que lo soltaran —contradijo—. Cuando el río suena...

—Te digo que él no ha hecho nada.

—¡Me drogó, Naia! ¿De verdad vas a defenderlo?

—Cuando te drogaron él estaba conmigo, ¿necesitas tú más pruebas de su inocencia?

—Estas cosas no las hace uno solo, tendrá cómplices —insistió Bego, irracional—. Y, ¿sabes qué? No me creo que te pongas de su parte... las mujeres deberíamos unirnos ante estos monstruos

Naia estaba furiosa.

—¿A ti te interesa que se coja al verdadero culpable o te basta con el ruido que se está formando? Porque parece que algunas solo necesitaban una excusa para montar manifestaciones en el campus y odiar a todo el que no les haga la ola.

Bego la miró, perpleja.

—¿Te estás escuchando?

Los ojos oscuros de Bego chispeaban, pero Naia no iba a echarse atrás. Muchas personas ya le miraban mal e incluso había recibido mensajes desagradables en Instagram por tratar de recordar a quienes ponían comentarios crueles que no se podía condenar a nadie sin pruebas. Por

desgracia, parecía que la gente solo necesitaba a un cabeza de turco y que nadie estaba dispuesto a luchar por la verdad. Lobo solo la tenía a ella, y no podía dejarse intimidar.

—No has respondido a mi pregunta.

—Eres una zorra —masculló su, hasta entonces, amiga—. ¿Te vale esa respuesta?

Sin más, Bego se dio la vuelta y, airadamente, salió de la cafetería. No volvieron a hablarse.

Por su parte, Eric no tardó en escoger bando. Ni siquiera se molestó en hablar con Naia y no le sorprendió. Al fin y al cabo, llevaban ya un tiempo alejados, aunque Naia no estaba segura de las razones, y no creía que tuviese nada que ver con lo sucedido con ese amigo suyo, Rubén.

A partir de aquella discusión, el tiempo que Naia pasaba en la facultad empezó a ser del todo incómodo, no solo por el hecho de no tener con quien compartir esas horas, sino porque las clases eran cada vez más exigentes, y a menudo se veía incapaz de concentrarse lo suficiente. A pesar de que Lobo había cumplido su promesa de ayudarla a estudiar, cosa que hacían cada tarde en el taller, las malas notas se fueron sucediendo.

El profesor Manuesa había sido el primero, pero después de él, otros docentes le habían indicado que a sus trabajos les faltaba profundidad, que ya no estaba en el instituto y que, sin vocación, aquella era una carrera difícil. Naia nunca se había planteado que ser médico no fuese su verdadera vocación, al menos no hasta ese momento. Lo había decidido cuando apenas era una niña, había sido una elección natural dadas las circunstancias, y creía que estaba segura de desearlo. Hasta entonces...

Esa tarde, mientras miraba sin ver en realidad sus apuntes de bioestadística en su habitación de la residencia, le vibró el móvil.

«¿Nos vemos a las ocho?» era Lobo.

Era viernes, y también era el día de San Valentín. Ni ella ni él habían concretado qué etiqueta poner a su relación, pero si algo tenía seguro Naia era que quería pasar esa noche con él.

«Sí, paso a buscarte» tecleó como respuesta. Lobo respondió con el emoji de una carita con gafas de sol.

Naia mentiría si dijera que no estaba inquieta, en realidad, tenía los nervios a flor de piel. Haciendo un repaso de su escasa vida amorosa, se sentía tan inexperta... Antes de recaer en su enfermedad Nora había sido la coqueta, la que solía atraer a los chicos más por su personalidad burbujeante que por su aspecto; al fin y al cabo, eran gemelas idénticas. Nora fue la primera en besar a un chico, un compañero de clase.

A los quince solían salir por las tardes con su grupo de amigos del instituto, compuesto por varios chicos y chicas. En ocasiones se juntaba con ellos Sergio, que podía considerarse el más popular de la clase, y Naia estaba loca por él.

Sin embargo, su primer beso no fue con Sergio, sino con otro de sus amigos; y no lo hizo porque realmente quisiera, más bien fue por no quedarse atrás.

Naia recordaba, con pudor, que había dejado que varios chicos que no le interesaban la besaran mucho antes de atreverse a acercarse a Sergio. Tenía dieciséis años y su hermana había vuelto a enfermar cuando por fin, una tarde, él se acercó para preguntarle por Nora. Estaba claro que a Sergio era su hermana quien realmente le gustaba, pero aun así Naia decidió ignorarlo. Salieron durante cuatro meses y con él llegó casi hasta la tercera base. “Casi” porque sus torpes caricias no consiguieron que Naia superase su nerviosismo y alcanzase el orgasmo.

Eso había sido todo hasta ese momento. Diecinueve años, un puñado de besos que nada habían tenido de especial y una especie de novio a quien ni siquiera había visto desnudo por completo.

Pero ahora estaba Lobo... todavía no habían pasado de los besos, y quizá alguna caricia por

encima de la ropa, sobre todo durante las tardes de sábado en su casa, cuando su madre tenía turno en el supermercado y Sara estaba encerrada en la habitación del fondo. Naia comenzaba a preguntarse si había algo que no funcionaba entre ellos...

Cada vez que recordaba la conversación con Evelyn, las dudas le llenaban la mente y el corazón. ¿Acaso Lobo no quería acostarse con ella? Porque ella sí quería... Quería ¿no?

En cualquier caso, lo sabría esa misma noche. Estaba decidida.

Se vistió con su mejor vestido, el más sexi dentro de su armario que ya de por sí era bastante recatado. No tenía escote ni era entallado, pero al menos la falda era corta.

Mientras se estaba vistiendo, Inés tocó su puerta y entró.

—Vaya, así que al final lo vuestro es algo serio —comentó desde la cama, observando cómo Naia se maquillaba solamente con un poco de eyeliner.

—Eso creo... —respondió—. ¿Tú no tienes planes con Lalo?

—Sí, hemos quedado a cenar y luego... a su casa. Ya sabes —comentó—. Es una suerte que viva con un compañero que nunca está.

—Ya lo creo...

Inés carraspeó y Naia vio, en el reflejo del espejo, su expresión pícara.

—Y... tú y Lobo ya habéis...

—Aún no —contestó Naia, incómoda. Inés pareció sorprendida.

—¿En serio? ¿Por qué? No parece el tipo de tío que... un momento, ¿es que eres virgen?

El silencio de Naia, unido al tono encarnado que adquirió su piel, le dieron la respuesta.

—Pues sí que va en serio —comentó Inés a media voz.

—Quizá esta noche... —comenzó a decir Naia, pero decidió no crearse expectativas.

—Sea como sea, Naia, creo que debería disculparme. Ya sabes que soy una bocazas y a veces juzgo demasiado a la gente —admitió con una risa ligera—. Es posible que haya juzgado mal a Lobo, pero quiero asegurarme de que sabes que puedes llamarme si algo no va bien.

—Claro que lo sé, no te preocupes.

—Vale. Me voy, que llego tarde —se despidió con un beso en la mejilla de Naia y salió alegremente por la puerta de la habitación.

Por su parte, Naia cogió su abrigo y puso rumbo al taller de Lobo, dispuesta a esperar a que él saliera y la llevase a algún lugar romántico. Cuando llegó, Lobo estaba terminando de recoger para cerrar el negocio. Le dio un breve beso en los labios y lo observó poner en orden las herramientas y dejarlo todo recogido antes de apagar las luces y cerrar.

Salieron al exterior, hacía frío. Lobo acababa de echar la llave a la puerta metálica cuando algo llamó la atención de Naia. Tres personas se aproximaban a ellos, y no parecían amistosas.

Lobo

No los había visto venir. Acababa de salir del taller, acompañado por Naia, cuando sintió una presencia a su espalda. Su corazón se detuvo en medio de un latido al reconocer la cara de su antiguo amigo, Jorge, acompañado por su hermano, Raúl y un tercer chico cuya cara le resultaba vagamente familiar, aunque no lograba recordar quién era.

En un primer momento, Jorge parecía contento de verle.

—¡Tío, Lobo! ¡Joder, cuánto tiempo! —lo saluda con una sonrisa algo tensa. Lanzó una rápida mirada a Naia—. Mi hermano me dijo que te había visto por este barrio. ¿Cómo es que no has llamado?

—Me dijiste que lo harías —añadió Raúl.

—Lo siento, yo... he estado ocupado.

Jorge rio, mirando a Naia con más detenimiento.

—Ya lo veo —comentó.

Casi por instinto, Lobo se colocó delante de ella que, confusa, no hizo preguntas. Jorge ignoró aquel movimiento.

—¡Mierda, tío! He oído que te detuvieron hace unos días por lo de las pavas drogadas —A Lobo le sorprendió que fuese él quien sacara el tema.

—Fue un error.

—Ya, tío, ya... pero si no es por los hilos que han escrito sobre eso en las redes, yo ni me entero de dónde andas.

Lobo chasqueó la lengua. Aquella detención había traído consecuencias mucho peores de lo que esperaba.

—¿Por qué no has dado un toque, Lobo? —la pregunta no se hizo esperar. Al mismo tiempo, la sonrisa de Jorge se diluía en su cara—. Cuando uno sale de la trena lo normal es llamar a la familia, digo yo. Y por lo que dicen, ya hace dos años que saliste.

Lobo se debatió entre calmar los ánimos o tratar de zanjear el tema. Ninguna de las opciones era buena, mucho menos con Naia delante, así que tuvo que optar por la más fiel a sus principios.

—Jorge, vosotros no sois mi familia. Ya pagué por vuestra culpa una pena que no me correspondía... no quiero saber nada de vosotros.

Los ojos castaños de Jorge se agrandaron. Parecía realmente atónito.

—¿Me estás hablando en serio, cabrón desagradecido?

Naia se estremeció, oculta detrás de Lobo. Él guardó silencio mientras Jorge aguardaba su siguiente reacción. Las miradas de ambos destellaban como filos de cuchillos. Frías, metálicas... Jorge fue el primero en desviar la suya. Miró a sus secuaces y rio con desdén.

—Esté hijo de perra se cree mejor que nosotros —escupió. Lobo no lo vio venir.

Antes de poder reaccionar sintió el puño de Jorge contra su pómulos derecho con tanta fuerza que trastabilló hasta encontrar la pared a su espalda. Naia ahogó un gemido y se apartó por inercia. Los secuaces de Jorge la miraron, pero decidieron ignorarla.

El segundo golpe vino de la izquierda e impactó en la ceja de Lobo. Sintió el escozor de la piel abriéndose y cayó al suelo. No tenía intención de levantarse, sabía que eso solo supondría una provocación para Jorge y los suyos, pero buscó con la vista a Naia, que parecía ilesa. Eso lo tranquilizó.

—Vienes del mismo pozo de mierda que yo, ¿te enteras? Así que no me vengas con eso de

que “no quieres saber nada” —le dijo su antiguo amigo, inclinado sobre él. El odio destilaba de su voz—. Ve por tu cuenta, si quieres. Por los viejos tiempos, le diré a Charlie que te deje en paz. Pero te lo advierto: si te cruzas en mi camino te partiré el alma.

Acompañó esa amenaza con una patada que encontró su objetivo en el costado de Lobo. El dolor punzante lo dejó sin respiración durante unos segundos.

A pocos pasos de distancia, Naia temblaba como una hoja. Algo le decía que aquellos tipos no se andaban con bromas y no sabía qué hacer. Llamar a la policía, salir gritando... cualquiera de esas opciones parecía peligrosa para Lobo, así que permaneció quieta, petrificada por el miedo. En ese momento uno de los atacantes, demasiado joven para ser tan malvado, la miró con un brillo en los ojos.

—¿Y con ella qué hacemos? —preguntó al que parecía el jefe, el tal Jorge. La sangre se congeló en las venas de Naia.

—Déjala, si Lobo sabe lo que le conviene ya se encargara de que su chica mantenga la boca cerrada —comentó el otro.

El alivio que sintió al ver cómo los tres maleantes se alejaban fue indescriptible. Unos segundos después consiguió moverse y arrodillarse junto a Lobo. Naia contuvo la respiración mientras él se incorporaba, apoyado en la pared.

—¿Estás bien? —preguntó. Lobo la miró con una expresión extraña. Había vergüenza, culpa y una tremenda preocupación—. ¿Quiénes eran esos?

Lobo suspiro, visiblemente dolorido. Tenía una herida abierta en la ceja, junto a su piercing, y el pómulos amoratado.

—Alguien de mi pasado —murmuró.

—Tenemos que ir al médico —señaló Naia, preocupada.

—No, espera. Hay un botiquín en la tienda.

Regresaron al interior del establecimiento y, con apenas un bote de desinfectante y un par de gasas, Naia se las arregló para curarle la ceja. Por suerte, había puntos de aproximación que fueron muy útiles para cerrar el corte que, por otra parte, no era demasiado grande.

—¿Qué querían? —insistió Naia, a pesar de que sabía que Lobo no querría hablar.

—Es una larga historia —respondió él. Luego miró su reloj e hizo un gesto de fastidio—. Vaya, hemos perdido la reserva de la cena.

—¿Cena?

Había planeado esa noche con dedicación. Era la primera vez que San Valentín significaba algo para él, aunque era consciente de que se trataba solo de una fecha prefabricada para fomentar el consumismo, en esa ocasión quería pasarla con alguien. Con Naia.

Odiaba que, de nuevo, su vida anterior se interpusiera, que se convirtiera en un obstáculo cada vez que quería avanzar. Intentó no pensar en lo peor, centrarse en que el peligro había pasado... pero ¿y si Naia decidía que aquello era demasiado? ¿Y si la perdía?

—Lo siento, Naia.

Ella parecía algo aturdida, pero enseguida vio el calor en sus ojos claros. La conexión seguía allí.

—No es culpa tuya —ella sonrió débilmente—. Si quieres irte a casa lo entenderé.

—No, de eso nada —dijo, cogiéndola de la mano—. No voy a dejar que esto nos estropee la noche.

16

Lobo había reservado una habitación en un hotel no muy lejos de allí, por lo que fueron caminando. No era el lugar más lujoso de Madrid, pero sí era probablemente el mejor hotel en el que Naia se había alojado nunca. Se preguntó por qué Lobo habría gastado tanto en ella, y a pesar de todas las inseguridades que siempre le azotaban, Naia solo obtuvo una conclusión. Que lo que él sentía por ella se parecía bastante a lo que ella sentía por él.

La feliz expectación burbujeó en su estómago cuando, después de recibir las llaves de la habitación, ambos se dirigieron al ascensor. No le pasó desapercibida la mirada del recepcionista a la cara de Lobo que seguía luciendo varios moretones. El recelo resultaba evidente, pero al parecer, la habitación había sido pagada por adelantado.

Era una estancia amplia y luminosa. El suelo era de parqué pero estaba en su mayor parte cubierto por una esponjosa alfombra gris perla. En uno de los lados se encontraba una pequeña salita de estar con un sofá de dos plazas delante de la televisión suspendida en la pared sobre un pequeño mueble de madera. Al otro lado estaba la enorme cama King Size. Naia sintió algo de vértigo, pero tuvo que admitir que aquel sitio era perfecto, no hubiera podido imaginar un lugar mejor para su primera vez.

Naia se quitó el abrigo mientras observaba a Lobo revisar algo encima de una mesita auxiliar donde había un teléfono.

—Aquí está el menú del servicio de habitaciones —señaló él—. Pide lo que quieras, tienen mi tarjeta.

—¿Estás seguro? Podríamos ir a un McDonald's.

Lobo la miró y sonrió con toda la cara, tanto que por un instante Naia apenas fue consciente de sus heridas. Él se acercó, cogió sus manos entre las suyas y la besó ligeramente en los labios.

—No, hoy quiero que te sientas como una reina —dijo. Naia sintió aquel burbujeo reverberando en su pecho, al ritmo de los acelerados latidos de su corazón—. Pide lo que quieras, yo voy a darme una ducha.

Ella asintió y se acercó al teléfono. Intentó no mirar cuando sintió que Lobo se quitaba la ropa, pero no pudo evitar que su reojo captase una espalda morena justo antes de que la puerta del baño se cerrase, obstaculizando la visión. ¿Hacía demasiado calor ahí o era cosa suya?

Se esforzó en concentrarse en la lista de platos que se sucedían uno tras otro en una hoja de cartulina decorada con volutas de tinta en cada extremo. Se decantó por lo más barato y llamó para pedirlo.

Diez minutos más tarde, escuchó la puerta del baño y se volvió para encontrar a Lobo envuelto en un albornoz blanco de aspecto suave. Naia se sonrojó hasta la raíz del pelo imaginándose que, debajo de esa prenda, estaba desnudo. Pero él ni siquiera se dio cuenta de su azoramiento.

—¡Joder, creía que eso de los albornoces en los hoteles era cosa de las películas! —rio. Después se sentó en el sofá, todavía sin ser consciente del efecto que había provocado en la chica que se encontraba a su lado. Señaló la tele—. ¿Quieres que veamos algo?

—Lo que tú quieras.

Lobo fijó sus ojos verdes en ella y por fin se dio cuenta de su incomodidad. Sin embargo, dedujo otra causa totalmente distinta.

—Vale, pregúntame lo que quieras —dijo.

—¿Qué? —Naia estaba confusa.

—Sobre esto —se señaló la cara, el pómulo que estaba pasando gradualmente de rojo a morado, y la herida de la ceja—. Te prometo que te responderé, aunque me dé miedo.

—¿Tienes miedo? —quiso saber ella—. ¿De qué?

Él alzó una mano y le acarició la mejilla. El contacto parecía cariñoso, pero a Naia esa caricia tan inocente le resultó abrasadora.

—De que decidas alejarte cuando te des cuenta de que mi pasado es demasiado... peligroso.

—No hay nada que pueda suceder que haga que me aleje de ti —respondió ella, convencida. Lobo sonrió, y ella decidió formular su primera pregunta—. ¿Quiénes eran esos tres?

—El que me ha pegado es Jorge. Éramos muy amigos de niños. Dos críos que crecieron abandonados por los adultos, a su aire, sin normas, sin límites... Pero a mí me pillaron y él sigue viviendo de esa manera —explicó—. Otro es su hermano, apenas lo conozco. Y el tercero me suena de vista pero no sé quién es.

—¿Por qué te han atacado?

Lobo suspiró.

—Hace dos años salí del reformatorio, pero ellos no lo sabían. Lo normal es que la gente regrese al mismo entorno, a la misma mierda... tarde o temprano siempre se vuelve a lo mismo, pero yo sabía que si quería cambiar de verdad, tenía que cambiarlo todo. No volví a los lugares que frecuentaban, me mudé lo más lejos que pude con mi familia y traté de fingir que no existían. No sé en qué pensaba... era cuestión de tiempo que me encontrasen y entendieran ese alejamiento como un insulto.

—No es culpa tuya —se apresuró a sentenciar Naia. Lobo volvió a acariciarle la cara, el cuello, el brazo...

—Sea como sea, no puedo volver. Espero que Jorge mantenga su palabra de no advertir a Charlie de mi situación.

—¿Charlie?

—Era y supongo que sigue siendo el cabecilla de la banda. Es un tío duro, peligroso... lleva un taller mecánico ilegal en un polígono de las afueras —explicó, luego se le ensombreció la mirada—. Estaba ahí cuando aquel chico cayó por las escaleras y se quedó paralítico. De hecho, estoy bastante seguro de que fue él quien lo empujó. Pero delatarlo era impensable, aunque tuviera que estar pagando durante años por ello.

—Pero... eras inocente.

—No, no Naia. No lo era —contradijo él, mirándola intensamente—. Esto es algo que es importante que entiendas. Yo no soy inocente. Yo participé en aquella pelea, y también hice otras cosas malas. Si ese día no hubiera sucedido esa tragedia, habría sido otro día con otra persona. Porque el camino que había escogido seguir era malo y... y terminar en aquel centro de menores fue lo mejor que me podía haber sucedido. A pesar de todo.

Naia asintió. Tenía los ojos húmedos. Escuchar todo eso de él, consciente del dolor que le producía recordarlo, le rompía el corazón. Por eso, se incorporó, de rodillas en el sofá, y le cogió la cara con dulzura.

—Tu pasado está ahí y siempre estará, pero ahora vives tu presente lo mejor que puedes, y construirás el futuro que desees, estoy segura.

Aquellas palabras eran todo lo que Lobo necesitaba escuchar y mucho más de lo que creía merecer. Esa chica había llegado a su vida como un ángel, con el don de calmar su alma y traerle paz, aunque al mismo tiempo encendiera sus más bajos instintos con solo un roce de esa piel blanca y perfecta. Naia era todo lo que él quería sin tan siquiera saberlo.

Lobo le cogió de los brazos y tiró de ella hasta colocarla sobre su regazo, abrazó su cintura y buscó su boca, deseando besarla hasta perder la noción del tiempo y el espacio. Y así lo hizo.

Naia se dejó besar con abandono. Nunca antes, en las ocasiones en que se había encontrado en brazos de un chico, se había sentido como con Lobo. A veces sucedía que, mientras besaba a otros, su mente divagaba y terminaba viajando muy lejos de ese momento y ese lugar; pero con Lobo... no podía pensar en otra cosa. Solo lo veía a él, solo olía el cítrico aroma de su piel después de la ducha, solo saboreaba su beso y solo sentía el roce de sus lenguas.

Notó entonces la mano de él ascendiendo desde la parte trasera de su rodilla hacia su muslo, y luego bajo su falda, en su cadera y en sus nalgas. Suspiró contra sus labios al notar ese calor húmedo, esas extrañas contracciones en lugares que ni siquiera estaba segura de saber nombrar. Y mentiría si dijera que no estaba muerta de miedo, pero no había otro lugar ni otro momento en el mundo donde prefiriera estar.

En ese instante, alguien llamó a la puerta de la habitación.

—Mierda —masculló Lobo.

—El servicio de habitaciones —aclaró ella, innecesariamente.

—¿Te importa abrir tú, por favor?

Al principio Naia no comprendió el porqué de esa petición, al menos hasta que fue consciente de algo de lo que, hasta ese momento, no se había percatado. La excitación de Lobo era más evidente que la suya.

Roja hasta la raíz del pelo, se levantó rápidamente de su regazo y fue a atender la llamada. La conversación con el camarero de habitaciones se redujo a un simple “gracias” mientras, al mismo tiempo, Naia se preguntaba si Lobo y ella habrían terminado en la cama de no ser por aquella interrupción. Esa perspectiva la puso nerviosa, aunque también la emocionaba.

Por suerte, en cuanto regresó a la salita la tensión parecía haberse disuelto y Lobo sonreía, con apetito.

—¿Qué has pedido? —preguntó, inspeccionando la bandeja.

Un par de sándwiches, patatas fritas y el único capricho que ella se había permitido: un pedazo de pastel de chocolate con fresas.

—¿Y esto? —quiso saber Lobo, señalando la botella de champán que acompañaba una cena, por otra parte, nada lujosa.

—He cogido el más barato, nunca lo he probado.

—Este es seco, no creo que te guste.

—Aun así...

Lobo lo descorchó, no sin problemas, y llenó dos copas. Como esperaban, Naia puso cara de asco en cuanto tragó el primer sorbo. Las burbujas eran demasiado fuertes y el líquido le raspaba la garganta.

—¿Ves?

—Bueno, lo beberemos igualmente —sentenció ella, apurando la copa.

—Déjalo, no quiero que pienses que te quiero emborrachar para aprovecharme de ti.

Naia entornó lo ojos.

—Tal vez soy yo quien quiere emborracharte a ti —bromeó.

—Créeme, no te hace ninguna falta.

Tras aquel momento de coqueteo no tan inocente, Lobo carraspeó y ambos comenzaron a cenar. Pusieron un programa de *sketches* cómicos en la tele que les hicieron reír en más de una ocasión y, para cuando quisieron darse cuenta, ya llevaban consumida media botella de champán. Naia tenía un ligero mareo, así que dejó su copa a medias. No quería perderse nada de aquella

noche aunque, al mismo tiempo, sentía la tentación de enmascarar su nerviosismo con el alcohol.

—Oye, Naia —dijo entonces Lobo, repentinamente serio—. Sé que puede parecer que te he traído aquí, a un hotel, con intenciones claras. Pero en realidad solo quiero estar contigo, solos, en un sitio bonito... No haré nada que tú no quieras, y no espero que quieras hacer nada. ¿Entiendes?

Naia lo miró a esos ojos increíbles, esa mirada que había capturado su esencia en el mismo momento en que se cruzó con la suya por primera vez. Una mirada que no se había podido sacar de la memoria ni del corazón desde entonces.

—Lo entiendo —dijo ella—. Pero no soy una niña y lo cierto es que esta habitación es genial, todo es genial y tú... eres tú. ¿Qué más puedo pedir?

Lobo se encogió de hombros.

—No lo sé, es solo que...

De pronto, parecía tan inseguro, tan vulnerable...

—¿Qué?

—Que no quiero que algún día sientas que has cometido un error conmigo.

Conmovida, Naia regresó a su lado y se colocó sobre sus rodillas, esta vez a horcajadas, para poder besarle y mirarle a los ojos con facilidad.

—Tú nunca serás un error, Dani —aseveró, más firme y segura de lo que realmente se sentía. Estaba a punto de decir algo que solo había dicho una persona antes que a él. A Nora—. Te quiero.

Aquellas palabras quedaron suspendidas en el silencio durante unos largos instantes, hasta que Lobo sonrió.

—Yo también te quiero, Naia.

Se besaron de nuevo hasta que todo a su alrededor desapareció; incluso la televisión quedó encendida, olvidada, cuando Lobo cogió a Naia en volandas, sin dejar de besarla, para trasladarla a la enorme cama que esperaba al otro lado de la habitación. Sobre el edredón blanco alguien había dejado un puñado de pétalos rojos que ambos decidieron ignorar, y continuaron comiéndose a besos ya tumbados sobre el colchón.

Naia tenía la cabeza en las nubes, le costaba horrores centrarse en algo que no fuese el modo en que Lobo lamía y mordía sus labios, o cómo sus manos, libres de cualquier restricción, acariciaban cada rincón de su cuerpo. Era delirante, algo que sobrecargaba sus sentidos hasta el punto de sentirse desmadejada, como presa de un hechizo. Ni siquiera fue del todo consciente cuando él le quitó el vestido y las medias, dejándola tan solo con la ropa interior.

Naia estaba segura de que, con cualquier otra persona, el hecho de quedarse desnuda habría marcado un punto de inflexión a partir del cual sus dudas se hubieran acrecentado. Pero no con Lobo. Con él todo parecía tan natural, tan sencillo, que incluso se sorprendió a sí misma agarrando los extremos de aquel albornoz que lo cubría para quitárselo. No supo si fue decepción lo que sintió al comprobar que, debajo de la prenda, no estaba totalmente desnudo, pero pronto esos pensamientos viraron en otra dirección.

Presa de ideas que nunca creyó que podía tener, Naia se observó a sí misma paseando sus dedos por las ondulaciones de su espalda, por sus brazos tatuados y por su abdomen plano.

El corazón, que ya le latía a una velocidad imposible, se le disparó en cuanto sintió que Lobo deslizaba la boca hacia su cuello, sus hombros, y más abajo. Él desabrochó su sujetador y paseó sus manos por la espalda de Naia antes de cubrir uno de sus pechos. Durante minutos que parecieron horas, Lobo continuó besando y acariciando su piel como si supiera exactamente cómo y dónde hacerlo, hasta que Naia notó una de sus manos deslizándose bajo su braguita. Al

instante se tensó, pero dejó que él la acariciara.

—Tranquila —susurró él en su oído, atrapando su lóbulo con los dientes justo después.

Naia se concentró en esas sensaciones, en el calor que desprendía el cuerpo de Lobo a su lado, en el delicado roce de sus labios cada vez que besaba su frente y su sien con cariño y, sobre todo, en cómo recorría con los dedos su humedad hasta encontrar el punto exacto de su centro. Se dejó llevar, vacilante al principio, hasta que sintió aquella escalada de fuego en su interior que hasta entonces solo había conseguido en soledad. Las oleadas de placer la sacudieron durante unos segundos, arrancándole un gemido que reverberó por cada átomo del cuerpo de Lobo.

No podía parar de mirarla, de besarla, de tocarla... Sentir cómo Naia se derretía entre sus brazos podía ser, probablemente, el momento más sensual de su vida.

—¿Estás bien? —le preguntó al oído en cuanto sintió que su cuerpo se relajaba.

Ella se volvió a mirarlo y sonrió, sus ojos se iluminaron.

—Sí, muy bien.

—Podemos dejarlo así, si quieres yo...

—No, no —replicó Naia, incorporándose un poco—. Quiero llegar hasta el final contigo.

—¿Estás segura?

Naia asintió, así que él dejó de luchar contra sí mismo.

Lobo se moría por dar rienda suelta a aquel instinto primitivo e irracional que le decía que era suya, que necesitaba poseerla de todas las formas posibles. A pesar de sentir tanto recelo hacia esa parte agresiva que antaño lo había dominado, permitió que algo de ese lobo hambriento aflorase en ese instante.

Se colocó sobre Naia y la besó con intensidad, casi con furia. En un abrir y cerrar de ojos se deshizo de las últimas capas de ropa que los separaban y buscó la protección que había traído consigo en el bolsillo del albornoz. Se la colocó sin perder tiempo y buscó con los ojos la mirada de Naia, esos ojos claros, puros... oscurecidos en ese instante por el deseo. Se hundió en ella, despacio, vigilando su expresión, consciente de cualquier signo de incomodidad. Pero Naia no dejó de mirarle a los ojos ni un segundo. La besó y se movió, lento, dentro de su cálido interior. Ella gimió pero lo abrazó con más fuerza, así que Lobo continuó besándola, moviéndose, avivando ese fuego que parecía querer consumirlos. Algo tan intenso, algo que le hacía sentir tan bien, tan vivo... corría el riesgo de volverse adicto.

—Te quiero, Naia.

—Y yo a ti.

Con cuidado, apresuró el ritmo de sus movimientos hasta que sintió que no había vuelta atrás, y se dejó llevar.

Supo entonces que, si había algo seguro en ese mundo era que, desde ese momento, Naia, su mirada limpia, su olor, su sabor y su increíble forma de ser se habían quedado grabadas bajo su piel, más profundo incluso que sus tatuajes. No le importaba si había sido un error. Nunca se arrepentiría.

—Pero, hija, ¿tampoco vas a venir por Semana Santa? —preguntó su madre al otro lado de la pantalla del portátil, a través de una videollamada.

—Es que... tengo mucho que estudiar, mamá.

—Bueno, está bien —replicó—. Espero que merezca la pena no verte en tantos meses.

Naia guardó silencio, avergonzada. Odiaba mentir a su madre, o más bien, omitir información. Sin duda estudiaría para poder sacar adelante el segundo cuatrimestre, ya que sus notas no eran demasiado buenas, pero la razón por la que quería quedarse en Madrid era, sobre todo, cierto chico de ojos verdes del que no creía poder separarse durante toda una semana.

—Naia, cariño, ¿estás bien? Te veo algo pálida y estás en los huesos. ¿Comes bien?

—Claro que como bien, mamá.

Ella no se veía especialmente delgada, pero era cierto que en las últimas semanas no había parado. Si no tenía clases, iba a ver a Lobo. A veces salía con Inés, aunque no había vuelto al Cábala... La suya era una rutina social y física mucho más activa de lo que había sido antes, en su ciudad. Además, cuando estaban solos, Naia y Lobo solían caminar a todas partes, compartiendo largas conversaciones sobre todo y nada en particular; sin mencionar las veces que hacían ejercicio de otra manera... más íntima. No es que tuvieran muchas oportunidades de estar solos, pero aprovechaban bien las pocas que surgían.

—Cuídate, ¿vale? —le dijo su madre a modo de despedida.

Naia cerró la tapa del portátil y comenzó a vestirse. Si no se daba prisa llegaría tarde a las últimas clases del viernes.

Durante el trayecto hasta la facultad escribió a Carla para decirle que no se verían en las vacaciones que empezaban la semana siguiente. Su amiga enseguida respondió.

«¡Nooo! ¿Por qué? Tenía muchas ganas de verte»

«Tengo que estudiar, y bueno... también quiero quedarme por Lobo»

«Estás colgadísima, eh»

Naia envió un emoji sonrojado.

«Oye, se me ocurre... ¿Qué te parece si voy yo a verte? Así me lo presentas. Tendré que darle el visto bueno»

«Claro, eso estaría genial»

Hablaron de algunos detalles antes de que Naia llegase a la facultad y luego, se despidieron. De alguna manera a Naia le hacía ilusión que Carla, alguien de su vida anterior a Lobo, lo conociera. Eso hacía más real su relación.

Las clases se sucedieron sin nada reseñable. Naia se esforzaba por seguir las explicaciones del profesor pero no podía evitar distraerse demasiado a menudo. Para cuando terminaron esas tres horas de lecciones en las que apenas pudo concentrarse, salió al exterior del edificio para encontrarse algo que la dejó atónita.

Ahí, en medio del patio central del campus había un grupo de personas con pancartas, voceando. De repente una chica desconocida la asaltó desde no supo dónde.

—Necesitamos firmas, compañera, para que se haga algo de una vez con tantos casos de sumisión química en nuestras zonas de ocio nocturno —dijo con aire combativo—. ¿Te puedes creer que después de una violación demostrada, se dejó en libertad al sospechoso? ¿A qué

tenemos que esperar, a que haya más víctimas o a que a la próxima la maten?

—Bueno, yo...

—A esta déjala, María —dijo una voz a su espalda. Bego—. Su novio es al que detuvieron.

La cara de perplejidad de la primera chica fue evidente.

—No es cierto, quiero decir, él es inocente. ¿Si lo soltaron, no es eso prueba suficiente? —se defendió Naia, muerta de vergüenza, pero también indignada con la situación.

—¿Sabes lo que es la prisión preventiva? A veces el juez la impone y otras veces no. Puede ser culpable y estar libre. ¡Por eso es peligroso! —contraatacó Bego.

—Lo soltaron sin cargos, Bego.

—¿Tienes pruebas?

—¿Y tú, las tienes?

—¿Sabes que hace dos noches hubo otra denuncia de violación? Es cuestión de tiempo que salga la verdad, lo que queremos es que no haya más víctimas y que la policía nos proteja— intervino la otra chica, la tal María, algo más conciliadora—. Si tan segura estás de que tu novio es inocente, firma.

—Pues claro que firmo —cedió Naia, furiosa, estampando un garabato en la hoja que le tendía.

—Gracias, espero que tengas razón pero, por si acaso, ten cuidado. Las mujeres debemos ayudarnos.

María se marchó sin más, pero Bego permaneció ahí, mirándola con desprecio. Naia intentó calmarse, tratar de hablar civilizadamente con quien había sido su amiga.

—Bego, entiendo tu postura, de verdad, si yo hubiese pasado por lo mismo que tú...

—Eres una hipócrita, Naia. Tú solo piensas en ti y en ese delincuente que te ha sorbido el seso. ¡Qué pena me das! —exclamó—. Pero tendrás que bajar tus humos cuando lo condenen por lo que nos está haciendo.

Naia suspiró. En los ojos de Bego no veía duda alguna, estaba tan convencida de lo que decía como que de que el cielo era azul o de que el agua mojaba. Decidió no seguir perdiendo el tiempo y se dio la vuelta, ignorando los gritos y lemas de las manifestantes a su espalda.

Solo unos minutos más tarde Naia escuchó pasos a su espalda. Al volverse esperaba encontrarse quizá a Bego, insatisfecha con el resultado de su enfrentamiento, pero se sorprendió al ver a Eric. Hacía semanas que no hablaban, desde la primera pelea con Bego apenas habían intercambiado un par de saludos en las aulas. No le importaba estar sola, o bueno... tal vez sí le molestaba un poco que Eric también la hubiese dejado de lado. A Bego podía entenderla, pero a él...

—Naia —la llamó él, sin necesidad, pues la chica ya se había percatado de su presencia.

—¿Qué pasa?

—¿Podemos hablar?

Naia sintió curiosidad.

—Habla.

Se dio cuenta de que, de pronto, Eric se había puesto nervioso. Comenzó a pasear delante de ella. En su cara se sucedían distintas expresiones: preocupación, duda, miedo y furia. Esta última fue la que tomó el control.

—Naia por favor entra en razón. Estas en peligro con ese tío, ha vuelto a pasar y...

—No ha sido él —insistió Naia por enésima vez.

—¿Como puedes estar tan segura?

—Porque lo sé, porque estoy con él y... le conozco.

Eric se mordió los labios, como si quisiera retener las palabras. Algo que no consiguió.

—Tú no eres como él, no es con él con quién deberías estar. Yo.... es que... yo...

—¿Tú, qué? ¿Qué quieres decirme, Eric?

—Que me gustas, Naia. Me has gustado desde el principio, desde que nos conocimos —reveló él de repente, dejándola perpleja. No sabía qué decir, y el silencio fue tan largo que Eric volvió a hablar—. He intentado decírtelo antes, pero es difícil.

—¿Por qué me lo dices ahora? —quiso saber Naia.

—Es que no soporto ver que estás con ese tío. Él no hace más que apagarte, hacerte más pequeña... Yo... Yo puedo darte lo que necesitas, yo sé...

—¿Por qué piensas que sabes lo que necesito? —interrumpió ella, confusa. No entendía de qué hablaba Eric.

—Porque estoy loco por ti, no he dejado de observarte y de ver cómo te hundías y te perdías cada día más —exclamó con vehemencia—. Faltas a clase, sacas malas notas, estás sola... No puedo quedarme quieto sin hacer nada sabiendo que podría salvarte.

Naia estaba perpleja. ¿Que se hundía? ¿Qué Lobo la apagaba? Sus pésimos resultados no tenían nada que ver con él, y el hecho de estar sola era una consecuencia de su pelea con Bego. Se sintió indignada.

—Eric... no tienes ni idea de lo que hablas.

—Sí lo sé, lo he visto antes —replicó, convencido—. Buenas chicas como tú que se dejan seducir por tipos como él: delincuentes que las manipulan.

Naia casi tuvo ganas de reír. Resultaba sorprendente cómo la gente podía interpretar las mismas cosas de maneras tan diametralmente opuestas. Era tan caprichoso... el modo en que cada persona formaba su propio guion en sus cabezas, una narración configurada al detalle, con sus tramas, sus giros y sus personajes, los buenos y los malos.

Sin embargo la vida no era una historia de ficción. No había malos ni buenos, ni blancos o negros. Había una gran escala de grises y personas que vivían gracias o a pesar de sus circunstancias. Tal vez Naia no había aprendido mucho de medicina en ese curso, pero sí había aprendido sobre la vida y, lo más importante: sobre sí misma. Suspiró.

—Eric, te agradezco tu preocupación, pero...

No lo vio venir. Se vio de repente aplastada contra un cuerpo más grande y fuerte que ella, mientras unas manos le sujetaban la cara. Los labios de Eric cayeron sobre los suyos sin delicadeza, más bien conquistando, reclamando. Naia tardó un segundo en reaccionar, pero varios en conseguir que, a base de golpes y empujones, él la soltase.

—¿Qué haces? —le exigió saber.

Eric se había apartado y no parecía tener intención de volver a besarla a la fuerza, pero tampoco se le veía arrepentido. Naia sintió la furia recorriendo sus venas y se lanzó a golpearle de nuevo. Eric se limitó a defenderse, parando los golpes con sus antebrazos, al menos hasta que ambos se percataron de que había alguien de pie a pocos metros de distancia, observándoles. Era Lobo.

—Espero que le pidas perdón, así no se trata a una mujer —dijo, acercándose. En su expresión no se percibía rabia ni celos, pero Naia pudo notar eso y mucho más bajo la superficie. Tembló de inquietud.

—Y eso lo dices tú —replicó Eric.

Lobo permaneció en silencio mientras se acercaba a Naia y la observaba con interés. Luego fijó sus ojos en Eric, desafiante.

—¿Qué pasa, me vas a pegar? —preguntó, burlón, este último.

Naia temió lo peor, de modo que intentó interponerse. Lobo se lo permitió, aunque no le quitó la vista de encima al que ya consideraba su rival.

—Vamos Eric, vete. Haré como si no hubiera pasado.

—Es que no lo entiendo, es un delincuente, solo te va a traer problemas.

—Te ha dicho que te vayas —repitió Lobo, con un tinte helado en la voz.

—¿Y tú me vas a obligar? —retó Eric.

—No, pero puedo llamar a la policía. Tengo entendido que el acoso callejero es un delito.

Eric parecía contrariado, tanto que Naia asumió que prefería pelearse con Lobo que irse sin más. Pero pasara lo que pasase, ella no podía permitir eso.

—Ni de coña, aquí eres tú el que sale perdiendo, siempre serás tú.

En ese momento, Lobo dio un paso adelante. Naia sintió que el estómago le daba un vuelco y trató de retenerlo, pero la furia en su mirada le resultó... aterradora.

—Claro, porque tú eres el bueno, ¿verdad? —gritó él—. Porque tienes dinero, una buena casa, una familia unida... Tu padre es abogado, empresario o lo que sea, alguien con poder. ¿Sabes? Estoy harto de los niñatos como tú que van por el mundo como si fuesen los dueños.

Tanto Naia como Eric permanecieron atónitos. Lobo no intentó pegarle, pero la ira destilaba en cada una de las palabras que exclamaba, con la mirada fija en Eric.

—Pero tengo una cosa clara —continuó—, y es que alguien como tú nunca se arriesgaría de verdad por ella. Yo sé lo que es el peligro, he estado en el jodido Infierno y volvería si fuese por Naia. Tú no serías capaz de hacer lo mismo, no te mancharías las manos por ella, porque no es lo correcto. A mí me da igual hacer lo correcto o no, a mí me importa ella. Así que mejor lárgate antes de que te parta la cara.

Eric se quedó pálido. Si pasó por su mente la idea de responder, enseguida quedó descartada. Por fin, carraspeó y lanzó una última mirada de odio a Lobo antes de irse, caminando despacio y sin dejar de echar la vista atrás, hasta que desapareció entre el resto de alumnos.

Naia respiró aliviada. Miró a Lobo, esperando encontrar en él la misma emoción, pero se asustó de nuevo al comprobar que la furia seguía ahí, destilando de sus ojos. Antes de poder decir nada, él se volvió hacia ella, le cogió de la mano y tiró. Caminó tras él, en silencio, durante varios minutos hasta que se atrevió a decir algo.

—¿Por qué estás tan enfadado?

Él no respondió ni tampoco la soltó. Siguieron andando hasta que Naia decidió cortar esa situación. Se plantó, tiró fuerte de la mano y lo obligó a mirarla.

—¿Qué te pasa? ¡Dímelo! —pidió ella—. ¿Es porque me ha besado? Yo no quería. Le he pegado.

—No, claro que no es por eso. Es que...

De nuevo el Lobo vulnerable asomaba a esos ojos atormentados. Naia empezaba a conocerlo.

—Nada de lo que ha dicho es cierto, tú y yo lo sabemos y eso es lo que importa.

—Pero... ¿y si es verdad? Que estarías mejor con él.

Naia negó con la cabeza y lo cogió de la chaqueta para obligarle a ponerse a su altura. Lo besó, lo abrazó y él se dejó hacer, y poco a poco ella notó cómo se destensaba.

—Yo decido con quién estar, y quiero estar contigo. No hay más que hablar ni nadie que deba opinar.

Los brazos de Lobo se cerraron fuerte en torno a su cintura.

—Te quiero.

—Y yo a ti —murmuró ella contra su hombro.

—¿Te acompaño a la residencia? —propuso él, separándose un poco para besarle la frente.

—Es viernes, ¿y si vamos a tu casa?

—¿Quieres? —dudó él—. Pensé que quizá querías salir con Inés.

Naia negó con la cabeza. No le apetecía estar con su amiga esa noche, lo que realmente quería era estar a solas con Lobo, o todo lo solos que pudieran estar.

Cogieron el transporte público esta vez y pronto atravesaron el umbral del pequeño piso que Naia ya sentía, en parte, como su propia casa. El murmullo del sonido de la televisión les llegó desde el salón. Sara estaba ahí.

Como siempre, ella los saludó tímidamente y se sentaron a su lado mientras terminaba el programa que estaba viendo. Naia le preguntó por los estudios y por sus planes para el fin de semana. Sara era muy poco sociable, apenas salía y no tenía amigas, pero compartía con Naia una pasión: la lectura. Por eso era una de las pocas personas con las que mantenía largas conversaciones sobre libros, historias y personajes que a ambas les gustaban. Se enzarzaron en una de ellas mientras Lobo preparaba algo para comer en la cocina.

—Estoy súper enganchada, pero en la biblioteca no tienen la segunda parte —mencionó Sara, señalando uno de los libros que Naia le había recomendado la semana anterior.

—Yo la tengo en casa de mis padres, de hecho tengo una edición especial. Te encantaría —comentó Naia.

—¡Ya te digo! Qué envidia...

—¿Sabes qué? Cuando vuelva te los traigo todos, tu cumpleaños es en verano ¿no?

—¿De verdad? —Los ojos de la chica, verdes, iguales a los de su hermano, brillaron llenos de emoción.

—Claro, será mi regalo.

—Pero no puedo esperar hasta verano para saber cómo termina la historia —se quejó con un mohín.

—¿Y si vas a otras bibliotecas? Puedes mirar en internet dónde lo tienen.

Naia sacó el móvil y buscó el directorio de bibliotecas de Madrid.

—Mira, hay uno disponible en una biblioteca junto al metro de Pacífico. No está lejos.

—Pues voy ya mismo.

—¡Eh! ¿A dónde crees que vas? —preguntó Lobo, que acababa de regresar al salón con una cacerola de pasta con tomate. A Naia le rugió el estómago—. Primero come, y luego te vas.

—Está bien.

Comieron los tres, charlando de tonterías, como una familia, como hacía años que Naia no se sentía en su propia casa. Nada más terminar, Sara se levantó, dejó su plato en la pila de la cocina y se fue a su habitación. Salió poco después, completamente vestida y lista para irse. Naia la despidió en la puerta mientras Lobo fregaba los platos.

—Tranquila, me quedará un rato en la biblioteca y empezaré a leerlo, así os dejo solos —le dijo Sara, con un guiño, antes de salir de la casa. Naia se sonrojó, pero le susurró un “gracias” antes de cerrar.

Al regresar a la cocina, él acababa de preparar café.

—¿Quieres? —le ofreció. Naia asintió y cogió la taza llena de humeante y aromática bebida.

—Yo la veo mejor, más animada, ¿no crees? —dijo, refiriéndose a Sara. Hacía ya varias semanas que la conocía y, aunque siempre era tímida, cada vez la notaba más cercana.

—Sí, y es gracias a ti. Le estás haciendo mucho bien, Naia —respondió Lobo con sinceridad. Luego sonrió un poco antes de añadir—. Y a mí también.

—¿Ah, sí?

—Sí —sentenció, poniéndose serio—. En otra situación parecida no habría dudado en golpear

a ese tío esta mañana. Pero... yo quiero ser mejor. Mejor para ti, para merecerte.

El corazón de Naia latió con fuerza y un calor con sabor a café le inundó el cuerpo.

—Tú eres bueno para mí.

—No sé si alguien más estará de acuerdo con eso.

—¿Lo dices por mis notas? —preguntó Naia. Lobo bajó la mirada, culpándose de algo que no le correspondía, como siempre—. Eso no tiene nada que ver, Dani. Es posible que, simplemente, no estuviera preparada o, no sé, quizá no sea lo que quiero.

Lobo torció el gesto. Naia se acercó a él y le cogió la cara para mirarlo a los ojos. Él cedió.

—La gente se equivoca constantemente de camino en la vida, pero al menos a mí me ha servido para conocerte, y eso es lo mejor que me ha pasado nunca. No me importan las consecuencias.

De nuevo, Lobo se forzó a sonreír y Naia se puso de puntillas para besarle. Se esforzó por imprimir en ese beso todo lo que sentía y pronto él respondió de igual manera. La estrechó con fuerza mientras sus labios se exploraban mutuamente, profundizando los besos, cada vez más agónicos.

—Tu madre tiene turno —murmuró Naia, con la respiración alterada. Lobo emitió un sonido afirmativo—. Y Sara ha dicho que tardaría en volver.

—¿Eso ha dicho?

Naia asintió en respuesta mientras él deslizaba su boca por su cuello, haciéndola estremecer.

—Vamos a tu habitación —sugirió ella.

Enseguida sintió un tirón y sus pies se elevaron del suelo. Por inercia, rodeó con sus piernas las caderas de Lobo y él le sujetó los muslos sin dejar de besarla. La llevó hasta la habitación y, con delicadeza, la dejó sobre la cama. Luego se colocó a su lado.

Continuaron besándose con pasión, uno junto al otro. La mano de Lobo se deslizaba con cautela bajo su jersey, acariciando su abdomen, el arco de su cintura y volviéndola loca, hasta que Naia decidió quitarse la preda, y también deshacerse de la camiseta de él.

Hasta ese momento no se había atrevido a llevar la iniciativa. Se había sentido torpe, avergonzada... pero desde aquella primera vez en San Valentín habían pasado meses y, aunque solo se habían acostado un par de veces más, Naia sentía que nunca era suficiente. La sensación de su piel contra la piel cálida de Lobo, sin nada que se interpusiera, los besos profundos e interminables, las caricias íntimas... aquel mundo nuevo para ella resultaba adictivo.

Se atrevió a dar un paso más y empujó los hombros de Lobo para colocarse sobre él. Al principio pareció sorprendido, pero pronto le regaló una de esas sonrisas arrebatadoras y colocó las manos sobre sus caderas, lanzando ráfagas de calor sin nombre por todo su cuerpo que terminaban concentradas en un único vértice. Naia lo besó con avidez y él desabrochó sus pantalones para introducir su mano y comenzar a acariciarla. Sintió la humedad, el estremecimiento que le producía cada roce de sus dedos y ese delicioso hormigueo que comenzaba a formarse.

Antes de poder darse cuenta, Lobo la empujó sobre el colchón y tiró de los pantalones hasta hacerlos desaparecer, junto con el resto de prendas. Acto seguido se deshizo también de su ropa y se reunió con ella, ambos completamente desnudos.

Sin embargo, en lugar de volver a besarla, su boca viajó abajo, mucho más abajo, hasta situarse entre sus piernas. Naia nunca había sentido algo así, y la sorpresa se entremezcló con la excitación de manera casi instantánea, progresiva, ascendente... hasta hacerla explotar con un gemido ahogado.

La intensidad de aquel momento la dejó tan abrumada que apenas se dio cuenta de que Lobo

se colocaba la protección antes de volver a pegarse a ella.

—Ponte encima —le sugirió con un susurro ronco. Naia accedió y se dejó llevar.

La molestia de las primeras veces había desaparecido, y cuando se unió a él ya solo sintió esa sensación de absoluta satisfacción y de calor en la piel que, poco a poco, se fue convirtiendo en espasmos de placer. Se movió buscando su propia liberación, sin ser del todo consciente de que ese camino tenía otra vía también para Lobo. Después ambos llegaron al final del trayecto con pocos minutos de diferencia.

Pasaron el resto de la tarde dejando pasar perezosamente las horas, hablando, abrazados, hasta que cayó la noche y se quedaron dormidos.

Sara

Tercera estantería al fondo, siguiendo el orden alfabético marcado en los cantos de los estantes. Eso le había indicado la bibliotecaria tras mencionarle el título de la novela que se moría por empezar a leer. La encontró, la sacó de su escondite entre dos gruesos tomos y se acomodó en la sala de lectura, en uno de los bancos acolchados, para comenzar a sumergirse en la historia que la tenía tan atrapada.

Había pensado quedarse allí un buen rato. Su hermano nunca se lo había pedido, incluso a veces insistía en que se quedara en el salón con ellos cuando estaban en casa, pero Sara prefería darles intimidad. Además, a veces le resultaba un poco incómodo. Nunca había visto a su hermano así... enamorado. Porque lo estaba, y hasta las trancas, de eso estaba segura.

Daniel era un chico complicado, siempre mostraba su parte dura pero, al mismo tiempo, nunca escondía su faceta cariñosa. Al menos no con ella. Era terco, a veces demasiado firme en sus convicciones, y tendía a molestarse con facilidad, o peor, a asumir toda la responsabilidad y culparse cuando algo iba mal. No confiaba en la gente y era lógico después de todo lo que había pasado. Por eso a Sara le sorprendía cómo era cuando esa chica estaba cerca, como si fuese invencible, como si supiera que todo iba a salir bien en adelante. Nunca antes había visto en él la mirada de infinita adoración que le dirigía a ella. A Naia.

Y lo cierto era que Naia era estupenda. ¿Cómo demonios había conseguido que una chica así se fijara en él? No tenía ni idea, pero Sara dio gracias por ello. Adoraba a su hermano a pesar del poco tiempo que había compartido con él en su vida. Ahora, él era la persona más importante del mundo para ella.

Sacudió la cabeza, quizá por no estar en su casa, en la comodidad de su habitación, la concentración le fallaba. Ya había leído tres veces el mismo primer párrafo del libro.

Fue entonces cuando sus ojos toparon con algo sobre la mesita baja frente a su asiento. Se fijó más. Era un periódico del día anterior. Lo cogió y leyó el artículo que le había llamado la atención por el título: «Nuevos casos de sumisión química en locales nocturnos de Madrid».

Con un nudo en la garganta, Sara leyó el texto que exponía que las alarmas habían saltado a convertirse en una investigación después de la denuncia por violación de una chica meses atrás y la detención de alguien que fue liberado sin cargos más tarde. A Sara un cosquilleo le recorrió la espalda, cubierta ya de sudor frío. Las fechas coincidían con aquel incidente. Los había escuchado discutir, a su madre y a su hermano. Ella no paraba de recriminarle que había vuelto a las andadas y él no dejaba de repetir que había sido un error, solo eso. Un error.

Sara sabía que Dani no había tenido nada que ver en esos sucesos horribles, pero no era el miedo por su hermano lo que hizo que se le revolviera el estómago y que tuviera que ir corriendo al baño para vomitar la comida. Era otra cosa... recuerdos que aquella noticia había removido, haciendo emerger el pútrido olor de lo que creía enterrado en el fondo de su memoria.

Lobo

Estaba más nervioso de lo que hubiera querido admitir. Causar buena impresión a una chica nunca había sido difícil para él, pero se trataba de la mejor amiga de Naia, alguien que pertenecía a ese mundo bueno y brillante del que ella procedía, y que a Lobo le daba tanto miedo comparar con el suyo. Salía perdiendo, mirase por donde mirase.

Carla bajó del tren a la hora acordada en la estación de Atocha y, en cuanto salió por la puerta, Naia corrió a abrazarla. Habían pasado casi cuatro meses y muchas experiencias desde la última vez que la había visto, pero aun así Naia había insistido en que él la acompañase. Quería presentarle oficialmente como su novio.

“Novio” qué palabra tan curiosa... Pensar en ella como su novia le hacía sentir extrañeza. Por un lado, un atisbo de posesividad, de vanidad, que le decían que era suya. Por otro, un destello de pavor, un tremendo miedo a perderla. Tener algo era a veces más difícil que no tenerlo.

Compuso su mejor sonrisa en cuanto Naia dejó de abrazar a su amiga y se acercaron. Carla era muy parecida a Naia, misma estatura, misma complexión... pero no tenía esa chispa, ese algo en su mirada que le había llamado la atención desde el instante en que la había visto caerse en el vestíbulo de la residencia. Carla era sencilla, Naia solo lo parecía.

—Hola, es un placer conocerte por fin —dijo ella dándole dos besos en las mejillas. Lobo le respondió de igual manera.

Los tres fueron a tomar algo a su ya habitual bar de las hamburguesas y allí Lobo se divirtió descubriendo anécdotas de la adolescencia de Naia que su amiga no se aburría de contar. Sin embargo no pudo dejar de notar que Carla solía mencionar a Nora, la hermana de Naia, todo el tiempo. Casi parecía que no hubiera sucedido nada en lo que ella no estuviera involucrada, como si fuese omnipresente, como si hubiese sido el centro de esa amistad y continuara siéndolo, incluso ahora. Lobo no pudo evitar darse cuenta de que, poco a poco, Naia se reía menos y se encogía más en el asiento.

Tras haberle contado todo aquella noche en el taller, no habían hablado demasiado de ello, de cómo se sentía Naia en relación a la ausencia de su hermana gemela. Pero en ese momento a Lobo no le hizo falta que ella lo pusiera en palabras, pudo comprobar de primera mano cómo Naia se esforzaba por ponerse siempre en segundo lugar, por vivir a la sombra de alguien que ya ni siquiera existía. Sintió una tremenda pena y unas ganas casi incontrolables de abrazarla, por muy extraño que resultase.

En ese momento, por suerte, la alarma de su móvil sonó. Era hora de irse.

—Tengo que irme a trabajar —anunció, y miró con cariño a Naia que le regaló una leve sonrisa.

No se contuvo, bajó la cabeza y la besó despacio, acariciándole el pelo, durante quizá más tiempo del que alguien consideraría adecuado. No le importó.

—Nos vemos mañana.

—Pasadlo bien esta noche —dijo él, sabía que por primera vez en meses Naia iba a llevar a Carla al Cábalá, con Inés y el resto. Naia seguía enfadada, a él ya le daba igual. Marina y Lalo nunca habían sido amigos de verdad, su relación era superficial, fácil de romper.

—¿Tú no vas a venir? —quiso saber Carla.

—No, esta vez no. Quiero que os divirtáis sin tenerme ahí molestando.

Ambas rieron. Lobo le guiño un ojo a Naia y se despidió de Carla con la mano antes de salir en dirección al taller. Lo que no esperaba era encontrar la calle repleta de gente con pancartas, gritando con vehemencia eslóganes que a Lobo le parecieron incoherentes.

Se quedó helado en la acera, a pocos pasos de la puerta de la tienda. Esos instantes, cruciales para escapar, le jugaron una mala pasada. Enseguida una de las chicas de aquel grupo lo vio y se lanzó contra él. Por fin, Lobo reaccionó. Se subió la capucha del abrigo y corrió, esquivando personas, hasta refugiarse en el interior de la tienda.

Ernesto estaba dentro, y no parecía contento.

—¿Qué pasa? ¿Por qué...?

—Mira, chaval, esto no puede seguir así —dijo su jefe—. He llamado a la policía para que los echen de aquí, pero no puedo permitir que vengan a destrozarme el negocio cada vez que se les cruza el cable.

—Se les pasará pronto, Ernesto, ya verás...

—Lo siento, pero creo que me equivoqué dándote una segunda oportunidad —sentenció Ernesto—. Esto es un negocio, necesito gente que no me dé problemas y esto... esto puede hundirme. Ya sabes que no es un negocio fácil.

—Pero...

—De verdad que lo lamento, pero estás despedido.

Lobo trató de insistir, aquello era injusto. Él no había hecho nada incorrecto, todo lo contrario. De no haber sido por él, aquella chica hubiera tenido un final muy distinto la noche de año nuevo, y sin embargo así se lo pagaba el destino. ¡Menuda mierda!

Por desgracia nada de lo que dijo hizo cambiar de opinión a su ya ex jefe.

Una hora más tarde, cuando la policía consiguió disolver ese pequeño grupo de protestantes que le había destrozado literalmente la vida, Lobo salió y puso rumbo de vuelta a casa, con los ánimos por los suelos. Pensó en llamar a Naia, ella era la única que podía hacerle sentir mejor en ese momento, pero lo desechó de inmediato. No quería estropearle el fin de semana, así que en lugar de llamarla a ella, marcó el número de Jaime. Quizá él pudiera echarle una mano.

18

Aquella noche el grupo de Lalo tocaba en un bar, por ese motivo Naia había aceptado la invitación de Inés para salir de nuevo con el grupo. Llevó a Carla y fingió que no estaba dolida con Lin, Ruth y Marina, quienes apenas se dirigieron a ella. La actuación tuvo lugar en una sala de conciertos del Barrio de las Letras, así que al final no fueron al Cábala, como era su plan inicial.

Naia había oído alguna vez a Lalo comentar que tocaba el bajo en un grupo, pero nunca se había interesado demasiado por ello. Sin embargo, Inés estaba como loca. Parecía una *groupie* de esas que salen en los documentales de los famosos. A Carla le hizo gracia y, a pesar de que acababan de conocerse, no dejó de bromear con ella. Ambas, Carla e Inés, eran en realidad bastante parecidas. Poseían un carácter abierto y dicharachero, tan distinto al de Naia que quizá por eso se llevaban tan bien. Se complementaban.

Tuvo que admitir que, durante la hora que duró el concierto, Naia se sintió atrapada por la música y el carisma de los cuatro componentes de la banda. La cantante era una chica con estética gótica que tenía una voz espectacular.

En cuanto el concierto terminó, sin embargo, los altavoces tomaron el relevo y comenzó a sonar la música comercial de siempre. Lalo se reunió con ellas al cabo de un rato y acaparó a Inés, o más bien ella se dejó acaparar.

Por primera vez en su vida, Naia la entendía. Entendía esa necesidad casi constante de estar al lado de alguien, de tocarlo, de besarlo... Entendía lo que era estar completa y locamente enamorada. Y así se lo hizo saber a Carla que, algo achispada por las copas que ya había bebido, comenzó a hacerle preguntas subidas de tono. Se rieron como nunca antes, mientras el resto del grupo bailaba y bebía a pocos pasos de distancia.

De vez en cuando Marina se unía a la conversación, intercambiaban un par de comentarios y volvían a distraerse. No le preguntó por Lobo. Naia no quiso decirle nada, pero no se sintió mal. Estaba con Carla y, como solía suceder, ellas tenían su propia burbuja. Eran las tres mosqueteras, aunque solo quedasen dos.

Era cerca de la una de la medianoche cuando Naia se dirigió al baño. De camino sacó el móvil y tecleó un mensaje de buenas noches para Lobo, que le contestó rápido con un emoticono lleno de corazones. Una sonrisa se dibujó en su cara.

En ese momento, mientras se lavaba las manos frente al espejo del aseo, miró a la chica que tenía al lado y sintió que algo tiraba de su estómago. Le sonaba de algo, de una búsqueda en las redes sociales... ¿Cómo se llamaba? Ana... ¡No! Andrea. Era la chica que Lobo buscaba con tanto ahínco.

No le dijo nada, pero al salir del baño, la siguió con cautela. La vio acercarse a una esquina donde había un puñado de gente en torno a una mesa alta. Sintió una ráfaga de adrenalina cuando reconoció en ese grupo a varios de los tipos que habían pegado a Lobo aquella paliza. En especial a dos de ellos: el tal Jorge y su hermano, Raúl.

Naia sintió que el corazón se le subía a la garganta cuando, tras un rato observándoles, vio cómo Raúl se acercaba a la barra y, con disimulo, echaba algo en la copa de una chica. Fue un movimiento rapidísimo, casi invisible... si no fuese por la atención que Naia estaba prestando, hasta dudaría de haberlo visto.

Su primer impulso fue acercarse a la chica y quitarle esa bebida envenenada, pero tenía que pensar con frialdad. Si la veían intervenir, la reconocerían. Podían hacerle daño.

Corrió hasta donde se encontraban Carla e Inés y las convenció para acercarse a la barra, cerca de donde se encontraba la chica que había sido objetivo de aquellos bárbaros, pero lo bastante lejos como para que ellos no pudieran verla. Se pasó la siguiente hora observando, sin quitar ojo de la presa que no sabía que lo era, hasta que Carla se dio cuenta.

—Oye, ¿qué te pasa?

—Nada...

—¿Cómo que nada?

Naia se preguntaba si podía confesarle la verdad. No quería meter a su amiga en problemas. Sin embargo, en ese momento, vio a la chica de la barra moverse. Se tambaleaba. Se puso el abrigo y, sola, se dispuso a salir del local. ¡Joder! ¿Es que sus amigas no veían que no estaba bien? Naia masculló una palabrota muy poco propia de ella y se dispuso a salir tras la inadvertida víctima; no le importó dejar a Carla con la palabra en la boca.

A medio camino de la salida, no obstante, se dio cuenta de que Raúl, él solo, salía tras la chica. Se detuvo y esperó unos segundos para aventurarse al exterior del local, segundos en los que Carla la siguió a ella.

—¿A dónde vas?

—No te lo puedo decir ahora, quédate aquí.

—Oye, tía, estás muy rara...

Naia la ignoró y salió al frescor de la calle justo para observar cómo Raúl y aquella pobre chica giraban la esquina. El pulso se le disparó. No sabía muy bien qué iba a hacer, pero echó a correr tras ellos y los alcanzó a pocos metros, en la calle perpendicular.

—¡Eh! —gritó. Raúl dio un respingo y se volvió hacia ella, en su expresión había tanto miedo como fastidio. Naia se dirigió a la chica que estaba medio desmayada—. Oye, te estaba buscando. Ven, que te están esperando.

—¿Quién eres? —consiguió balbucear la chica pero Naia la agarró del brazo y tiró.

—¿De qué vas, zorra? —le espetó Raúl, sin reconocerla—. ¿Por qué no te metes en tus asuntos?

—Te digo que la dejes. Se viene conmigo.

—La voy a dejar en su casa, ¡joder! ¿No ves cómo está?

—Ya la llevo yo.

Él cogió a Naia de la mano para apartarla, con fuerza, demasiada. Entonces Naia lo empujó. La chica cayó al suelo, desmadejada, y Raúl le lanzó una mirada llena de furia que a punto estuvo de hacerla correr. Fue entonces, en ese momento, cuando vio la chispa de reconocimiento.

—Un momento... ¿no eres tú la puta de Lobo?

Naia no tuvo que responder. En ese momento Carla apareció tras ella, llamándola. Algo en aquella situación alarmó a Raúl lo suficiente como para sentirse en peligro y reaccionar... la cogió del brazo tan fuerte que la hizo gritar y la zarandeó.

—Hija de puta, ¿quieres que te dé una hostia?

—¡Suéltame!

Carla se quedó paralizada a pocos metros, testigo de algo que nunca creyó que vería.

—¿Qué pasa? ¿No te bastó que le diésemos lo suyo a tu novio, quieres tú también?

Naia tenía miedo, no podía negarlo, pero también sentía rabia. Una ira visceral contra aquel monstruo. Su cuerpo se movió solo, por instinto. Lanzó una pierna con fuerza hacia delante, impactando en la pierna del chico, muy cerca de su zona más íntima. Aquel golpe le hizo aullar y

la empujó contra la pared con rabia. Naia se preparó para recibir un segundo golpe que supo que estaba al caer, lo sentía en esa mirada encendida que él le lanzó. Por suerte, alguien gritó desde la otra acera. Un grupo de chicos había visto lo ocurrido y le lanzaban advertencias a Raúl.

No tuvo más remedio que irse, con el ego más herido que la pierna y una mirada que prometía acabar lo iniciado, si es que algún día se volvían a cruzar. Naia se estremeció de puro terror, pero en cuanto lo vio desaparecer calle arriba, se tranquilizó.

Carla por fin se movió. Se arrastró hasta ella y se dejó caer a su lado.

—Llama a una ambulancia —consiguió pronunciar Naia. Le temblaba cada parte de su cuerpo, incluso la voz.

—¿Estás herida?

—No, pero ella sí —mencionó, señalando a la chica, inconsciente en el suelo.

Carla obedeció. Llamó a emergencias y se ocupó de todo mientras Naia intentaba recuperar el ritmo normal de sus pulsaciones.

—¿De qué coño va esto, Naia? —quiso saber su amiga unos minutos más tarde mientras esperaban—. ¿Quién era ese y por qué estaba a punto de golpearte?

—Yo...

—No me digas que no lo sabes o que no me puedes contar nada —replicó Carla—. Desde que viniste a Madrid estás muy rara, ¿sabes? ¿Te estás metiendo en líos?

—No es eso, de verdad Carla. Es solo que ese tío le ha metido algo en la bebida a esta chica, y hace un tiempo que está habiendo casos de estos en la zona. Solo he hecho lo que debía para salvarla.

—A ver, que yo me entere, te has metido en medio para evitar que se llevaran a esta chica que no conoces de nada, ¿quién coño te crees que eres, Super Woman? —bramó Carla, cada vez más nerviosa—. ¿Y qué ha sido eso de tu novio? ¿Lo conoce? ¿Qué tiene esto que ver con él?

—Es que...

Naia se rindió. No tenía sentido seguir manteniendo a Carla ignorante de todo lo que había pasado en su vida en los últimos meses, tampoco lo relacionado con Lobo y su pasado, al menos en lo que podía afectar a su relación. Le habló de sus años en el reformatorio y su salida, de la banda a la que no quiso volver y cómo le habían acusado de los casos de sumisión química que, en realidad, eran cosa de sus antiguos amigos. Con cada palabra que salía de sus labios, Carla palidecía más y más. Para cuando llegó la ambulancia, le había contado la historia completa.

Los paramédicos se llevaron a la chica desmayada y la policía, que llegó al mismo tiempo, les tomó declaración a Naia, a Carla y a los chicos que las habían ayudado a ahuyentar a Raúl.

Eran más de la una de la madrugada cuando todo terminó, así que Naia decidió volver a la residencia, a lo que Carla estuvo de acuerdo. Tenía varios mensajes y llamadas de Inés preguntando dónde estaba. Al parecer, dentro del local nadie se había enterado de nada. Le respondió que habían decidido marcharse y que se verían al día siguiente.

Emprendieron el camino de vuelta en taxi. Durante el trayecto ni Naia ni Carla cruzaron palabra y ni siquiera hablaron mientras se desvestían y desmaquillaban para irse a dormir en la cama que compartirían esa noche, la cama de Naia. Fue ya a oscuras, esperando que les encontrase el sueño, cuando Carla por fin dijo:

—Creo que no deberías haber venido a Madrid, Naia.

—¿Por qué?

—Esto... es demasiado. Tú no eres así. Esta no eres tú —murmuró, dándole la espalda.

A Naia aquellas palabras le molestaron quizá más de lo que deberían.

—¿No te has planteado que quizá por fin soy yo misma?

—No, te conozco.

—La gente cambia.

Carla suspiró.

—No me gusta este cambio. No me gusta ese novio tuyo.

Naia se incorporó en la cama.

—¿Qué culpa tiene él de lo que ha pasado?

Carla suspiró de nuevo, más fuerte.

—No es que tenga la culpa, pero es estar con él lo que te ha llevado a la situación de esta noche. Creo que deberías replantearte las cosas. No merece la pena si te pone en peligro.

Naia bufó, se dio la vuelta en la cama y le dio la espalda a su amiga.

—Si merece la pena o no, no eres tú quien lo decide.

Hubo un minuto de tenso silencio. Si no fuera por la evidente sensación de malestar que las rodeaba, Naia hubiera creído que Carla se había dormido.

—¿Se te ha ocurrido pensar en qué diría Nora de todo esto?

Una extraña mezcla de pena, rabia y contrariedad se alojó en el pecho de Naia.

—Sí —respondió Naia solamente.

—A ella tampoco le gustaría.

—Ella no está.

—Ojalá estuviera.

La tristeza era tan palpable que casi se comió su enfado. Casi.

—Carla, no puedes decirle nada de esto a mis padres —sentenció Naia.

—No pensaba hacerlo, al menos no por ahora.

—Ni ahora ni nunca, prométemelo.

—Naia...

—Si de verdad eres mi amiga, me lo prometerás.

De nuevo, un silencio largo y pesado.

—Está bien.

Tardaron muchos minutos en conciliar el sueño, pero no volvieron a hablar. A la mañana siguiente ambas, como si de un acuerdo tácito se tratase, decidieron fingir que nada había sucedido. Pasaron el día haciendo turismo y a última hora de la tarde Naia acompañó a Carla a la estación para abandonar Madrid.

Se despidieron como siempre, con una sonrisa, aunque en esta ocasión estuviese llena de reproches y advertencias. Por primera vez desde que se conocieran, Naia sintió alivio al alejarse de su amiga, y una honda preocupación al comprobar que no estaba segura de que mantuviese su promesa, que entendiera su punto de vista... ¿Por qué le costaba tanto a la gente, a Bego, a Carla, incluso a Inés, mirar por encima de las apariencias? Por desgracia siempre era más fácil culpar a quien ya había sido culpado que llevar la contraria a la marea.

Cansada y angustiada, Naia regresó a casa. Inés la esperaba, pero decidió no contarle la verdad de lo sucedido la noche anterior. Prefirió poner una película y verla juntas, fingir que todo iba bien, que solo era un domingo cualquiera... y lo consiguió.

19

El lunes por la mañana tenía varias horas de clase que fueron como una tortura. Su madre le había escrito para preguntarle por el fin de semana y Naia no pudo evitar temer que Carla les hubiese ido de inmediato con el cuento. Por suerte, solo fueron imaginaciones suyas.

En el cambio de clase, mientras tomaba un café sola, como ya era habitual, en la cafetería, vio a Eric de lejos. Iba acompañado de otros chicos y chicas y ni siquiera se dio cuenta de su presencia. Suspiró, le hubiera gustado ser más sociable, tener más desparpajo para haberse metido en otro grupo cuando sus amigos le dieron de lado.

Miró el móvil. Había en Instagram varias fotos del sábado antes de que todo se torciera, fotos en las que parecía feliz junto a Carla, Inés, Ruth y Marina. Pero lo cierto era que todo resultaba ser pura fachada. Todo.

Entre los corazones que la gente había regalado a aquellas fotos se encontraba también el de Lobo. Lobo que seguía teniendo un perfil vacío y una sola publicación: la foto con ella.

Lo echó de menos tanto que decidió escribirle, aunque sabía que tenía una cita con ese asistente social con el que se reunía a menudo. Podía decir que era su único amigo, dadas las circunstancias.

«Tengo ganas de verte. ¿Puedes quedar hoy?»

Esperó, pero media hora más tarde, no había contestado. Con fastidio, Naia regresó a las clases y pasó el resto de la mañana con la mente en las nubes.

Después de comer en la residencia con Inés, que no paraba de hablar del grupo de Lalo y de que, al parecer, alguien importante los había visto tocar ese fin de semana, se fue a su habitación con la firme intención de estudiar un poco. Pero le fue imposible.

Acababan de dar las tres cuando salió en dirección al taller, aun siendo consciente de que Lobo entraba a las cuatro y que estaría ocupado hasta la noche. Esperó en la puerta. Apenas unos minutos antes de dar la hora en que debería haber llegado al trabajo, Lobo la llamó al móvil.

«Perdón, me había dejado el móvil en casa» escribió, «¿Voy a recogerte más tarde a la residencia?»

«Estoy en la puerta del taller, esperándote»

Tardó un minuto en responder.

«No voy a ir» fue lo que apareció escrito en la pantalla.

No le dio tiempo a responder. En ese momento, Ernesto, el dueño, apareció doblando la esquina y la miró con curiosidad. Naia lo había visto un par de veces, así que le saludó. El hombre respondió con desinterés mientras abría la persiana.

—¿Le estás esperando? —quiso saber. Naia asintió—. Ya no trabaja aquí, no va a venir.

Naia estaba perpleja. Volvió a los mensajes de su móvil y escribió:

«Ernesto me lo ha dicho. ¿Puedo ir a tu casa?»

«Está bien».

Naia no esperó más, puso rumbo al lugar que conocía ya tan bien. Media hora más tarde llamó a la puerta del lúgubre piso. Fue Sara quien abrió. Parecía lista para salir.

—Hola, Naia —dijo.

—He venido a ver a tu hermano —explicó, sin necesidad.

—Está en la habitación —dijo la chica—. No lo está pasando muy bien, no seas dura con él.

—No pensaba... —Naia se preguntó si acaso parecía enfadada. Luego se percató de que Sara salía al rellano—. ¿Te vas?

—Sí, voy a la compra, ¿quieres que te traiga algo?

Naia negó con la cabeza, se despidieron y entró en el piso. Enseguida reconoció la silueta de Lobo en el pasillo. Parecía que no había nadie más en casa.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber ella.

—Lo de siempre —contestó—. Mi reputación no es buena para el negocio.

Lobo parecía realmente abatido, sus ojos verdes, siempre llenos de luz, se encontraban apagados. Naia se acercó a él y lo abrazó por la cintura. Se alegró al notar cómo le respondía, rodeándola y besando su frente.

—He estado esta mañana con Jaime, dice que me ayudará a encontrar otra cosa. Espero que consiga algo pronto.

—¿Hay algo que pueda hacer por ti?

—Nada, ya haces bastante —respondió él, forzando una sonrisa—. Cuéntame qué tal el fin de semana.

Naia se lo temía y había pensado en ello durante el trayecto hasta allí. Al final no había manera de evitarlo, tenía que contarle lo que había visto la noche del sábado en aquella sala de conciertos.

Cogió a Lobo de la mano y lo llevó hasta el salón. Se sentaron en el sofá, Naia cogió aliento, y comenzó a narrarle con detalle su periplo.

Le explicó que había visto primero a Andrea Pina en el baño y que la siguió para descubrir que estaba en ese local junto a un grupo en el que se incluían sus antiguos amigos. ¿Cuál era la relación que los unía? No tenía ni la más remota idea. Lobo tampoco.

Le contó lo que había presenciado después y también cómo había salido del local tras la chica para evitar que Raúl se la llevase. Lobo se puso tenso.

—¿Cómo se te ocurre hacer eso? Podría haberte hecho daño, joder —le advirtió. Estaba furioso, pero no con ella. Su mano seguía entre las suyas. Al menos hasta que Naia respondió.

—Hay que ir a la policía. Yo lo vi y tú los conoces.

Durante un segundo él pareció meditar esa opción, pero al final se puso en pie y paseó nervioso por el salón.

—No, no podemos —le recordó—. Atarían cabos y sabrían que has sido tú.

—La policía sabrá qué hacer.

—No me fío de la policía —admitió él—. No hasta ese punto. No si me estoy jugando la seguridad de mi madre, de mi hermana... de ti.

Naia se levantó también, contrariada. ¿Acaso no veía que era la única salida? No importaba que ya no formase parte de la banda, su simple existencia siempre sería la oscura nube que se cierne sobre él, asfixiándolo con su niebla tóxica. Nunca dejarían de molestarle.

—Si tú no lo haces, lo haré yo sola.

—No, no lo harás —replicó Lobo. En su mirada había enfado y miedo.

—No puedes impedirme que denuncie un crimen, Lobo.

—¡Mierda! Es que no lo entiendes —alzó la voz—. Podrías llevar a uno a la cárcel, quizá a dos, pero ¿y el resto? No se van a quedar quietos, buscarán vengarse.

—Entonces ayuda a la policía a encerrarles a todos.

—No seas ingenua, eso es imposible.

—Dijiste que traficaban con droga, que había un taller ilegal... si les dices todo lo que sabes podrán detenerlos —insistió ella, pero Lobo estaba demasiado asustado.

—¡Basta! He dicho que no —gritó él, y esta vez, al mirarla, Naia sintió que no iba a haber lugar para la discusión.

Sintió la frustración burbujeando en sus venas. Tenía ganas de gritarle, de sacudirle para que reaccionase.

—Si tú no vas a intentar ayudarte a ti mismo, lo haré yo —masculló ella en voz baja. Luego se dio la vuelta, dispuesta a salir de ahí. Sin embargo, Lobo la agarró del brazo.

—No, Naia, por favor... —la furia había desaparecido de sus ojos de repente, ya solo quedaba miedo, un terror que casi podía olerse—. No lo hagas, no.

Una parte de ella quiso ceder, calmar ese miedo, consolarlo... pero no podía. Lo quería demasiado.

—Vamos a hacerlo juntos.

—No puedo, ¿no te das cuenta? Si fallo ahora, todo lo que he pasado no habrá servido de nada —sollozó él cogiéndola del brazo todavía. Había una cruda súplica en su mirada y en el tono de su voz—. Tú no lo entiendes, no sabes hasta dónde pueden llegar. Tú no sabes lo que es estar atrapada.

Lobo tenía razón en algo, quizá ella no comprendiese del todo la situación, quizá no conocía bien a los que ya consideraba enemigos, pero sí sabía lo que era estar atrapada, no saber qué camino tomar ni qué hacer para que la vida doliese menos. Resultaba irónico y triste que fuese él, Lobo, quien la hubiera ayudado a sanar su propia herida cuando él no podía hacer lo mismo con las suyas.

Pensó entonces en Bego, en esa ira profunda que había nacido en ella después del que, probablemente, había sido el peor trance de su vida. Pensó en ella y en la chica de la otra noche, y en todas las que habían pasado por lo mismo antes que ellas.

—Puede que yo no lo entienda del todo. Quizá si me hubiesen drogado y violado a mí lo entendería —replicó Naia, furiosa—. ¿Los denunciarías si ese fuera el caso, o ni siquiera entonces tendrías los huevos de enfrentarte a ellos?

Lobo palideció, sus oscuras ojeras se hicieron más visibles y la contradicción se dibujó en su cara, pero no contestó.

—Sigues siendo el mismo crío al que engañaron, Dani ¿no te da rabia? —añadió, aun sabiendo que le dolía—. Si nadie hace nada, ellos ganan.

Apenas hubo acabado de pronunciar estas palabras, Naia escuchó un crujido a su espalda. Se dio la vuelta para encontrar a Sara en el umbral cargada con una bolsa de la compra. Los miraba con los ojos brillantes y, en cuanto se sintió observada, ahogó un gemido, dejó la bolsa en el umbral de la puerta y corrió a esconderse en la habitación del fondo del pasillo.

Lobo suspiró y su expresión cambió. Se volvió fría y... cansada. Como si se hubiera rendido.

—Está bien, haz lo que quieras, pero no cuentes conmigo —y en sus palabras Naia percibió algo que, esta vez sí, la aterró. Resentimiento.

Con los hombros hundidos, Lobo la dejó en el salón y recogió la compra. Sus movimientos eran lentos, parecía agotado y pensativo. Naia no dijo nada, lo observó en silencio durante varios minutos hasta que terminó de recoger los productos en sus correspondientes lugares. Finalmente él apoyó ambas manos en la encimera de la cocina y habló.

—Creo que deberías irte a casa, Naia.

Una sensación gélida se derramó en su pecho, algo tan doloroso que sintió la tentación de retirar todas y cada una de sus palabras, de suplicar su perdón y hacer como si nada hubiese pasado. Pero no podía. Estaba segura de tener razón esta vez.

Aguantando las lágrimas, Naia recogió sus cosas y abandonó el piso. Tampoco lloró en el

autobús que la llevó de vuelta a la residencia. Esperó a estar a solas en su habitación para dejar salir las lágrimas de cólera y pena que la ahogaban.

Ni ella ni Lobo se hablaron en lo que restaba de semana.

Sara

Había ido tres veces hasta aquel edificio.

La primera ni siquiera había entrado al amplio vestíbulo. La segunda se había quedado muda delante del mostrador de información. La tercera, por fin, dijo lo que había ido a decir.

—Quiero poner una denuncia.

La mujer policía que atendía ese espacio la miró, solo un segundo.

—Muy bien, espera un momento y enseguida traigo a alguien para que te tome declaración.

Con manos y piernas temblorosas, Sara permaneció frente a aquel mostrador sin saber a dónde mirar. Había pensado mil veces en lo que iba a decir, incluso lo había escrito para no dejarse nada, pero en el momento en que un hombre de mediana edad con pelo grasiento y un ligero sobrepeso la llamó, se quedó en blanco.

—Bien, ¿cuál es tu nombre?

—Sara Lobo García.

—¿Edad?

—Dieciséis.

—¿Has venido sola?

—Sí.

—¿Cuál es tu denuncia?

—Es sobre esos casos de chicas que están siendo drogadas... las que han... vio...

No pudo decirlo, sintió ganas de vomitar.

—¿Te encuentras bien?

—Sé quién ha sido —declaró, reuniendo todo su coraje.

El policía la miró, confuso y escéptico.

20

Aquella había sido una de las peores semanas de su vida.

Los últimos exámenes parciales habían resultado desastrosos, era incapaz de concentrarse en las clases y Lobo no le había escrito, ni siquiera para saber si había ido a poner la denuncia a la policía.

Naia llevaba dos noches sin dormir. No podía creer que la hubiera cagado tanto y tampoco podía dejar de preguntarse si acaso eso era todo, si su frágil estabilidad había terminado por romperse de tanto estirla, de llevarla hasta el límite. Si de verdad había estropeado lo que ella y Lobo tenían.

No se había atrevido a cumplir su empeño de denunciar lo sucedido la semana anterior. No podía dejar de pensar en el vívido terror que sabía que Lobo sentía a las represalias de su antigua banda, y eso la ponía frenética.

Estaba agotada cuando se sentó en la cafetería y pidió un café, consultando por enésima vez su móvil. Había escrito mil veces un mensaje de disculpa, un ruego para que Lobo le respondiera que todo estaba bien, que se verían esa noche y que todo volvería a ser como antes, pero no lo había mandado todavía. Siempre terminaba borrándolo.

Apenas se había terminado el café cuando vio a Bego y a sus nuevas amigas entrar en el recinto. No quería que la vieran, un enfrentamiento con ella era lo último que necesitaba en ese momento y, seguramente, incluso una mala mirada podría afectarle de más.

Decidió pues saltarse las últimas horas y volver a la residencia. A media mañana no solía haber nadie, así que se convenció de que se sentiría mejor una vez estuviera de regreso en su habitación. Escogió regresar caminando. El tiempo era cada vez más agradable y ese día se había abrigado de más. La chaqueta le sobraba, de modo que se la quitó. Aun así, tenía calor.

Acababa de llegar al portal y de saludar a Maribel cuando su móvil sonó. El corazón le saltó en el pecho y se detuvo en el rellano del primer piso para consultar el aparato. Deseaba con todas sus fuerzas que fuese un mensaje de él, algo conciliador, pero era un email de la coordinación de becas de su facultad. El curso terminaría en cuestión de dos meses y a esas alturas era imposible que sus notas se recuperasen, de modo que no podría optar a la beca en el siguiente curso.

“Bueno, así no tendré que volver el año próximo” se sorprendió a sí misma pensando. Acto seguido otro pensamiento saltó a su mente: “¿Cómo voy a decírselo a papá y mamá?”

Naia sintió que se le aceleraba la respiración y que el calor era insoportable. Su cabeza se convirtió en un alboroto, un caos de pensamientos enredados que no paraban de girar y girar. Ni siquiera era capaz de centrarse en uno solo, agarrar uno, procesarlo y continuar pensando. Al menos hasta que un recuerdo saltó, se hizo más presente.

El recuerdo de su última conversación con Nora. Su promesa... Y la certeza de que la había roto.

Su garganta se cerró y, por más que intentaba respirar, el aire no entraba. Se apoyó en el pasamanos, angustiada, con los ojos llenos de lágrimas y los latidos de su corazón martilleándole en los oídos. ¿En qué momento se había equivocado? ¿Cuál era el error que había cometido? Ese error tan grave que no dejaba de atormentarla.

—¿Naia? ¿Estás bien? —dijo una voz a su espalda.

La última persona con la que le apetecía encontrarse apareció en su campo de visión. Los ojos

oscuros de Evelyn la miraron con preocupación.

—Oye, respira. Voy a llamar a alguien.

Naia se dejó caer en el suelo enlosado del rellano mientras Evelyn bajaba en busca de ayuda. Aunque a Naia le parecieron horas, seguramente apenas habría transcurrido un minuto cuando Maribel apareció por la escalera.

Entre las dos, con paciencia, consiguieron que Naia dejase de jadear en busca de aire y se calmase. Y aunque ninguna de ellas era la persona más apropiada para escucharla, Naia no pudo evitar desahogarse. No les contó nada sobre Lobo y su discusión ni tampoco sobre Nora. Se limitó a hablarles de la beca perdida.

—No te angusties, mujer —indicó Maribel con su habitual desparpajo—. Puedes intentar estudiar otra cosa. ¡Será por gente que se cambia de carrera!

—También puedes estudiar en otro sitio que no sea tan caro, es que lo queremos todo —picó Evelyn. La inquietud se había desvanecido de su expresión en cuanto Naia había empezado a encontrarse mejor. Estaba claro que no eran amigas, pero se sintió agradecida con ella, de alguna extraña manera.

—Gracias, yo... mejor me voy a mi habitación —señaló Naia.

—Avisa si necesitas algo, cielo —indicó la portera, a lo que ella asintió.

Evelyn y Naia se quedaron solas. Pensó que la morena no iba a decir nada, así que Naia se dio la vuelta para subir a su piso, pero la voz de Evelyn la detuvo.

—Oye, tú...

La miró. Parecía azorada por algo... indecisa.

—¿Qué?

En lugar de hablar, Evelyn sacó su móvil del bolsillo y se lo mostró. Un perfil de Instagram vacío, eliminado.

—Se ha borrado la cuenta —se refería a Lobo, por supuesto.

El corazón le dio una dolorosa sacudida en el pecho.

—No lo sabía —admitió Naia.

—No puedo decir que lo sienta —señaló entonces Evelyn. Naia no había revelado nada, pero era fácil deducir que algo malo había pasado entre ellos—. Pero entiendo cómo te sientes tú.

Aquello era mucho más de lo que nadie le había dicho en mucho tiempo. Justo lo que necesitaba oír en ese momento. Era un fastidio que aquel consuelo procediera de esa chica odiosa que un día llegó a considerar rival.

Naia se limitó a despedirse con un gesto de la cabeza y se encerró en su habitación. La angustia no había desaparecido del todo, seguía costándole un gran trabajo respirar, pero al menos en la soledad de ese dormitorio que ya consideraba más su hogar que su verdadera casa, pudo llorar hasta sentir que el peso de sus problemas se aligeraba un poco. Al final se quedó dormida.

Fue el sonido de su tono de llamada lo que la despertó. No miró siquiera quién la llamaba. Adormilada, respondió.

—¿Diga?

—Estoy abajo, ¿puedes bajar? —la voz de Lobo rasgó la línea—. Necesito verte.

Naia saltó de la cama y se asomó a la ventana. Desde ahí pudo distinguir su silueta. Se le formó un nudo en la garganta.

—Voy.

Colgó y se lanzó hacia la escalera con los nervios a flor de piel. Tenía ganas de lanzarse a sus brazos, de llorar en su hombro y pedirle perdón por lo que sea que había hecho que se

distanciaran. Ya nada de eso importaba y no lo pensó. Cuando estuvo frente a él, simplemente nada importó.

Lobo abrió los brazos para acogerla y Naia se dejó abrazar.

—Lo siento —fue el primero en hablar.

—No, yo lo siento.

—Tenías razón, pero no quería admitirlo.

—No he ido a denunciar —reveló Naia con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Quieres que vayamos juntos?

Naia negó con la cabeza. No tenía fuerzas para hacerlo, no en ese momento. Solo quería estar con él, con Lobo, Recuperar cada momento que habían estado separados, arreglar lo que pudiera haberse deteriorado.

Lobo

Tenía tanto miedo que se había quedado paralizado, como un animalillo en medio de una carretera, ante los faros de un coche a punto de arroyarlo. Tenía tanto miedo que no había sido capaz de entender a Naia, su empeño, su sentido de la justicia. Sentir que se alejaba, que la perdía, había sido el empujón que necesitaba para reaccionar. No podía siquiera pensar en estropear lo que tenían, no podía aceptar que ellos también le arrebataran eso.

Se había propuesto contactar con ella muchas veces, incluso había ido a su residencia, pero no se había atrevido a presionar el botón de llamada, hasta ese viernes. Ya no podía más. Necesitaba verla.

Sentir su abrazo lo llenó de alivio, de calma... Si ella estaba a su lado se sentía capaz de cualquier cosa incluso de enfrentarse a los demonios del pasado.

Decidieron dejar la denuncia para otro momento y dedicarse primero el uno al otro, a lo importante. Cogieron el autobús en dirección a la casa de Lobo sin dejar de mirarse, de cogerse de la mano... La besó y guardó sus sonrisas en la memoria para recordarse que con ella nunca valdría el orgullo ni la terquedad. Nada merecía la pena si la consecuencia era estar enfadados.

Llegaron a su ruinoso bloque antes de que anoheciera. A pesar de que había sentido verdadera vergüenza de llevar a Naia ahí al principio, pronto comprendió que a ella no le importaba que no viviera en un lugar bonito ni espacioso. Tampoco le importaba compartir sus tardes con su familia ni parecía que a su madre le importase la presencia de Naia, a pesar de las múltiples discusiones que temas similares habían desatado con anterioridad. Con Naia era diferente. Ella era como la luz que había llegado solo para iluminar y calentar su mundo.

Atravesaron la puerta de entrada riendo de algún comentario que Lobo no recordaría después. La casa parecía silenciosa, vacía. Su madre no tenía turno en el trabajo, pero seguramente habría salido con sus amigas, como solía. En cuanto a Sara...

Lobo se dirigió a la habitación pero Naia se quedó quieta. Le dio un rápido beso en los labios antes de decir:

—Voy al baño un momento.

Él asintió. Entró en el dormitorio que compartía con su hermana y enseguida algo llamó su atención sobre el escritorio que había delante de la puerta. Un cuaderno de tapas moradas estaba abierto y en la superficie de la blanca página dos palabras estaban escritas en tinta roja, grandes, brillantes... “Lo siento”. Lobo lo cogió, confuso.

Al instante un grito desgarrador le llegó desde el pasillo. Corrió, alarmado, y vio a Naia con una expresión de horror pintada en la cara mientras señalaba algo. Al asomarse al interior del cuarto de baño el corazón de Lobo se detuvo a medio latir.

Ahí, en el suelo de baldosa desgastada, se encontraba Sara con los brazos ensangrentados, llenos de cortes de diversa profundidad. Un pequeño charco de sangre se había formado a su alrededor. Se lanzó hacia ella y comprobó con gran alivio que, aunque estaba pálida e inconsciente, respiraba.

—¡Joder, Sara! Despierta, vamos —la llamó. Sacó el móvil y, rápido, marcó el número de emergencias.

Le temblaban las manos y la voz cuando la operadora respondió, pero comunicó lo ocurrido con claridad. No pudo evitar llorar como un niño en cuanto colgó. Sintió entonces a Naia a su espalda, recuperándose del shock. La vio colocar toallas alrededor de los brazos heridos de Sara y presionar para cortar la hemorragia. La imitó. Ambos permanecieron callados, en un silencio

denso, cargado de contenido. Lobo no podía dejar de llorar.

Aquella media hora de espera fue la más larga de su vida, pero cuando llegó la ambulancia, Sara seguía respirando. Eso era lo único importante.

21

Lobo se marchó con su hermana en la ambulancia y Naia se quedó ahí, en ese piso, tratando de poner en orden sus pensamientos. El impacto había sido tan grande, tan crudo...

Sentía que su cuerpo había desconectado de su mente. Solo podía ver el charco de sangre en el baño, de modo que se dispuso a ayudar de la única forma que se le ocurría. Limpiándolo.

Se afanó durante un buen rato hasta que consiguió eliminar los restos de rojo de las baldosas grises. Fue entonces cuando vio el cuaderno de tapas moradas.

Estaba tirado en el suelo en medio del pasillo. No sabía cómo había llegado hasta ahí pero en cuanto lo cogió y leyó ese enorme “Lo siento” en letras rojas supo de qué se trataba.

Lo que no imaginaba era que estaba a punto de descubrir el terrible secreto de Sara. Una historia que la dejó tan destrozada que, después de leerla un par de veces, por si acaso había entendido mal, necesitó al menos otra hora para recomponerse.

Salió de la casa con aquel cuaderno en el bolso. No podía imaginar lo que diría Lobo cuando se enterase, no quería imaginarlo.

Estaba oscuro ya cuando salió a la calle y, en cuanto se alejó de las calles estrechas y llegó a una avenida, cogió un taxi en dirección al hospital donde habían llevado a Sara.

En su mente había mil pensamientos, mil emociones, todas entremezcladas y confusas. La muerte y la pérdida eran sus viejas conocidas, pero nunca así, nunca tan violento. El miedo en su vida siempre había sido un compañero calmado y constante. Las enfermedades tenían esa parte buena: que las veías venir.

Sara

Hace 3 años.

Aquel era su tercer verano en ese centro y Sara ya estaba completamente habituada. La vida allí era bastante aburrida y rutinaria: por las mañanas desayunaba con las otras chicas e iban directas a clase, pasaban el día en el instituto y luego volvían. Hacían los deberes con los tutores en la sala de estudio y después podían ver la tele, jugar a algo o, como hacía Sara, leer.

Se llevaba bien con todas, o con casi todas las internas. Había niñas de todas las edades, desde los tres a los dieciocho años. Las mayores apenas estaban, como podían salir sin problemas, solían pasar las tardes fuera y no regresaban hasta la cena. Las pequeñas, por otra parte, a veces eran demasiado pesadas y Sara prefería ignorarlas o no harían más que reclamar su atención.

Las de su edad eran... había de todo. Estaba Jimena que no hacía más que burlarse de ella por su ropa o por preferir leer a estar con ella y su grupo de perritos falderos parloteando sobre chicos y tonterías. Y por otro lado estaba Andrea, que no compartía sus aficiones pero siempre tenía algo amable que decirle.

Cuando ese verano los tutores les anunciaron que habían sacado plazas para las colonias, Sara y Andrea no dudaron en apuntarse. No eran nada especial, simplemente iban algunas veces a la piscina, otras a un parque o al cine, pero era mejor que quedarse todo el día en el centro. Además los tutores mencionaron que ese año intentarían organizar una excursión a la Warner.

Comenzaron las actividades y, aunque al final no hubo visita a la Warner, Sara se conformaba con poco. Los lunes iban al parque y los monitores organizaban pequeños torneos de fútbol, bádminton o carreras de relevos. Los martes y jueves iban a la piscina municipal. Los miércoles hacían algo cultural: un museo, una exposición o algo así. Aquellos días eran los favoritos de Sara. Y los viernes iban al cine. Aquellos eran los favoritos de Andrea, ya que se escapaba de la sala de cine para reunirse con sus amigas del instituto a fumar.

Así fue como los conoció.

Andrea no dejaba de hablar de un chico. Estaba completamente colada por él y Sara empezaba a sentir curiosidad. Su grupo de amigos del instituto comenzó a ir a la piscina las tardes de martes y jueves, y Andrea siempre insistía en juntarse con ellos. También aparecían de vez en cuando en el parque y las esperaban a la salida del cine. Andrea salía con ellos también el fin de semana y Sara, quizá por inercia, terminó por unirse.

El chico del que Andrea estaba encaprichada tenía diecinueve años, era mayor e intimidante y, al menos al principio, no lo reconoció. Fue él quien, una tarde en la piscina, le habló por fin de su hermano.

—¿Sabes que éramos colegas? —le dijo, dando una calada a su cigarrillo. Sara era incapaz de mirarle a los ojos, pero prestó atención—. Yo he estado en tu casa alguna vez.

—¿Ah, sí?

—Tú eras pequeña, seguro que no te acuerdas.

Sara se acordaba, claro. Tenía diez, casi once años cuando su hermano fue detenido y las dejó solas a su madre y a ella. Se acordaba perfectamente de lo que era ver a su madre todo el tiempo borracha, o dormida, y que nadie se ocupase de ella. Recordaba haber buscado con ahínco una moneda en su bolso para poder comprar una barra de pan porque en la casa no había nada de comida, solo alcohol. Y también se acordaba de no tener agua caliente para bañarse porque su

madre había olvidado pagar la factura del gas.

Sí, se acordaba de su casa, pero no del amigo de su hermano, al que hacía más de tres años que no veía.

—Lo siento, no —respondió Sara a media voz.

—Bueno, pues soy Jorge —se presentó él, como si no llevasen casi un mes saliendo en el mismo grupo. Como si su amiga no llevase semanas intentando acercarse a él con flirteos descarados.

—Ya... lo sé. Yo Sara.

—Ya lo sé —repitió él. Luego le tendió una lata de cerveza que acababa de abrirse—. ¿Quieres?

Sara la aceptó solo porque no sabía cómo decir que no. Se la bebió toda a pesar de que no le gustó, de que las burbujas le picaban y ese gusto amargo le daba ganas de vomitar. Y después de esa, se tomó otra.

Cuando los monitores las llamaron para que volvieran al centro, Andrea, no supo cómo, se las arregló para que les autorizasen a quedarse fuera hasta la cena. Sara prefería volver, estaba mareada, pero los monitores se marcharon antes de que pudiera reaccionar.

Cuando la piscina cerró, el grupo se trasladó a un parque cercano al centro. No hacían más que beber, fumar y hacer pintadas con *espray* en los bancos. Sara quería irse, sabía que hacía rato que la hora de la cena había pasado y no quería problemas, pero el mareo no desaparecía. Decidió ir al baño a lavarse la cara, a ver si se sentía mejor. Los aseos públicos del parque se encontraban en una caseta blanca de obra con puertas de metal, un par de ventanas pequeñas y suelo de cemento. Olía horrible y estaba sucio, pero Sara solo necesitaba echarse agua en la cara, así que entró. No se dio cuenta de que tras ella entraba también otra persona: Jorge.

Lo que pasó en la siguiente media hora terminaría poblando sus pesadillas, convirtiéndola en un fantasma durante los siguientes años, hasta el punto de desear desaparecer.

Pero perder la inocencia, la dignidad y la alegría en ese sucio baño a manos de un desconocido no fue la razón principal que la llevó una tarde a coger un cuchillo, ir al baño de su casa y cortarse los brazos con la intención de desangrarse, no. Lo que hizo que tomase esa determinación había sido la expresión crítica e incrédula de la primera persona a quien le contó lo sucedido. El policía que tomó su denuncia cuando por fin reunió el valor suficiente para luchar, porque ella no había sido la única y no podía quedarse de brazos cruzados, se limitó a escucharla con escepticismo y a decirle que, si no tenía pruebas, no podía hacer nada y que, si todo era verdad, por qué no lo había denunciado cuando pasó y no años más tarde.

Sara no supo cómo explicarle que con trece años ni siquiera se le ocurrió que podía decirle a alguien lo sucedido, que la escucharían, y que a él lo castigarán. Porque después de todo su única amiga llegó a odiarla tanto que intentó hacerle daño aunque, accidentalmente, fue Andrea quien terminó en el hospital.

Por aquella pelea a Sara volvieron a arrancarle del lugar donde había construido su vida para enviarle a otro sitio nuevo, amenazante...

Era una niña, su vida había sido un infierno y seguía siéndolo, pero ese hombre no lo entendió, así que Sara se levantó de esa silla y abandonó la comisaría con la desesperanza bien anclada en su corazón.

El reloj de la mesita marcaba las nueve de la mañana. Justo en ese momento debía de estar empezando el examen final de anatomía en la facultad, pero Naia no estaba ahí para hacerlo.

Todavía no había hablado con sus padres, tampoco con Carla ni con Inés, ni siquiera con Lobo, acerca de la decisión que había tomado. No seguiría estudiando medicina al año siguiente. Necesitaba un tiempo para aclarar sus ideas, y más después de los últimos acontecimientos.

El incidente con Sara había supuesto uno de los shocks más grandes de su vida y, aunque ella ya estaba estable y permanecía en el ala de psiquiatría del hospital, lo que había leído en aquel diario todavía atormentaba a Naia.

Hacía tres días de aquello. Tres días de incertidumbre, ansiedad y falta de descanso. Cada vez que cerraba los ojos lo revivía todo. La sangre en el suelo, los sollozos de Lobo y la lectura de aquel diario. Pero sobre todo revivía el momento en que Lobo lo leyó.

Se había quedado pálido como un cadáver. En su cara, al principio vacía de expresión, comenzó a formarse la viva imagen de la ira. Sabía lo que pensaba, lo que deseaba. Sabía que después de descubrir lo que había sucedido con su hermana quería ir en busca de Jorge y destruirlo con sus propias manos.

A Naia le costó un esfuerzo sobrehumano hacerle entrar en razón. Convencerle de que lo más inteligente no era buscarlo y golpearle hasta liberar toda su rabia, sino ir a la policía y hacer que lo encerrasen a él y a toda la banda. Fue duro, pero lo consiguió.

No se separó de Lobo hasta que estuvo segura de que no cometería ninguna estupidez. Hasta que la policía movió el culo y detuvo a Jorge y a un puñado más, después de clausurar su taller ilegal y encontrar varios alijos de droga en sus casas.

La maquinaria estaba en marcha. Habían hecho lo correcto y aun así Naia podía ver que Lobo no estaba tranquilo. Para él nada acabaría hasta que no viese a sus antiguos amigos en prisión con sentencia firme.

Ese día los periódicos traían en primera plana todas las novedades del caso. Los detenidos, las pruebas, las testigos... La expiación de Lobo. Sin embargo nadie se preocupó de disculparse.

A media mañana Naia se vistió y se dirigió a aquella casa que ya sentía casi como la propia. Lobo y su madre la recibieron del mismo modo que la habían despedido la tarde anterior, como almas en pena. Las visitas al ala del hospital donde Sara se encontraba recibiendo tratamiento eran restringidas, de modo que ambos pasaban todo el tiempo que no podían permanecer allí en casa, esperando.

Consciente de que ni siquiera habrían hecho la compra, Naia les llevó algo de comer, así que los tres se sentaron en la pequeña mesa blanca de la cocina en silencio y comieron.

A pesar de que Naia no dejaba de hacer preguntas, de intentar animar la conversación, no lo conseguía. Hasta que mencionó lo que tanto miedo le daba contarle a Lobo.

—He decidido no matricularme en la universidad el curso próximo.

Al instante los verdes ojos de Lobo abandonaron el infinito vacío al que llevaban mirando días y se fijaron en ella, como despiertos por primera vez en mucho tiempo. Sin embargo fue su madre quien hizo la primera pregunta.

—¿Te vas a ir?

Naia sabía que, a pesar de no haber pasado mucho tiempo juntas, la madre de Lobo la apreciaba. No hubiera permitido su constante presencia allí si no fuese así.

—Creo que no, voy a intentar encontrar algo y quedarme en Madrid un tiempo —contestó Naia—. Aunque antes tengo que decírselo a mi familia.

—Puedes quedarte aquí, en casa —señaló la mujer, parecía nerviosa.

—Mamá... —murmuró Lobo en tono de advertencia.

—No quiero molestar, puedo quedarme en la residencia hasta final de junio —explicó Naia sorprendida—. Además antes necesito un trabajo.

—En el supermercado podrían darte trabajo.

—Mamá —insistió Lobo.

—¿Qué? —le replicó ella—. ¿Es que quieres que se vaya?

—No, pero...

Naia no sabía qué hacer, dónde mirar o cómo reaccionar. Aquello era duro, inesperado, surrealista.

—Yo... podría ir al supermercado...

—No, no trabajarás allí, Naia —interrumpió Lobo.

—¿Por qué no?

—Dani, ella quiere quedarse con nosotros —añadió su madre, esperanzada. Naia no sabía muy bien por qué.

Lobo se levantó de su asiento, parecía nervioso, incómodo.

—Naia tiene que estudiar, no puede quedarse aquí y perder las pocas oportunidades que da la vida —señaló el chico. Naia no terminaba de comprender por qué Lobo se empeñaba tanto en negarles esa salida, pero entonces él la miró directo a los ojos—. Tienes que volver a tu casa y pensar qué quieres hacer, pensar por ti misma. No te preocupes por nosotros, nos irá bien.

—Pero, yo...

—Dani, joder, ¿es que eres idiota? —le recriminó su madre, molesta—. ¿Qué coño te pasa? No vas a dejar que Naia se vaya así.

—¿Así cómo, mamá?

—¿Crees que es fácil encontrar a alguien que te quiera? —le preguntó su madre, al borde de las lágrimas.

De pronto, aquella riña parecía tener demasiados mensajes entre líneas y Naia no sabía cómo interpretarlo. Ni siquiera cuando la mujer la miró y le hizo aquella pregunta.

—Naia, ¿tú le quieres?

Abrió la boca para responder. ¡Por supuesto que le quería! Pero decirlo así, a su madre...

—Mamá, no seas egoísta —intervino Lobo, furioso.

—¡Ya estás otra vez con lo mismo! Yo solo quiero lo mejor para ti, hijo. Quiero una chica que te anime a ser mejor, como Naia. Quiero verte feliz como estos meses atrás.

Lobo suspiró. Naia bajó la mirada, confusa y algo avergonzada, como si no debiera estar ahí.

—Y yo quiero que ella sea feliz. Si para eso debe irse...

No terminó la frase. La siguió un silencio que cada uno interpretó como pudo.

Al cabo de unos minutos, su madre se levantó también de la mesa y, tras coger su bolso y su chaqueta del salón, se dirigió a la puerta.

—Me voy a ver a Sara —dijo solamente, y se marchó.

Naia y Lobo se quedaron solos con la tensa conversación aún sobre sus cabezas. El corazón de la chica latía de manera irregular mientras hacía acopio del valor suficiente como para tratar de aclarar las cosas. ¿Qué había querido decir él? ¿Qué iba a pasar con ellos si Naia se iba?

Sin embargo, antes de que ella pudiera reunir el coraje, él habló.

—Creo que deberíamos romper.

El mundo se le vino encima.

—¿Qué?

Cuando Lobo la miró había dolor en sus ojos, pero también determinación. A Naia se le congeló la sangre en las venas.

—No voy a dejar que tires tu vida y tu futuro a la basura por mí.

—¿Y yo no tengo nada que decir en esto? —gimió ella, tratando de aguantar el torrente de lágrimas que se avecinaba.

Lobo la miró en silencio. Su nuez subió y bajó, visible. Sus manos aferraban el respaldo de la silla tan fuerte que tenía los nudillos blancos.

—Yo... te quiero —le recordó ella. Las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas—. Solo quiero estar donde tú estés.

Para su sorpresa, Lobo se acercó entonces a ella, tiró de su brazo para levantarla y la abrazó. La estrechó contra su cuerpo tan fuerte que Naia sintió su desesperación. Si también le dolía, si estaba sufriendo, ¿por qué lo hacía?

—Si yo no te quisiera, dejaría que te quedaras, ¿no lo ves?

—Por favor... no me dejes —sollozó ella, agarrando su camiseta. Pero por mucho que lo intentó, no pudo evitar que él la apartase.

—Vete, por favor, y no vuelvas —le dijo. Su voz sonó ronca pero clara—. Vete a casa, a tu ciudad. Decide qué quieres hacer con tu vida, encuentra a un buen chico y olvídate de mí.

—No... no. No puedo...

Naia intentó volver a alcanzarle, tratar de retenerle en un abrazo y suplicarle. Le suplicaría si era necesario para que recapacitase. Él también la quería, acababa de decirlo, entonces, ¿por qué lo hacía? Naia era incapaz de entenderlo.

Sin embargo él no cedió, no dejó que sus ruegos y lágrimas lo afectasen. Siguió insistiendo, decidido a acabar con todo ese mismo día. Finalmente, se encerró en la habitación y esperó hasta que Naia, derrotada, se marchó.

Naia no supo cómo consiguió llegar a la residencia, hecha un mar de lágrimas. Varias personas a lo largo del camino le preguntaron si estaba bien, pero ella ni siquiera fue capaz de articular palabra, hasta que llegó a su habitación y sintió la presencia de Inés a su lado.

Su amiga, de alguna manera, fue capaz de interpretar sus balbuceos y, consciente de que aquello era una alerta roja, canceló sus planes y se quedó con ella, acurrucada en su cama, mientras le susurraba palabras de ánimo y consuelo que Naia no llegó a creer.

De hecho, solo pudo estar de acuerdo con una.

—A veces, en este mundo de mierda, el amor no es suficiente.

Diario

El amor, Nora, ese que tú tanto idealizabas, es lo peor... siento decírtelo así.

Recuerdo que un día me preguntaste si creía que un corazón humano podía romperse de verdad por una pérdida o por una emoción intensa; y yo te respondí que eso era biológicamente imposible. Pues me equivocaba.

La gente pierde constantemente, pierde objetos valiosos, pierde trabajos, amigos, la salud y también pierde seres queridos. Siempre creí que el hecho de que la pérdida y el dolor fuese algo tan común significaba que no podía ser tan grave, pero eso era antes de perder yo.

Perderte a ti fue el dolor más intenso que había sentido en mi corta vida. Vivir sin ti se convirtió en una lucha constante, diaria, y probablemente lo seguirá siendo siempre. Pero perderle a él, vivir sin él... no creo que pueda, Nora.

Durante esos días que pasé en mi habitación, tirada en la cama y llorando, solo sentía dolor, un dolor real en el pecho que me punzaba y oprimía el corazón.

¿Sabías que sí existe una enfermedad llamada Síndrome del corazón roto? Estaba casi segura de padecerlo. Una cardiopatía que necesitaría cirugía porque mi estúpido corazón había decidido contraerse, dejar de bombear la sangre correctamente, dejarse morir porque había perdido lo que lo alimentaba. Casi parecía poético.

23

Durante los días que siguieron Naia apenas salió de su habitación. Dejó de hablar con la gente, ni siquiera Inés conseguía mantener una conversación con ella.

Seguía mandándole mensajes a Lobo cada día, casi cada hora. Lo llamaba y él nunca respondía. Le pedía una y otra vez que cambiase de opinión, pero él dejaba en visto sus conversaciones.

Y con cada una de esas negativas Naia se hundía más y más en el pozo.

Sus padres no tardaron en darse cuenta de que algo le sucedía y, tras intentar contactar varias veces sin éxito, llamaron a Carla. Ella les contó lo que sabía.

Una semana después aparecieron en la residencia. Había llegado preocupados por ella, pero terminaron descubriendo que su vida en Madrid se había convertido en un desastre.

Naia había dejado la carrera, había sido testigo en un crimen, me había metido en problemas... Intentaron llevarla de vuelta a casa con ellos pero ella se negó. No podía irse, no todavía.

Como solo habían ido a pasar del fin de semana y tenían que volver al trabajo, se conformaron con la palabra de Naia de que regresaría a final de mes. Tenía el billete comprado.

Quedaban solo unos días para que junio diese comienzo y Naia comenzó a comprender que Lobo no volvería a hablar con ella. Quince días después de su ruptura no había respondido ni siquiera a uno de sus mensajes así que, tragándose el poco orgullo que le quedaba y cargando con un miedo paralizante a reavivar el candente dolor que sentía, fue una vez más hasta su casa. Necesitaba despedirse.

Todo parecía allí tan normal... como si nada hubiese pasado. Como si su mundo no hubiese dejado de girar.

Llamó a la puerta, aterrada y al borde de un ataque de ansiedad. Pero nadie respondió.

Durante varios minutos se planteó la posibilidad de que no estuvieran en casa. Quizá Lobo había encontrado un nuevo trabajo, quizá estaban visitando a Sara... pero, ¿y si había pasado algo? Podían haberse mudado, o quizá había sucedido algo malo...

Golpeó la puerta con más fuerza hasta que escuchó un ruido amortiguado al otro lado. Su respiración se cortó en cuanto vio la puerta moverse, abrirse. La cara de la madre de Lobo apareció en el umbral. Estaba apesadumbrada, resultaba evidente. Sus ojos castaños la miraron con pena y cierto cariño.

—Hola, Naia.

—¿Está...? ¿Puedo... hablar con él?

La mujer suspiró.

—No quiere, cielo. Lo siento.

No quería. Más de dos semanas sin verse, sin hablar, y él no quería.

—Naia, vuelve a tu casa. No quería verlo, pero mi hijo tenía razón. Tú vales más que esto.

Hubiera llorado, su cuerpo se estremeció con un sollozo, pero ya no le quedaban lágrimas, así que asintió.

—Me voy mañana.

—Eso está bien.

Naia asintió de nuevo y se dispuso a marcharse. Girar sobre sus talones y poner un pie tras

otro para volver a la calle resultaba una tarea titánica en ese momento, pero se dispuso a ello. Hasta que recordó algo.

—¿Cómo está Sara?

—Sigue ingresada pero está mejor.

—Despídeme de ella.

—Lo haré.

Y entonces sí, Naia se marchó.

Fue mientras volvía que recordó su última entrada en el diario, el síndrome del corazón roto resonó en su mente. Por supuesto, era una metáfora. Su corazón, el órgano, estaba bien, el problema no estaba ahí sino en ese cerebro suyo incapaz de entender la secuencia de sucesos que la habían llevado a ser tan profundamente desdichada. Los repasó mentalmente.

La primera vez que había visto a Lobo había sido por casualidad, mientras trataba de esquivar una fiesta clandestina para llegar a su habitación y esconderse en sí misma. Sin embargo, lo encontró a él. Recordó cómo, de alguna manera, había sido incapaz de quitárselo de la cabeza desde entonces, y mucho menos cuando descubrió que conocía a su nueva amiga, Inés. El deseo de volver a verlo fue más fuerte que las advertencias de Inés, necesitaba confirmar si la flecha de Cupido había sido certera. Y no había duda de ello.

Pero su mente siguió más allá. Recordando cada mirada, cada comentario y los coqueteos en el Cábalá. Ese primer beso... y todos los que llegaron después. Naia no pudo detener las lágrimas porque, a pesar de todo, supo que no cambiaría nada. Lobo no había sido un error. No cuando ella había sido tan feliz, aunque fuese solo un fugaz instante.

Se preguntó entonces si algún día sería capaz de volver a enamorarse de otra persona y todo su cuerpo reaccionó con rechazo. Quizá era muy inmaduro por su parte, probablemente una emoción sesgada e irracional, pero sintió que si no era Lobo, no sería nadie. Como en sus novelas favoritas, si no había un final feliz, no había nada. Prefirió la nada entonces.

Cuando bajó del autobús se arrastró como una autómatas hasta la residencia. Apenas le quedaban veinte metros para llegar a la entrada cuando distinguió una silueta. Desde esa distancia reconoció a Bego que, en ese momento, se volvió hacia ella y la saludó con la mano. Parecía venir en son de paz y una pequeña grieta de alegría se abrió paso en la cáscara de desolación de Naia.

Fue entonces cuando todo pasó de repente. Un coche aceleró al final de la calle y, antes de que pudiera darse cuenta, la puerta se abrió y alguien agarró a Naia con tanta fuerza y tan de súbito que la chica no pudo reaccionar. Se vio arrastrada al interior del vehículo y una mano implacable le sujetó contra el áspero asiento mientras le colocaba algo en la cabeza. Su mundo se volvió negro.

El terror habitó cada célula de su cuerpo, el pánico extremo tomó el control y Naia comenzó a gritar y patear. Al menos hasta que algo la golpeó con fuerza en un costado de la cabeza. Sintió un mareo, el oído le pitaba y la boca le sabía a sangre, así que se quedó quieta.

A su alrededor había al menos dos personas y se escuchaba el motor del coche funcionando al límite, llevándolos a un destino desconocido. Un destino que alcanzaron poco después.

—Ahora, tranquila —dijo una voz en su oído—. No montes el espectáculo o te arrepentirás, zorra.

Naia tembló y decidió obedecer. Sintió que la arrastraban fuera del vehículo y entraban a algún lugar frío que olía a humedad. Subieron unas escaleras, a trompicones, y finalmente la dejaron sobre un frío suelo de baldosa. Entonces le quitaron la bolsa de tela de la cabeza.

—Ahora sí va a desear estar muerto el hijo de puta de Lobo —dijo Jorge con una despiadada

sonrisa que heló la sangre de Naia.

Lobo

Si eso era estar enamorado, era una jodida tortura.

Llevaba días sin pegar ojo, como un fantasma que hubiera perdido el rumbo, luchando contra sí mismo y obligándose minuto a minuto a no ceder, a mantenerse firme y hacer lo que debía, a pesar de los constantes mensajes que ella le mandaba. Aun así, no había sido capaz de bloquearla. Esa mínima conexión, saber que seguía allí, eran tanto un tormento como un consuelo.

Naia era demasiado buena para quedarse estancada como él, como Sara, como su madre. Naia era el maldito amor de su vida y la quería. ¡Joder! La quería como nunca había querido a nadie, a nadie. Así que no podía hacerle eso. No podía permitir que cometiera tantos errores por él.

Dejarla había sido lo más difícil que había hecho en su vida, pero no se arrepentía. Y había sido duro no salir de esa habitación sabiendo que ella estaba ahí, a pocos pasos, llamando a la puerta y pidiendo verlo una vez más. Pero no podía. Aunque se le rompiera el corazón en pedazos, tenía que ser fuerte por los dos.

Su madre apenas le hablaba y Sara estaba furiosa con él. Estaba mejorando mucho en el hospital, la terapia estaba funcionando y parecía estar empezando a superar, poco a poco, toda la mierda por la que había pasado en su corta vida, pero saber que Naia ya no estaría cuando ella volviera a casa le había dolido. Lo culpaba a él, y tenía razón. Pero Lobo estaba convencido de que era lo mejor.

Echó un vistazo de nuevo al cuaderno de tapas moradas que descansaba sobre el escritorio de la habitación. Lo que había leído en ese diario casi había conseguido convertirle de nuevo en la persona que juró que nunca volvería a ser. Durante meses su hermana había usado sus páginas para escribir confesiones veladas, ocultas en metáforas o poemas que quizá no tuvieran sentido para otros, solo para ella. Las últimas páginas, sin embargo, eran una carta de despedida. En ella le contaba a él, a Lobo, todo lo que le había ocultado, lo que había tras sus pesadillas.

Fue gracias a Naia que aquella revelación terminó en el lugar adecuado, en la policía. Lobo nunca le agradecería suficiente haber estado ahí para evitar el desastre.

Había pasado ya un buen rato desde que ella, Naia, había llamado a la puerta del piso. Su madre la había convencido de que se marchase, así que Lobo se sintió libre para salir de la habitación. Su madre estaba en el salón viendo la televisión mientras tomaba un café. Lo miró sin entusiasmo.

—Se va mañana —anunció. El corazón le dio un vuelco. Al día siguiente... se acabaría todo.

—Va... vale.

—¿Estás seguro, Dani?

Por primera vez en mucho tiempo su madre lo miró con un atisbo de dulzura maternal. Lobo no respondió. ¿Si estaba seguro? Su cabeza le decía que sí, pero el resto de su cuerpo le gritaba que fuese a por Naia, que no la dejase marchar.

—Nunca saldría bien.

—Si ni siquiera lo intentas, no. Está claro que no.

—Mamá...

—Ojalá la quisieras menos a ella y más a ti mismo, hijo.

Lobo no supo qué responder. Aquello, en cierta manera, tenía sentido. Al menos viniendo de su madre.

—Gracias, mamá.

En ese momento sonó su móvil. Lobo se arrastró suponiendo que sería ella de nuevo. Su nombre, esas cuatro letras, brillaban en la pantalla. Ignoró la llamada. Al menos había quitado la foto del contacto. Era horrible ver constantemente esa imagen de ellos dos juntos.

Apenas unos segundos más tarde, volvió a llamar. Lobo lo ignoró de nuevo. Así que unos segundos más tarde, escuchó el tono de notificación de un mensaje. Suspiró.

Se planteó no abrirlo. No quería seguir luchando contra sí mismo, pero al mismo tiempo sentía la necesidad de comprobar una y otra vez que seguía ahí, que ella no se había ido completamente de su vida todavía.

Desbloqueó la pantalla y lo que vio hizo que todo su mundo se tambalease. Era una foto, en ella salía Naia sentada en el suelo, el pelo castaño dorado sobre su cara en la que se intuía una expresión horrorizada. Sus manos estaban atadas con una brida. A su espalda se podía ver un sofá estampado con lunares blancos sobre un fondo azul desvaído, pero lo peor fue que Lobo reconoció ese sofá de inmediato. Había pasado tardes enteras allí de niño. La casa de la abuela de Jorge.

Lobo sintió la ira ardiendo en su interior como la mecha de un cartucho de dinamita, a punto de estallar.

«No llames a la poli o tu chica lo pasará mal» decía el mensaje que acompañaba a aquella foto.

«¿Qué quieres?» fue lo único que Lobo respondió. Haría lo que fuera.

«Solo quiero que sufras, traidor de mierda»

Aquello era lo peor que podía haber dicho, así que Lobo no lo pensó más. No sabía si Jorge era consciente de que había reconocido el lugar donde la tenían, no se paró a pensar si sería una trampa para atraerlo o si realmente solo quería que sufriera la incertidumbre de no saber dónde tenían a Naia ni qué iban a hacer con ella, pero no le importó. Iría.

Salió corriendo de su casa sin decirle nada a su madre. Tenía que darse prisa.

24

Al cabo de un tiempo, el cuerpo de Naia dejó de temblar, a pesar de que seguía paralizada por el terror; un miedo que pulverizaba al instante cada pensamiento lógico que pudiera surgir en su mente. Solo era capaz de pensar que si la mataban no iba a volver a ver a Lobo, y que probablemente se echaría a sí mismo la culpa. Odiaría que esos desgraciados la obligaran a ser la causante de tanto dolor para él.

—¿Crees que va a venir? —le preguntó uno de sus compinches a Jorge.

Eran tres en total, aunque Naia se percató de que los dos que acompañaban a Jorge eran solo unos críos. Lo miraban, asustados, cada vez que él se movía o decía cualquier cosa.

—No lo sé, es posible —respondió Jorge—. Por si acaso, creo que empezaré la diversión. No quiero quedarme con las ganas.

Indicó a sus dos secuaces que se fueran al pasillo a vigilar y, con una sonrisa lobuna, se inclinó hacia Naia. El estómago de la chica dio un vuelco al comprender lo que tenía intención de hacerle y, al instante, la adrenalina inundó su torrente sanguíneo. Todo lo que había leído en el diario de Sara regresó a su memoria, impulsándola a pelear, escapar como fuese de esas garras que se cernían sobre ella. Jorge rio al verla debatirse.

—Sí que eres guerrera...

No supo cuánto tiempo estuvo intentando quitarse a Jorge de encima, pero él era más grande y fuerte que ella y pronto se encontró agotada, al borde de sus fuerzas. Tenía las muñecas en carne viva por el roce de las bridas y le palpitaba la cabeza, pero no podía rendirse...

—¿Voy a tener que darte algo para que estés más dócil? —amenazó él, aprisionándola con su cuerpo contra la pared junto a la puerta y poniéndole una mano sudorosa en la boca.

Naia le mordió y él respondió dándole una fuerte bofetada. La chica perdió el equilibrio y se golpeó el hombro contra la puerta del salón. El vidrio tintado que decoraba la hoja se rompió y cientos de trocitos de cristal amarillo se desperdigaron por el suelo.

—Mierda —protestó Jorge.

En ese momento unos golpes hicieron temblar toda la casa, un estruendo que procedía de la entrada.

—Qué rápido. Tu caballero andante ha llegado.

Naia no pudo ver lo que ocurría. En cuanto Jorge la dejó ahí sola y se dirigió a la puerta, Naia se lanzó al suelo en busca de un trozo de vidrio con el que romper las bridas que le ceñían las muñecas. Se afanó en esa tarea mientras escuchaba cómo Lobo entraba en aquel piso. Reconocería su voz en cualquier parte.

Durante varios minutos solo escuchó gritos y golpes al otro lado de la pared. Deseó que, por algún milagro, alguien llegase para ayudarlos, pero lo siguiente que vio fue a Jorge y Lobo peleándose en el pasillo como si de verdad quisieran matarse el uno al otro.

Se esforzó por ignorar el hecho de que Lobo estaba sangrando y se centró en sus bridas hasta que consiguió cortarlas. Sin perder tiempo, se volvió a su espalda y agarró una lámpara de pie dispuesta a usarla como arma. Pegó con todas sus fuerzas y consiguió que Jorge cayese a un lado, dejando a Lobo vía libre para quitárselo de encima.

Naia miró por encima de su hombro, buscando a sus compinches, pero la puerta del piso estaba abierta y no quedaba ni rastro de los chicos que apenas media hora antes habían ayudado a

secuestrarla. Sintió un alivio inmenso.

—Vámonos —le dijo a Lobo, pero él no se movió.

Miraba a Jorge que estaba tirado en el suelo con una expresión de pura furia. Naia sintió miedo, miedo de lo que veía en esa cara, de lo que sabía que Lobo quería hacer.

—Déjalo, vamos.

Lobo respondió cogiendo de nuevo la lámpara, dispuesto a usarla contra Jorge. Naia, angustiada, se asomó a la escalera del edificio para pedir ayuda. Fue entonces cuando comprobó que varias puertas estaban entreabiertas. Los vecinos ya sabían que ahí estaba ocurriendo algo.

Poco después escuchó una sirena de policía y supo que tenía que evitar como fuese que las cosas terminasen peor.

Se acercó a Lobo y lo abrazó por la espalda. Él todavía se debatía consigo mismo, con la lámpara en la mano.

—Por favor, déjalo... hazlo por mí.

Un gruñido bajo sonó desde algún lugar de su garganta. Naia lo sintió temblar, temblar de ira.

—Tú eres mejor que esto —sollozó Naia—. Por eso te quiero, y te querré siempre. Por favor, déjalo...

La policía entró en ese instante por la puerta abierta y Lobo soltó la lámpara para abrazarla a ella. La tensión desapareció de repente, como por arte de magia, siendo sustituida por el más profundo de los consuelos. Naia rompió a llorar mientras Lobo le acariciaba la espalda y la cabeza dolorida. Le besó la frente mientras repetía palabras de disculpa. No se separaron hasta que los policías se lo exigieron. Luego sí, los agentes se llevaron a Lobo, no supo dónde, mientras que a ella la trasladaron al hospital más cercano, uno distinto del que se encontraba Sara.

Le curaron las heridas de las muñecas y varios cortes que se había hecho con los cristales de la puerta. También prestaron atención a la contusión que tenía en la cabeza, fruto del primer golpe. No había llegado a perder la consciencia pero, aun así, los médicos decidieron dejarla esa noche en observación.

No había dejado de preguntar dónde se encontraba Lobo y, finalmente, una enfermera le respondió. Lo habían llevado al mismo hospital y lo estaban atendiendo, de modo que cuando cayó la noche y Naia sintió que la sala de boxes de urgencias estaba tranquila, se aventuró a buscarlo. La mayoría de los cubículos estaban cubiertos por tres paredes finas como hojas de papel y una cortina, pero al final del pasillo había varios habitáculos con puertas correderas y ventanales que permitían ver quién se encontraba dentro.

El puesto de enfermería estaba muy cerca, podía escucharlas susurrar al otro lado del mostrador, pero Naia se deslizó con sigilo al interior de la habitación donde Lobo parecía dormir. Tenía la cara llena de magulladuras y golpes y uno de sus brazos estaba enyesado.

En cuanto sintió la presencia de Naia, abrió esos ojos del verde más intenso. Esos ojos atormentados que brillaron al mirarla. A Naia se le encogió el estómago y, sin decir nada, corrió a cobijarse bajo las sábanas. Él no se opuso, le hizo un hueco y se giró hacia ella. Quedaron muy cerca, tanto que sus alientos se rozaban y el calor de sus cuerpos resultaba indistinguible.

—Lo entiendo, Dani. Ahora lo entiendo —murmuró Naia, sincera.

—Te voy a querer toda la vida.

—Entonces algún día volveremos a estar juntos, porque yo también voy a seguir queriéndote.

Lobo suspiró, podía notar su lucha interna, pero esta vez Naia no iba a ceder.

—Haré lo que quieres que haga, buscaré mi camino y cuando lo encuentre, volveré.

—Eso no es lo que quiero —replicó él en un susurro—. Quiero que seas libre de verdad.

—Entonces deja que decida por mí misma.

Aquello parecía una discusión sin sentido. Ninguno iba a cambiar de parecer.

—No te responderé a los mensajes —advirtió él.

—Yo seguiré mandándolos, así que hagamos un trato —propuso ella. Las cejas de Lobo se alzaron en señal de escucha—. Responde una vez al mes. Con eso me conformo.

Lobo no pudo evitar una suave risa.

—¿De verdad?

—A cambio quiero algo —Lobo hizo un ruido de asentimiento, así que Naia concluyó su petición—. Un beso.

De inmediato notó el verde de sus ojos oscureciéndose. Sabía que besarle de nuevo sería devastador, pero durante esos días llorando, perdida en su tristeza, no podía dejar de pensar en que, si hubiera sabido cuál iba a ser su último beso, se habría esforzado por guardar en su memoria cada detalle del mismo. Cada roce, cada sensación, cada pensamiento que lo hubieran acompañado. Quería eso. Necesitaba eso.

—De acuerdo —cedió él, y sus labios bajaron hasta encontrar los de ella.

Su corazón roto comenzó a latir como imbuido de una última ráfaga de aliento, y una corriente eléctrica le recorrió el cuerpo. La lengua de Lobo invadió su boca, sintió su piercing en la comisura y la caricia de sus dientes mordiendo suavemente su labio inferior. Se derritió con el roce de su respiración, con su sabor que mantendría guardado en su mente con celo y con ese aroma ligero a vainilla que todavía podía notar bajo el olor de hospital que los envolvía.

El beso cesó mucho antes de lo que ella hubiera deseado, pero él permitió que se quedara ahí, acostada a su lado, hasta que la enfermera que hacía la ronda la descubrió y la obligó a volver a su cubículo.

Diario

Siempre me he preguntado, Nora, cómo es posible que haya personas que no tienen nada pero que son felices, que te sonríen, que ven la vida de manera positiva, mientras que otras personas que lo tienen todo, son desdichadas.

He llegado a la conclusión de que la cuestión no es lo que uno posee. No es tener una bonita casa, un buen trabajo y muchos amigos. Tampoco es estar con la persona que amas o no. Es tener un objetivo, saber que lo que haces cada día, desde que te despiertas hasta que te acuestas, tiene un fin, y que, además, es algo importante para ti.

Tú y yo siempre lo tuvimos todo. Cuando enfermaste tú perdiste la salud, y yo perdí el norte.

Siempre me pregunté cómo era posible que fueras capaz de sonreírme incluso ese día, el último que te vi. Pero entiendo que tenías una meta y que verla cumplida fue lo que te puso esa sonrisa imborrable en la cara.

Tú querías darme un norte, y creíste haberlo conseguido. Por eso te fuiste feliz. Lo que no llegaste a saber es que ese objetivo nunca fue para mí.

Te prometí que viviría por las dos, que me convertiría en una gran médico y ayudaría a niños como tú a sobrellevar enfermedades como la tuya sin perder la sonrisa. También te prometí que sería feliz cada día. No he cumplido ninguna de esas promesas, porque descubrí que eran incompatibles.

Nunca pude ser feliz, y no fue porque te echaba de menos, ni porque no superé tu pérdida. Fue porque me sentía atrapada en una deuda que en el fondo no deseaba cumplir. Porque esa no era yo.

Cuando conocí a Lobo comencé a darme cuenta de todo, de cómo era mi “yo” real, de lo que le pedía a la vida, de lo que me hacía feliz.

Y sé que mi felicidad no se resume en estar con él o no, pero sí sé que no puedo imaginar un futuro en el que yo sea feliz y no esté con él; así que me levanto cada día y me esfuerzo por alcanzar ese objetivo, por encontrar mi camino y mostrárselo a Lobo. Para que él decida caminar también por ese sendero hasta encontrarnos de nuevo.

25

Septiembre había dado comienzo, pero a pesar de haber transcurrido ya tres meses desde lo sucedido en Madrid, la tensión en su casa era palpable.

Cuando Naia despertó en el box de urgencias, al día siguiente de su secuestro, sus padres estaban allí. Al principio su preocupación y angustia resultó evidente pero, en cuanto vieron que la chica apenas tenía unos rasguños, su actitud se volvió fría, en especial la de su madre, que no perdió oportunidad de recordarle lo decepcionada que estaba por todo lo que había hecho, o mejor dicho, lo que no había hecho desde su mudanza a Madrid.

El médico del turno le dio el alta sin más recomendación que la de cuidar sus heridas con auxilios básicos y Naia se vio arrastrada por sus padres. Apenas le dio tiempo de asomarse a la habitación que ocupaba Lobo y que, justo en ese momento, estaba vacía.

—Se lo han llevado a rayos X —comentó una enfermera que pasaba por ahí.

—¿Podría decirle que he venido a despedirme? —pidió Naia, le picaba la nariz, consciente de que se avecinaban lágrimas.

—Claro, tranquila.

Le agradeció a la enfermera y salió antes de que sus padres fueran a buscarla. Sin embargo, en el vestíbulo del hospital dos personas preguntaban por ella. Inés y Bego estaban ahí.

Su amiga y compañera de residencia, Inés, fue la primera en lanzarse a abrazarla. Parecía genuinamente afectada y eso llenó el corazón de Naia de un cariño que no esperaba. Apreciaba a Inés y lo había hecho desde el principio, pero nunca creyó que pudieran llegar a ser tan íntimas, eran tan distintas... En cambio, con Bego había sido diferente. Al conocerla había sentido que se parecían, que podían ser amigas, y sin embargo la había sentido muy lejos durante la mayor parte del curso. Pero ahora estaba ahí.

Había sido ella, Bego, la primera en llamar a la policía en el momento en que presenció el repentino secuestro de Naia. Su rápida reacción había sido decisiva, pues pudieron localizar el coche y el lugar a dónde habían llevado a Naia en cuestión de minutos, teniendo en cuenta que, además, Jorge estaba siendo vigilado después de todos los casos de agresión sexual en los que estaba implicado.

En cualquier caso, los padres de Naia le permitieron despedirse de sus amigas antes de llevarla a la residencia. Allí recogieron sus cosas y pusieron rumbo, esta vez sin admitir quejas ni excusas, de vuelta a su ciudad, a la casa familiar.

Las cosas desde ese momento se habían puesto tensas. Naia ya no reconocía ese lugar como el hogar que había sido en su niñez, tampoco terminaba de verlo como ese lugar de luto en que su familia lo había convertido a lo largo de los últimos tres años. Ahora era un sitio extraño, ajeno...

La presencia de Nora seguía impregnando cada centímetro de aquella casa, pero Naia ya no lo sentía como un peso, había hecho las paces con el recuerdo de su hermana. Así, lo primero que hizo en cuanto se instaló en su antigua habitación fue recoger todas las cosas de Nora y meterlas en una caja de cartón. Metió su ropa, fotografías, algunas manualidades y el peluche gemelo del suyo, *Stripes*, que era un unicornio en lugar de una cebra y al que su hermana había llamado *Rainbow*.

Cuando terminó su tarea, se dio cuenta de que, a pesar de haber quitado multitud de objetos de

las estanterías, la habitación no estaba vacía. Varios estantes seguían llenos con su colección de libros, con marcos con fotos y objetos que solo el pertenecían a ella, a Naia. Ella también estaba ahí, aunque siempre se hubiera sentido invisible.

Lo siguiente que decidió hacer fue ir a una tienda de fotografía y revelar algunas de las instantáneas que había tomado en Madrid. Se decidió por una en la que aparecía con Inés en el Cábala, también una de las que se había tomado con Bego en la cafetería a principio de curso y, por supuesto, el *selfi* que Lobo se había hecho con ella. Los puso en marcos y los colocó en la estantería sin importarle las caras de desaprobación y malos gestos que su madre comenzó a dedicarle después de eso.

La rutina silenciosa de aquella casa la absorbió durante días.

No tenía mucho a lo que dedicar su tiempo, de modo que solía salir a pasear sola y también leer disfrutando por primera vez, con pausa, de cada página, del olor y el tacto de los libros... Por supuesto, pensaba en Sara, en Inés... pero sobre todo en Lobo.

18 de junio.

Naia: «Ayer le envié a Sara esos libros que le gustan. Espero que lleguen pronto. Sé que su cumpleaños es en agosto, que lo considere un regalo anticipado».

No hubo respuesta. Quedaban diez días.

21 de junio.

Naia: «Ayer mientras paseaba me fijé en un cartel en una librería. Buscaban dependienta. Me ofrecí y esta tarde he tenido la entrevista. Me han cogido, así que voy a empezar a trabajar la semana que viene. Es mi primer trabajo, nunca creí que estaría tan emocionada por trabajar en una librería».

23 de junio.

Naia: «A veces no entiendo a mi madre. ¿Por qué se empeña en castigarme? Solo quería mi espacio, mío y de nadie más. Solo quiero poder descubrir quién soy, ¿es tanto pedir?»

27 de junio.

Naia: «Estoy deseando que llegue mañana, sabía que sería duro pero no tanto. Te echo de menos. Te quiero»

28 de junio.

Lobo: «Estoy orgulloso de ti, pero no te conformes. Tú vales mucho. Intenta llevarte bien con tu madre, estoy seguro de que si le explicas cómo te sientes, lo entenderá. Sara recibió los libros, está emocionada. También muy enfadada conmigo. Yo también te echo de menos, y te quiero».

Aquel primer mensaje hizo que Naia estuviera feliz el resto del día, sin embargo en cuanto la euforia se disipó se dio cuenta de que a partir de ese momento tendría que esperar un mes entero para volver a saber de Lobo. Odiaba ese trato, y al mismo tiempo se convencía de que era mejor que nada.

Los días pasaron y Naia comenzó a trabajar en aquella librería.

Una tarde Carla decidió dejar de esconderse y afrontar el reproche de Naia. La confianza en ella se había deteriorado después de saber que había roto su promesa, que le había hablado a sus padres de todo lo que había visto en Madrid, pero una parte de Naia podía entenderla, a pesar de todo.

Retomaron el contacto poco a poco y Naia dejó de sentirse tan sola. Incluso le hablaba de Lobo y Carla la aconsejaba lo mejor que podía. La idea que se había formado de él al volver de su visita era muy negativa, pero terminó admitiendo que se había dejado llevar por las apariencias. Sobre todo después de saber cómo Lobo había acudido en su ayuda, cómo se había arriesgado por ella y cómo luego la había apartado en lugar de dejar que se quedase en Madrid.

con él.

22 de julio.

Naia: «Ayer salí con Carla, hacía mucho que no bebía y se me subió un poco a la cabeza. Lloré, porque solo podía pensar en ti. Carla aún se está quejando, probablemente fui la peor compañera de juerga de la historia».

25 de julio.

Naia: «Estoy pensando en empezar a estudiar algo. Quiero seguir en la librería pero... no es suficiente. Además, quiero que veas que me estoy esforzando, que intento encontrar mi camino».

27 de julio.

Naia: «Esto cada día se me hace más difícil. Me muero por que sea mañana y, al mismo tiempo, me da miedo porque sé que después tendrá que pasar todo un mes hasta que me vuelvas a escribir. ¿No crees que deberíamos revisar los términos de ese contrato?»

28 de julio.

Lobo: «Tú fuiste quien propuso esto, ¿qué cambios sugieres? Me parece una buena idea que quieras volver a estudiar, si te soy sincero, tenía miedo de que ni siquiera lo intentases. Eres la persona más lista que conozco. Pero... Naia, no estropees tu bonita cara llorando por mí. Cuando salgas con tus amigas, disfruta. Te quiero, siempre».

A pesar de sus palabras, Naia no pudo evitar llorar. Aquello era tan difícil...

Los días se sucedían y Naia se acostumbró a la librería, al silencio de un hogar que permanecía fragmentado, a un padre más bien ausente y una madre llena de desconfianza.

Naia pasaba todo el tiempo posible fuera o perdida entre las páginas de un libro y su único motor era escribir mensajes que sabía que no recibirían respuesta hasta el 28 de cada mes.

20 de agosto

Naia: «Feliz cumpleaños para Sara. Espero que lo estéis celebrando, que ella esté bien. Que todos estéis bien. Daría lo que fuera por estar con vosotros»

24 de agosto.

«Estoy pensando en matricularme en diseño y producción editorial. Me encantan los libros, siempre me ha gustado leer. ¿Crees que soy una ilusa? El mundo editorial es muy competitivo, aunque... ser médico tampoco era fácil».

27 de agosto.

«Hoy he echado la matrícula, no he esperado tu respuesta. De algún modo sé que estarás de acuerdo y puedo imaginarte contento por mi decisión. Y soy feliz por eso. Me encantaría poder abrazarte. Ojalá lo veas, ojalá te des cuenta de que en realidad todo es más sencillo de lo que parece. ¿Por qué no estamos juntos, Lobo? Cada día lo entiendo menos».

28 de agosto.

Lobo: «Yo solo quiero que seas feliz, Naia. No soportaría ser el culpable de que no consiguieras todas tus metas, todo lo que mereces. Pero, ¿sabes? Creo que el mundo editorial te pega mucho más que el médico, serás una gran editora. Te quiero».

Aquellas palabras le hicieron sonreír, pero también le supieron a poco.

Había cobrado su segunda nómina en la librería, tenía dinero y no empezaría a asistir a las clases hasta mitad del mes de septiembre, que acababa de dar comienzo. Así que, en un giro desesperado, una tarde tomó un autobús y se dirigió a la estación de tren. Iría a Madrid, iría hasta la casa de Lobo y no se movería hasta verlo. Además, la semana siguiente sería su vigésimo cumpleaños y no podía pensar en celebrarlo sin él.

Estaba decidida pero, en cuanto se encontró delante de la taquilla, algo le dijo que no debía

hacerlo. Se echó atrás. Tuvo el impulso de escribirle, exigirle a Lobo que dejase de ser tan cabezota, que tomase una decisión. O la quería o no la quería, era simple. Si la quería, tenía que estar con ella. Si no, quizá era que no la quería lo suficiente.

Sin embargo tampoco se atrevió a escribirle.

Volvió a casa, desanimada. Pero una sorpresa le aguardaba en su habitación.

Su madre la esperaba ahí, sentada sobre la cama de Nora, con algo entre las manos. A Naia le latió fuerte el corazón cuando reconoció su diario sobre el regazo de la mujer. Comprendió que ahora lo sabía todo... todo. Sabía lo que había vivido en Madrid: las fiestas y los peligros que había afrontado. También sabía lo que había vivido con Lobo, pero lo que más le preocupaba era que ahora su madre era consciente por fin de cómo le afectaba en realidad la ausencia de Nora.

—No sabía que te sentías así, hija —murmuró la mujer, apenada—. Pero tienes que entenderlo. No te comparamos, es solo que...

—Ya lo sé, mamá.

—Lo que no consigo entender es por qué, por qué has cambiado tanto —su madre levantó el cuaderno que sostenía—. Lo que hay aquí, ¿de verdad eres tú? No te reconozco. Creía que querías estudiar medicina, que querías a tu hermana como ella te quería a ti y que tenías claro lo que querías en tu vida.

Naia suspiró, una parte de ella estaba asustada y otra, más fuerte cada día, se sentía furiosa. Ahora la veía... demasiado tarde.

—No quiero ser médico, mamá —sentenció, antes de que la mujer mantuviese viva cualquier esperanza—. Yo quería a Nora, solo quería hacer algo por ella, pero no pude. Nadie pudo y ahora... no encuentro ninguna razón para seguir por un camino que me parece más bien una penitencia. Necesito descubrir qué quiero en realidad sin tener en cuenta a alguien que ya no existe.

—¿Cómo puedes decir eso? Nora es tu hermana y...

—Mamá, Nora ya no está. Asúmelo —le gritó a su madre—. No puede seguir siendo el centro de tu vida, y no puedes esperar que sea el centro de la mía.

—¿Y tengo que aceptar que ahora ese chico sea el centro de tu vida? —contraatacó la mujer, la tristeza parecía haber dado paso a la rabia, igual que no Naia.

—Al menos él está vivo... —Naia se arrepintió de sus palabras al instante.

—No me puedo creer que digas eso.

—Lo siento, pero... pero si has leído eso sabrás que le quiero. Él ha hecho por mí mucho más de lo que crees, me ha ayudado de verdad.

—Lo único bueno que ha hecho es mantenerse lejos.

—Y eso me está matando, me duele cada día —replicó Naia, con la cara surcada de lágrimas—. ¿Eso es lo que quieres?

Su madre boqueó, buscando una respuesta que no encontraba. Así que Naia siguió hablando.

—Da igual que no estemos juntos, mamá. No voy a estudiar medicina porque no es lo que quiero. No voy a seguir un duelo interminable por Nora y nada va a borrar todo lo que pasó en Madrid. He cambiado, y vas a tener que aceptarlo.

—Naia...

—Y por cierto, en dos semanas empiezo a estudiar diseño y producción editorial —anunció a voz en grito—. No te preocupes, yo misma pagué mi matrícula.

Naia se dio la vuelta, airada, y salió de la casa decidida a dar un paseo. Las cosas no habían ido bien pero, ¿qué esperaba? Había leído su diario sin permiso, había invadido su privacidad y encima le reprochaba el haber cambiado. ¿Qué pretendía su madre, que Naia se quedase para

siempre anclada en el tiempo, siendo la sombra de su hija muerta, el reflejo perfecto en el que mirar cuando echase de menos a Nora?

La ira que antes le quemaba en las venas se fue apagando poco a poco. La tristeza tomó el relevo y lloró, lloró sentada en un banco en medio de una calle cualquiera. Algunos transeúntes se quedaron mirando, pero nadie se acercó.

3 de septiembre.

Naia: «Por favor, Lobo. Haz que esto pare. No puedo seguir así».

No esperaba que él contestase, quedaban veinticinco días aún. Por eso el sonido de la notificación la sobresaltó.

Lobo: «Solo un poco más, amor. Confía en mí».

Lobo

Dos años de libertad vigilada que acababan de cumplirse, por fin era totalmente libre.

Despedirse de Jaime resultó más duro de lo que hubiera imaginado en un principio, pero el amable trabajador social continuó insistiendo en que siempre estaría al otro lado del teléfono si Lobo necesitaba su ayuda.

Por suerte, las cosas parecían estar mejorando en todos los sentidos. Tras un tratamiento intensivo, Sara había regresado a casa justo a tiempo para su cumpleaños. Saber todo lo que había pasado, lo que había ocultado en su frágil corazón durante años, dejó a Lobo hecho polvo, pero también él terminó aprendiendo que no podía culparse por todo.

Sara había sufrido, él había sufrido y su madre también. Y Naia había sufrido antes incluso de conocerle. Por eso nadie, ni su madre ni su hermana ni Inés entendían por qué se empeñaba en mantenerse alejado de ella.

—¿Qué es esa tontería de hablarle solo una vez al mes? —le había preguntado Inés una tarde de principios de verano, tomando algo en una terraza. Se iba a quedar en Madrid hasta agosto, por Lalo. No había vuelto a salir con ellos, y no tenía pensado hacerlo. Le bastaba con el débil vínculo que todavía le unía a Inés y que se mantenía, sin duda, gracias a Naia.

—No lo sé, yo solo intento arreglar las cosas.

—Pues no veo cómo.

—Quiero que ella piense en sí misma, no en lo que yo quiero.

—¿No te has dado cuenta de cómo es Naia? En ella es en lo último que piensa —replicó Inés—. Seguro que cuenta los días para que le mandes un triste mensaje. Pobrecita.

Lobo suspiró, sabía que aquello no era lo más acertado, pero no sabía de qué otro modo asegurarse de que Naia no tomaba decisiones erróneas por su culpa.

Se despidió de Inés aquel día prometiéndole que reflexionaría acerca de todo eso, pero resultó más difícil de lo que esperaba.

A mediados de julio el caso de Jorge obtuvo una sentencia firme, seis años, y esta vez en una prisión real, no en un reformatorio. Lobo se alegró, ni siquiera la pequeña parte de sí mismo que añoraba el amigo que Jorge había sido en su infancia pudo aplacar el desprecio que sentía hacia él.

Por otra parte, Lobo no se había preocupado demasiado por Charlie y el resto de miembros de la banda. Sabía que ellos tampoco pisarían la calle en mucho tiempo y los pocos que se habían librado de la cárcel no darían ni un paso por sí solos. Aun así, convenció a su madre para volver a mudarse. En esa época la superficial relación que ella tenía con el encargado de su supermercado llegó a su fin. Una chica nueva, más joven, acababa de entrar a la plantilla, y el muy cerdo decidió que prefería retozar con ella, así que su madre no puso objeciones. La trasladaron a otro supermercado de la cadena, lejos del centro de Madrid.

Gracias a Jaime, Lobo también encontró empleo. Nunca había trabajado en logística, pero descubrió que no se le daba mal y que, además, la intensa labor física del puesto le ayudaba a no pensar demasiado y a descargar la frustración que sentía cada vez que recibía un mensaje de Naia al que no podía responder. ¡Joder! La echaba tanto de menos...

Los días fueron sucediéndose, hasta que llegó ese mensaje. Ese ruego que también sonaba a ultimátum.

«Por favor, Lobo. Haz que esto pare. No puedo seguir así».

El corazón le saltó en el pecho. Estaba contento, veía que ella hacía planes, que continuaba con su vida. Ni siquiera le importaba si eso terminaba por alejarle más, solo podía pensar en verla avanzar, salir de ese capullo de dudas e inseguridades en el que se encontraba al conocerse. Pero entonces, ese mensaje...

Su mente comenzó a funcionar. Quizá no se había dado cuenta de que sus intenciones, a pesar de ser buenas, podían no ser lo correcto. No podían serlo si le estaban causando tanto daño a ella, y también a él. Pensó en la advertencia de Inés, esa en la que había prometido pensar y que, al final, había terminado postponiendo. Quizá tenía razón y se estaba equivocando pero... ¿Cómo podía arreglarlo?

Decidió que buscaría la manera. No importaba qué tuviera que hacer.

Solo había pasado una semana desde su última respuesta, pero no pudo evitar escribir un mensaje a Naia.

«Solo un poco más, amor. Confía en mí».

26

Sabía que Carla le había organizado una fiesta de cumpleaños, pero Naia no tenía ganas de celebrar nada. Llevaba cinco días sin enviarle un solo mensaje a Lobo, días difíciles en los que se vio a sí misma convertida en una autómatas.

No tenía ganas de salir, ni siquiera de leer. Comía por inercia y lo único que animaba su espíritu era el trabajo. Le encantaba la librería.

Ese día, el ocho de septiembre, despertó de un sueño intranquilo y triste. Su cumpleaños siempre sería un día triste.

Se levantó y, por inercia, se dio una ducha y desayunó antes de ir a trabajar. Cuando terminó su turno en su móvil esperaban ya varias notificaciones de mensajes.

Inés: «Naaaiiaaa, felicidades guapa. ¿Cómo estás? Espero que pases un día genial, me gustaría poder ir y tirarte de las orejas. Un beso»-

Bego: «Feliz cumpleaños, Naia. Ya he visto por Instagram que trabajas en una librería, muy tú. Espero que podamos vernos pronto».

Le sorprendió recibir también un mensaje de Eric a través de las redes sociales. Pensó en la última vez que lo había visto y, aunque seguía enfadada, un atisbo de nostalgia la atravesó. Echó de menos Madrid, la universidad, y no solo a Lobo.

Llegó entonces un último mensaje.

Carla: «Nos vemos a las ocho, recuerda. ¡Ponte guapa!».

Regresó a casa, apesadumbrada. No comprendía nada de lo que sucedía en su vida y, por más que lo meditaba, no conseguía entender cómo había llegado a esa situación. ¿Qué estaba haciendo?

Un instante antes de atravesar el umbral de su casa, se dio la vuelta y puso rumbo a la estación de tren. Estaba cansada, cansada de no hacer lo que quería, lo que le pedían las tripas.

En esa ocasión llegó hasta la taquilla y, con voz firme, pidió un billete de tren. Decidió esperar al día siguiente, al menos celebraría su cumpleaños con su mejor amiga antes de dar ese necesario giro a su vida. Así que compró su pasaje y regresó a su casa.

Sus padres le esperaban para comer. Solían comer juntos, a pesar del silencio y la tensión que habían permanecido invariables desde su vuelta de Madrid. Ese día, no obstante, su padre rompió esa quietud.

—Feliz cumpleaños, hija.

—Gracias, papá.

Su madre se mantuvo en silencio, cabizbaja.

—Esto... queríamos decirte algo —carraspeó él—. Tu madre y yo.

—¿Mmm?

—Pues... eh...

—Lo sentimos, Naia —dijo de pronto su madre.

—¿Qué?

—Sentimos no habernos dado cuenta de que nos necesitabas... de otra manera. Sentimos haber estado tan ocupados con Nora, tan... ausentes para ti.

A Naia se le formó un nudo en la garganta.

—Seguimos sin aprobar lo que sucedió en Madrid —recordó su padre, serio—. Pero te

apoyamos en lo que hayas decidido hacer con tu vida. Queremos que lo sepas.

Dos gruesas lágrimas brotaron de los ojos de la chica, que jamás creyó que algún día pudiera congraciarse con sus padres. Por eso fue todavía más complicado de lo que pensaba decir lo que había querido decirles.

—Mañana me voy a Madrid —declaró. Las miradas atónitas de sus progenitores la impulsaron a seguir hablando—. Tengo que cerrar las cosas con él. Necesito verle.

—Pero, ¿piensas volver, no? —quiso saber su madre, alarmada y preocupada.

Naia asintió.

—La semana que viene empiezo las clases —respondió, como si fuese una obviedad.

Naia llegó al local donde Carla la había citado poco después de las ocho. Había varias personas esperándola, todas sus amigas del instituto. Se sentía cómoda entre ellas, aunque ninguna, salvo Carla, la conocía de verdad.

Por alguna razón, que con toda probabilidad tenía que ver con el billete de tren a Madrid que esperaba sobre la mesita de noche junto a su cama, esa noche se sentía más alegre, más ligera. Decidió disfrutar del mojito que le habían pedido sus amigas y celebrar sus veinte como cualquier chica normal. Y lo estaba consiguiendo, hasta que vio iluminarse la pantalla de su móvil sobre la mesa. Se le detuvo el corazón al ver su nombre.

Carla siguió la dirección de su mirada y se volvió hacia ella.

—¿Qué haces, Naia? ¡Contesta!

—No... no puedo.

El más crudo terror se había apoderado de ella en ese momento. Lobo llevaba tres meses dedicándole apenas un puñado de mensajes y, aunque fuese su cumpleaños, sabía que una llamada significaba algo, algo más.

La llamada cesó pero el corazón de Naia no paró de latir con fuerza.

—¿Naia? —Carla parecía preocupada—. ¿Qué te pasa?

—¿Y si quiere dejarme?

—¡Tonta! ¿Cómo va a hacer eso? Además, es tu cumpleaños.

El móvil volvió a vibrar con una nueva llamada, pero Naia no sabía si sería capaz de responder. Tomó aliento, cogió el aparato y se levantó de la mesa, dispuesta a salir del local para poder escuchar bien la llamada. Estaba segura de que iba a ser decisiva.

Sin embargo, en cuanto abrió la puerta y levantó la mirada, se quedó atónita. Allí, frente a ella, con su móvil en la mano y expresión confusa, estaba Lobo.

Él, con esos ojos que la habían cautivado desde el primer instante, con los tatuajes, los piercings y la sonrisa destructiva. La miró, guardando el móvil.

—Feliz cumpleaños, Naia.

Y se acercó a ella para estrecharla entre sus brazos.

Naia no podía moverse, tal era la sorpresa, pero en cuanto sintió aquel abrazo, su olor y el calor de su cuerpo, comprendió que aquello no era un sueño. Sollozó, llena de alivio, y respondió rodeando su cintura con fuerza, aspirando su aroma, buscando más su contacto.

—Perdóname por ser tan imbécil —le susurró él al oído.

—¿Cómo... has...?

—Carla me avisó, me dijo que iba a organizar una fiesta y... tenía que venir.

Naia no pudo preguntar más. Se vio arrastrada a un beso que vació su mente de cualquier pensamiento o pregunta que pudiera formular. Sus labios acariciaron los de él, abriéndose sin reparos para dar paso a su lengua que no dudó en buscar la de ella. Se derritió y alzó los brazos

para acercarlo más, para imprimir en ese beso la desesperación que la había abrumado durante los últimos tres meses. Él gruñó y le acarició la cara, separándose a pesar de las protestas de Naia.

—Me quedo, Naia —dijo Lobo, con voz ronca—. Quiero estar contigo, donde tú estés.

—¿Qué? ¿Aquí?

Lobo asintió ante la incrédula mirada de la chica.

—He comprendido que no tiene sentido que estemos separados.

Naia no podía comprenderlo, ¿cuándo? ¿Cómo había sucedido aquello?

Dejó aquellas preguntas en la bandeja de asuntos pendientes por el momento, y se centró en besarla de nuevo, en recordar cada centímetro de su cuerpo contra el de ella, en recuperar cada sensación que su cercanía le producía. Porque parecía que nunca era suficiente...

Al final, Carla apareció y los obligó a separarse y regresar a la fiesta, cosa que hicieron a regañadientes. Fue entonces cuando Lobo le explicó, con ayuda de Carla, que su último mensaje le había abierto los ojos y que había decidido que sería él quien se mudase.

La empresa en la que había empezado a trabajar al inicio del verano tenía almacenes en muchas ciudades, entre ellas, la de Naia. Lobo había pedido el traslado y su familia había estado más que de acuerdo, especialmente Sara. Por su parte, Carla le había ayudado en secreto a buscar un piso donde vivir.

Lobo había llegado esa misma mañana, justo a tiempo para la fiesta que, en ese momento, se encontraba en su apogeo. Sus amigas bebían y bailaban pero Naia no podía ni quería separarse de Lobo que, paciente, permanecía sentado a su lado.

Eran casi las once cuando Naia asimiló por fin lo que acababa de ocurrir y tomó las riendas de la situación. Decidida, se levantó, cogió a Lobo de la mano y tiró de él.

—¿Qué pasa?

—Nos vamos.

—¿A dónde? —preguntó—. ¿Y tus amigas?

—A tu piso —resolvió Naia con firmeza—. Y estoy segura de que ellas lo entenderán.

Habían salido a la calle cuando Lobo advirtió.

—No vivo solo, tengo dos compañeros.

—Me da igual, mejor que se enteren cuanto antes de que pienso pasar mucho tiempo allí.

Lobo rio y le pasó el brazo por los hombros antes de besarla. Naia sintió miles de chispas recorriéndole el cuerpo y se encogió de anticipación.

—Vamos, entonces.

Diario

¿Sabes, Nora? Lo bueno de haber vivido un verdadero final triste es que, cuando experimentas uno feliz, eres más consciente. Eso creo.

No sé qué nos deparará el futuro, si Lobo y yo estaremos juntos para siempre o si solo será el primer gran amor de mi vida, pero soy fuerte y estoy preparada para comprobarlo, para seguir adelante día a día, y afrontar lo que venga.

En este tiempo desde que te fuiste he aprendido tanto de mí misma... Te sorprenderías. Ojalá pudiera contártelo y ver tu expresión. ¿Sería de sorpresa, reprobación, confusión o alegría?

Antes lo sabía, pero ya no podré saberlo. Antes, pensar esto me entristecía, pero ya no.

Que ya no me duela tanto tu ausencia no significa que te quiera menos. Siempre serás la persona más importante del mundo para mí, pero he comprendido que lo que realmente deseabas era que yo siguiera adelante sola, que viviese a mi manera, porque tú también me querías.

Escribirte me ha servido de consuelo durante muchos meses, ha sido casi como hablar contigo. Es probable que, en el futuro, cuando necesite consuelo de nuevo, me descubra a mí misma garabateando algún pensamiento, algún mensaje para ti, pero será solo a veces. Creo que este es el último paso que debo dar para dejarte ir, así que guardaré este diario en algún rincón para usarlo solo en momentos especiales.

Vaya, despedirse es más difícil de lo que pensaba. ¿Cómo podría terminar? Siento que nada de lo que escriba a partir de aquí tendrá verdadero sentido, salvo una cosa: Siempre te querré, Nora.

Epílogo

4 años después.

Había mucha gente en la fila del supermercado y se hacía tarde. Naia bufó. Estaba previsto que el tren de Sara llegase hacía ya veinte minutos, así que era probable que su invitada estuviera a punto de llegar.

Pagó rápido en cuanto llegó su turno y corrió al edificio donde se encontraba su apartamento. Hacía menos de un año que vivían allí, todavía había días en los que se despistaba al salir del trabajo y se dirigía al piso compartido en el que habían pasado los tres primeros años.

Naia llegó a casa sudando, pero aliviada de no tener a Sara esperando en la puerta. El calor del hogar le dio la bienvenida y, enseguida, se pudo a preparar la comida.

Lobo no volvería a casa hasta más tarde, aun así quería tenerlo todo listo para cuando su invitada llegase, cosa que ocurrió pocos minutos más tarde. La sorpresa fue que Sara no entró sola. La acompañaba un chico de aspecto agradable que ella presentó como su novio, Adrián.

Naia se preguntó si Lobo se alegraría o se pondría en plan hermano mayor posesivo. Estaba desenhado ver su reacción.

Los tres comieron mientras charlaban. Sara le contó que le iba muy bien en magisterio, la carrera que había decidido empezar a estudiar y Adrián reveló que él era auxiliar de enfermería. Se habían conocido en una de las clínicas a las que Sara acudía para ayudar con su experiencia vital, aunque no profundizaron demasiado en el tema.

—¿Cómo te va a ti, Naia? —quiso saber su cuñada.

—No me quejo, la revista va bien y me gusta el ambiente en la oficina —respondió. Naia llevaba dos años trabajando como editora de una revista mensual de corte cultural. No eran libros, pero estaba muy cerca y lo cierto era que a ella le encantaba aquel trabajo.

—¿Y cómo está mi hermano? Por teléfono no suele dar detalles, ya sabes cómo es.

Lobo continuaba trabajando en la misma empresa de logística que le había llevado a esa ciudad cuatro años atrás, pero había ido ascendiendo puestos hasta convertirse en supervisor hacía unos meses. El cargo conllevaba más responsabilidad, pero también más dinero.

—Está bien, yo os lo diría si no fuese así.

En ese momento, sonó el teléfono de Naia. Era Carla. Le recordaba la cita que tenían al día siguiente para mirar vestidos de novia. Naia respondió afirmativamente. Su mejor amiga se casaba, y no podía estar más contenta.

Mientras revisaba rápido dos notificaciones en sus redes sociales, ambas sin importancia, se fijó en la actualización de Inés. Se trataba de una foto de ella en un paisaje nevado. Ya no llevaba el pelo teñido en tonos de fantasía pero seguía luciendo aquel septum y sonriendo con picardía a la cámara. Naia sabía que hacía poco que se había mudado a Suiza para trabajar en el CERN como física, y se sintió muy orgullosa de su amiga. Le dio un corazón a la publicación y dejó el móvil. Al mismo tiempo, la puerta se abrió y Lobo apareció en el umbral. La sonrisa de Naia fue instantánea. Nunca dejaría de sonreír al verle.

—Hola, amor.

Él le respondió de igual manera y se acercó para darle un breve beso en los labios antes de volverse hacia su hermana y atraparla en un fuerte abrazo. Estaba de buen humor y, por suerte,

recibió a Adrián con agrado. Aunque esa misma noche, después de despedirse de sus invitados, que habían decidido quedarse en un hotel, Lobo frunció el ceño y dijo.

—Espero que ese chico sea tan bueno como parece o tendré que matarlo.

Naia rio y le dio un beso en la mejilla antes de ponerse a recoger la mesa. Él la acompañó y cuando terminaron, ambos se acomodaron en el sofá, juntos, para ver una película. Era algo habitual, casi rutinario. Sentarse uno al lado del otro, abrazarse bajo una manta en invierno y disfrutar de su mutua compañía. Y como también era costumbre, Naia fue la primera en quedarse dormida.

Con cuidado, como casi cada noche, Lobo la cogió en volandas y la llevó hasta la cama que compartían. La arropó, le dio un beso en la frente y se acostó a su lado.

Nota de la autora

Todos, en algún momento de nuestra vida, nos sentimos perdidos, buscando nuestra identidad, la respuesta a la pregunta más difícil de la vida: ¿Quién soy?

No importa la edad que tengamos ni lo que hayamos vivido, esta es una pregunta que a veces respondemos con seguridad y otras, con dudas. Para algunas personas su identidad tiene que ver con su profesión, con su lugar de nacimiento, con sus aficiones o con las personas que le rodean, y todo ello es correcto. Cada uno se construye y reconstruye como puede, como los protagonistas de esta historia. Incluso hay veces que, como ellos, sufrimos graves pérdidas o cometemos errores que nos hacen sentir destruidos. Pero nunca es tarde para volver a levantarse, y vivir.

El amor es el motor de esta historia, y con ella he querido mostrar que el amor de verdad no es egoísta, absorbente o tóxico, de esos que no te dejan ser tú mismo. El amor sano es aquel formado por dos mitades separadas, que son más fuertes juntas. Espero que Lobo y Naia hayan sido un buen ejemplo de ello.

Soy Tricia Ross, soy escritora y las novelas románticas son parte de mi identidad. Me encanta contar historias de amor y quiero que el romance no tóxico sea también mi sello como autora.

Si te gustan este tipo de historias puedes leer mis otras novelas a la venta en Amazon (www.triciaross.com)

- Después de la lluvia (2016)
- El final del camino (2017)
- Tú no estabas en mi lista (2019)
- Un lugar donde quedarse (2021)
- A 100 mundos de ti (2022)
- Heaven (2023)

Si quieres contactar conmigo puedes enviarme un email a triciaross.autora@gmail.com